

Sharon Kendrick

POR EL AMOR DE UN ITALIANO

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

POR EL AMOR DE UN ITALIANO, Nº 1487 - Noviembre 2013
Título original: The Italian's Love-Child
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2004

I.S.B.N.: 978-84-687-3886-4
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo 1

Eve lo vio desde el otro lado de la habitación y el tiempo se detuvo. Se sentía como si estuviera viendo una película, como si la fantasía hiciera desaparecer la realidad. Ese chasquido. Ese zumbido. Esa mirada al encontrarse con los ojos de un hombre y saber que era «el único hombre». Desde luego que tenía que ser una fantasía. ¿Qué otra explicación podría haber para saber que un completo desconocido era la persona con la que quería pasar el resto de su vida?

Pero ese hombre no era un desconocido, aunque eso también podía ser una fantasía. Después de todo, había pasado mucho tiempo.

Eve fijó la vista en su bebida antes de atreverse a mirar de nuevo, pero esa vez él se dio la vuelta y, aunque se sintió decepcionada al ver que el hombre no compartía su fascinación, pudo estudiarlo a sus anchas.

Estaba casi segura de que era Luca. Tenía el cabello oscuro y un rostro orgulloso que Eve contempló como si quisiera memorizar sus rasgos. O recordarlos. Ojos negros duros e inteligentes, nariz romana y una boca que era a la vez seductora y cruel.

Era atractivo y sexy, y tenía un aire de confianza que atraía las miradas. La habitación estaba llena de hombres ricos y prósperos, pero él destacaba entre todos, con su piel dorada brillando como si fuera de seda y su cuerpo musculoso. Tenía el aspecto de un aristócrata arrogante de otra época, pero a la vez era un hombre moderno.

Eve estaba acostumbrada a formarse una idea de la gente rápidamente, pero podría haber estado contemplándolo toda la tarde. El hombre llevaba ropa elegante: una camisa de color claro que insinuaba un cuerpo vigoroso y unos pantalones oscuros que resaltaban sus piernas largas, duras y musculosas. Aunque estaba tranquilo, de él emanaba una vitalidad que hacía que los demás hombres parecieran insignificantes.

Tenía la cabeza inclinada y escuchaba a una chica rubia que llevaba un vestido brillante. La mujer hablaba con un entusiasmo que le sugería a Eve que ella no era la única persona consciente de que estaba delante de alguien fuera de lo normal. Pero eso no le sorprendía, porque cualquier mujer en sus cabales tendría que sentirse atraída por él.

–¿Eve? –Eve giró la cabeza y vio a su anfitrión, que se acercaba con una botella de champán para llenar su copa casi vacía–. ¿Puedo tentarte con otra bebida?

Eve había planeado irse pronto y quería que su primera bebida fuera la última, pero asintió con la cabeza.

–Gracias, Michael.

El champán burbujeó en la copa mientras ella echaba un vistazo a su alrededor. Las persianas estaban subidas y se podía ver la luz de la luna reflejándose en el agua, mientras que dentro de la sala el animado parloteo indicaba que la velada estaba siendo un éxito.

Eve levantó su copa.

–Por las fiestas de cumpleaños. ¡Tu esposa es una mujer con suerte!

–Pero no a todo el mundo le gustan las sorpresas –dijo él.

Eve miró una vez más a Luca.

–La verdad es que no lo sé. En cualquier caso, es una gran fiesta.

Michael sonrió.

–Sí. Y me alegro de que hayas podido venir, ¡porque no todo el mundo puede presumir de tener a una personalidad televisiva en su fiesta!

Eve se rió.

–¡Michael Gore! ¡Me conoces desde que era apenas un renacuajo! Me has visto con el uniforme del colegio y las rodillas llenas de arañazos. Y no creo que presentar el programa de la hora del desayuno me convierta en una personalidad televisiva.

–Pero lo has hecho muy bien.

Tal vez lo hubiera hecho, pero en ese momento se sentía vulnerable, y descubrió horrorizada que se había bebido casi toda la copa y que Luca seguía escuchando a la animada rubia. Y que lo último que necesitaba en su vida era la complicación de un hombre carismático que era el sueño de todas las mujeres. Eve había aprendido muy pronto que era importante alcanzar objetivos,

mientras que fueran realistas.

–La verdad es que necesito dormir –suspiró–. El levantarse a las tres y media todas las mañanas tiene efectos negativos en la reserva de energía. No te importará si me voy dentro de un rato, ¿verdad?

–Me importará mucho –bromeó–. ¡Pero no quiero que tus fans me culpen de que tengas ojeras! Vete cuando quieras... pero ¿por qué no vienes a comer mañana, cuando termine tu programa? Lizzy y yo casi no hemos tenido oportunidad de hablar contigo hoy.

Eve sonrió. Así podría jugar con su ahijada, que había estado dormida toda la tarde.

–Me encantaría –murmuró–. ¿Sobre las doce?

–Nos veremos a las doce.

Estuvo tentada de preguntarle qué estaba haciendo Luca en la fiesta, pero ya no era una adolescente. Y en cualquier caso, ¿qué podría decir? «¿Quién es ese hombre que está hablando con la rubia?» «¿Quién es ese monumento alto, moreno y atractivo?» O podía echarle valor y decir «¿Es ese Luca Cardelli, por casualidad?».

Pero Michael se había dado cuenta de que lo miraba.

–Conoces a Luca Cardelli, ¿verdad? –preguntó él.

–Vagamente –intentó mantener una voz neutra–. Estuvo aquí un verano, hace unos diez años, ¿no?

–Eso es. Navegó en un enorme barco blanco. Precioso. Y era un marinero increíble, nos dejó en ridículo a todos los demás.

–No sabía que fuera amigo tuyo.

Michael se encogió de hombros.

–Fuimos compañeros ese verano y hemos mantenido el contacto, aunque hacía años que no lo veía. Pero me mandó un correo electrónico para decirme que estaba en Londres por negocios, así que lo invité.

Eve pensó cuánto tiempo se quedaría, pero no lo preguntó. No era asunto suyo y podría dar una impresión equivocada.

–¡Mira! ¡Fuegos artificiales! –dijo ella observando la lluvia escarlata, azul y dorada en el cielo. Michael se fue para llenar la copa de alguien más, dejando a Eve junto a la ventana, a solas con sus pensamientos y recuerdos.

Luca la miró y observó cómo se balanceaba su trasero bajo la tela de seda verde del vestido mientras se acercaba a la ventana. La gente la miraba de reojo y él se preguntó por qué. Pero la había

visto antes, antes incluso de que ella comenzara a mirarlo.

Luca estaba acostumbrado a llamar la atención de las mujeres, y nunca tenía que dar el primer paso, aunque a veces se preguntaba cómo sería. Los negocios más satisfactorios habían sido aquellos por los que había luchado, aunque las mujeres no eran como los negocios.

Había nacido con algo que atraía al sexo opuesto, y cuando comenzó a fijarse en las mujeres, se dio cuenta rápidamente de que podía conseguir a quien quisiera, cuando quisiera y con las condiciones que quisiera.

–¡Luca!

Él entrecerró los ojos. La rubia estaba haciendo un mohín.

–¿Mmm?

–¡No has escuchado ni una palabra de lo que he dicho!

–Lo siento –sonrió y se encogió de hombros–. Me siento culpable. Te he estado monopolizando, y aquí hay un montón de hombres con los que querrás hablar.

–¡Tú eres el único hombre con el que quiero hablar! –afirmó con descaro.

–Pero eso no es justo –respondió suavemente–, *cara*.

–Me encanta cuando hablas italiano –confesó.

Él contempló sus enormes ojos, profundos y azules como una piscina y rogándole que se sumergiera en ellos. Inconscientemente ella se pasó la lengua por los labios, que brillaron como una invitación. Era demasiado fácil, podría estar con ella en la cama en una hora. A los veintidós años se habría sentido tentado, pero tenía diez años más y estaba hastiado.

–¿Me disculpas? –murmuró Luca–. Tengo que llamar por teléfono.

–¿A Italia?

–No, a Nueva York.

–¡Guau! –exclamó, como si se fuera a comunicar con Marte.

Luca volvió a sonreír.

–Ha sido un placer conocerte –escapó antes de que ella pudiera preguntar cuánto tiempo se iba a quedar y si le gustaría que le enseñara el lugar.

La mujer de verde seguía mirando por la ventana; había algo intrigante en su quietud, en la forma en la que se mantenía

apartada. Luca atravesó la habitación y se detuvo a su lado mientras observaba la última ráfaga de fuegos artificiales.

–Es espectacular, ¿verdad? –murmuró un instante después.

Ella no respondió enseguida. El corazón le latía rápidamente. Era extraño cómo se podía reaccionar ante alguien, aunque no se quisiera.

–Totalmente –dijo sin moverse y sin mirarlo.

–¿No estás disfrutando de la fiesta?

Entonces ella se giró, preparándose mentalmente para el impacto de ver esos ojos negros y brillantes y unos labios sensuales. Cuando lo hizo comprobó que era tan devastador como recordaba, tal vez incluso más. A los diecisiete años no se sabe nada del mundo ni de los hombres, se piensa que los hombres como Luca Cardelli pueden existir a montones, y lleva tiempo darse cuenta de que no es así.

–¿Por qué piensas eso?

–Porque estás aquí sola –murmuró él.

–Ya no lo estoy –dijo secamente.

–¿Quieres que me vaya?

–Claro que no. La vista es para todo el mundo, no se me ocurriría monopolizarla.

Luca estaba muy intrigado.

–Me estabas mirando, *cara* –observó suavemente.

¡Se había dado cuenta! Por supuesto, seguramente estaría harto de que las mujeres lo miraran.

–De acuerdo, soy culpable. ¿Es que nunca te ha pasado antes? –lo desafió burlonamente.

–No me acuerdo –bromeó.

Eve abrió la boca para responder algo mordaz, pero la volvió a cerrar. Una vez Luca había sido amable con ella, y no podía culparlo de ser tremendamente atractivo y de que hubiera sentido por él un enamoramiento de adolescente que no había sido correspondido. Tampoco tenía la culpa de seguir siendo tan atractivo y de conseguir que una mujer normalmente tranquila empezara a sentirse nerviosa. Eve sonrió.

–¿Qué te parece Hamble?

–No es la primera vez que vengo –respondió él.

–Lo sé.

–¿Lo sabes?

–No me recuerdas, ¿verdad?

Él la observó y vio que no era su tipo. Era alta y de caderas estrechas, mientras que a él le gustaban las mujeres con curvas y pequeñas. Tampoco tenía una cara bonita, pero era interesante. Un rostro con carácter, con unos inteligentes ojos de color gris verdoso, una boca definida y unos pómulos marcados.

Era difícil decir de qué color era su cabello, y si el color era natural, porque se lo había peinado hacia atrás y lo llevaba recogido en un moño. Su ropa casi era tan austera como el peinado: un sencillo vestido recto de seda verde que le llegaba a las rodillas, dejando ver parte de las piernas bronceadas. Lo único que llamaba un poco la atención eran las sandalias brillantes cubiertas de lentejuelas y las uñas de los pies, pintadas de un insinuante color rosa a juego con las uñas de las manos.

Él sacudió la cabeza.

–No, no te recuerdo. ¿Debería?

–La verdad es que no.

Eve se encogió ligeramente de hombros y volvió a mirar por la ventana, pero él le puso una mano en el brazo desnudo y ella se estremeció.

–Cuéntamelo.

Ella se rió.

–¡Pero si no hay nada que contar!

–Cuéntamelo de todas formas.

Eve suspiró. ¿Por qué habría sacado el tema? ¿Porque la naturaleza de su trabajo le hacía explorar los sentimientos y las reacciones de la gente?

–Viniste un verano, hace mucho tiempo, pero en realidad casi no nos conocimos.

Luca frunció el ceño durante un momento. Así que no había sido una mujer con la que se hubiera acostado, olvidándola después. Solamente había habido una mujer durante ese largo verano, y había sido la antítesis de ella.

–Desafortunadamente, *cara*, todavía no caigo. Recuérdamelo.

Había sido un verano para ganar dinero, que nunca había sido abundante en la vida de Eve. Aunque desde que murió su padre su madre se había puesto a trabajar para que a ella no le faltara de

nada, nunca había habido suficiente dinero para comprar las cosas que valoraba una chica de diecisiete años: ropa, zapatos, música y maquillaje, cosas tontas y frívolas.

Se había sentido encantada al conseguir un trabajo de camarera en el prestigioso club náutico. Nunca antes había conocido ese mundo de barcos elegantes, ropas caras, cuerpos bronceados durante todo el año y fiestas llenas de glamour. Tampoco tenía experiencia como camarera, pero era conocida en la pequeña localidad por ser una chica estudiosa y trabajadora, y seguramente también se sabía que necesitaba el dinero de verdad y que no quería el trabajo para cazar un novio rico. Y entonces un día Luca Cardelli ancló su yate en el puerto, captando la atención de todas las mujeres de los alrededores.

Los hombres que solían navegar estaban en forma, eran musculosos, fuertes y tenían la piel bronceada, pero Luca era todo eso y además italiano. Había sido una combinación irresistible.

Eve se sintió totalmente abrumada y, de repente, todas sus habilidades de camarera la abandonaron, encandilada por el encanto italiano de Luca. En una ocasión se le resbaló la bandeja de gambas que llevaba y media docena de ellas cayeron al suelo.

Sonriendo, él le dio una servilleta grande de hilo.

–Hazlo rápido y nadie se dará cuenta –le dijo.

Nadie excepto él, claro. Eve había deseado que la tierra se abriera para tragársela, pero se dijo que era sólo una fase de su vida en la que se había enamorado completamente de un hombre que la veía como parte del escenario.

El baile de fin de temporada celebrado en el club náutico era el evento del año, y las entradas alcanzaban precios prohibitivos, a menos que tuvieras a alguien que te llevara, y Eve no lo tenía.

–¿Vas al baile el sábado? –le preguntó Luca despreocupadamente mientras se tomaba una bebida en la terraza un atardecer.

Eve sacudió la cabeza mientras recogía las cáscaras de los pistachos.

–No, no voy a ir.

Él enarcó una ceja.

–¿Por qué no? ¿No quieren ir a bailar todas las chicas jóvenes?

Eve se limpió las manos torpemente en el delantal.

–Claro que sí, pero…

–Pero, ¿qué?

Era humillante decir que no había nadie que quisiera llevarla, y las entradas costaban más de lo que podía ganar en un mes. Deseó que Luca no la mirara de esa forma, porque estaba empezando a derretirse.

–Las entradas son demasiado caras para el sueldo de una camarera –dijo con sinceridad.

–Ah.

No dijeron nada más, pero cuando aquella tarde Eve recogió su abrigo había un sobre para ella y, en su interior, una entrada para el baile. También había una nota de Luca: «Quiero verte bailar».

Eve se sintió como Cenicienta. Su amiga Sally le dejó un vestido, pero Sally usaba una talla mayor y tuvieron que arreglarlo. Incluso después de hacerlo parecía exactamente lo que era: un vestido prestado.

Eve se miró con recelo en el espejo.

–No lo sé…

–¡Tonterías! Estás preciosa –contestó Sally–. Pero necesitas algo de maquillaje.

–No demasiado.

–Eve, ¿te dio o no te dio Luca Cardelli una entrada? Pues créeme, ningún hombre se gasta ese dineral si no está interesado. Tienes que parecer sofisticada y madura, porque quieres que te tome en sus brazos y que baile contigo toda la noche, ¿no?

Claro que sí. Pero Eve se sintió como un pez fuera del agua cuando entró en la sala. Todo el mundo parecía estar con alguien más, excepto ella. Y cuando llegó Luca, llevaba a una mujer colgada del brazo, una mujer con un vestido impresionante de color escarlata muy escotado tanto por detrás como por delante.

Todo el mundo los miraba con fascinación y envidia mientras bailaban de una manera que no dejaba ninguna duda sobre cómo pensaban terminar la noche. Eve se sintió enferma y los miró hasta que ya no pudo aguantar más. Él le dijo hola, afirmó que estaba «encantadora» y Eve se preguntó cómo podía haber sido tan estúpida.

Se fue a casa, se desmaquilló y colgó con cuidado el vestido de Sally en el armario. Luca se fue a Italia poco después y ella ni

siquiera pudo despedirse ni darle las gracias. Pero esa experiencia la marcó.

Esa noche se juró que nunca sería demasiado ambiciosa y que le sacaría provecho a lo que era en vez de desear lo que podría haber sido. No era una chica atractiva, pero era inteligente y decidida, así que confiaría en esas aptitudes.

El tiempo pasó. La Eve que observaba aquellos ojos oscuros y luminosos era una Eve totalmente diferente.

–Era camarera en el club náutico.

Él negó con la cabeza.

–Perdóneme, pero...

–Me compraste una entrada para el baile.

Algo se despertó en las profundidades de su mente, y recordó a una chica dulce y torpe que intentaba parecer mayor de lo que realmente era. ¡Cómo crecían las jovencitas!

–Sí, ahora lo recuerdo.

–Y nunca pude darte las gracias, así que gracias –sonrió con la misma sonrisa encantadora que usaba en su vida profesional.

–De nada –murmuró pensando en cuánto había cambiado. ¿Esa mujer elegante y segura de sí misma era la misma persona?

Sus ojos oscuros brillaron y de pronto Eve se sintió vulnerable. Y cansada. No quería coquetear ni charlar con él, porque en ese hombre había algo peligroso. Era un hombre extremadamente atractivo que estaba de paso, nada más, igual que la última vez. Ahogando un bostezo, Eve miró su reloj.

–Es hora de irme.

Luca entornó los ojos sorprendido. Nunca antes una mujer había bostezado mientras hablaba con él, a menos que hubieran pasado la noche anterior haciendo el amor.

–Pero solamente son las nueve. ¿Por qué tan pronto? –preguntó frunciendo el ceño.

–Porque tengo que trabajar por la mañana.

–No te creo.

–Esa es sólo su opinión, señor Cardelli –contestó dándose la vuelta.

–¿También recuerdas mi apellido?

–Tengo buena memoria para los nombres.

–Al revés que yo –le dedicó una sonrisa–. Será mejor que me

recuerdes el tuyo.

–Eve. Eve Peters.

Eve. Eva. El nombre de la primera mujer, un nombre sencillo pero poderoso, el de la mujer que se dejó llevar por el deseo y por lo prohibido. Quiso hacer una broma sobre serpientes, pero algo en sus ojos inteligentes lo detuvo.

–¿Y qué clase de trabajo te hace levantarte tan temprano, señorita Peters? ¿Eres enfermera? ¿Te dedicas a ordeñar vacas?

Eve se rió.

–¡Incorrecto! –no quería que le hiciera reír, sólo deseaba irse. Luca le hacía sentirse inquieta, y ella quería tenerlo todo bajo control. Era tranquila, reflexiva y lógica, y en ese momento estaba teniendo el tipo de fantasía que era más propia de la adolescente de la noche del vestido prestado. Se preguntaba cómo sería estar en los brazos de Luca Cardelli y hacer el amor con él.

Luca vio que sus ojos verdes se oscurecían momentáneamente y sintió un dolor inesperado.

–No te vayas –le pidió suavemente–. Quédate un poco más y habla conmigo.

El cuerpo de Luca se había tensado y Eve pudo sentir su aroma masculino y salvaje.

–No puedo –dijo sonriendo mientras dejaba la copa en el poyete de la ventana–. Tengo que irme.

–Esa es sólo tu opinión –bromeó él.

–Buenas noches. Ha sido muy agradable verte de nuevo.

–*Arrivederci, cara* –la observó mientras atravesaba la habitación.

La chica rubia debió de haber estado mirándolos, porque de repente apareció a su lado. De repente la presencia de la chica le pareció empalagosa y no se sintió capaz de soportarla.

–Creí que ibas a llamar por teléfono –dijo ella haciendo un mohín.

Luca se preguntó irritado si la rubia se pasaba la vida haciendo mohines.

–Me distraje. Pero gracias por recordármelo.

La chica abrió la boca para protestar, pero Luca ya se estaba alejando mientras sacaba el móvil de un bolsillo y salía buscando intimidad y algo mejor. Como la figura de Eve Peters caminando bajo la luz de la luna.

Capítulo 2

La gente pensaba que trabajar en televisión tenía mucho glamour, pero no era cierto. Levantarse a las tres y media nunca era fácil y esa mañana fue incluso peor, porque soplaba un aire helado.

Eve se duchó, se tomó un café fuerte y cuando llegó el coche para llevarla al estudio se sentó en la parte de atrás con los periódicos, como siempre, pero ese día no pudo concentrarse en las noticias.

Había tenido una noche muy inquieta pensando en Luca Cardelli. Se había colado en sus sueños, y había visto sus ojos brillantes burlándose de ella, atormentándola y haciéndole sentir que había perdido una oportunidad al irse de la fiesta tan pronto. Pero los sueños eran caprichosos, y lo único que Luca había hecho había sido despertar algo en su subconsciente, un deseo de adolescente olvidado. Y los sueños se olvidaban pronto, no eran reales. Tampoco lo era el cosquilleo que sentía en el estómago al pensar en Luca. Intentó quitárselo de la cabeza, pero no lo consiguió.

Deseó haberle preguntado a Michael cuánto tiempo se iba a quedar Luca, aunque seguramente sería una visita rápida, porque su vida no estaba allí. Su vida estaba en Italia, en un país diferente y desconocido, igual que él.

El programa matinal estuvo compuesto de las noticias usuales, incluyendo un perro que se suponía que podía ladrar siguiendo el ritmo del himno nacional. Pero el pobre animal se negó a obedecer, se encogió de miedo y vomitó en una esquina del estudio. Johnny, el otro presentador, armó un verdadero escándalo, y Eve se sintió aliviada al terminar el programa.

El coche la dejó en su casa justo después de las once. Subió al piso de arriba, se quitó el pesado maquillaje del estudio, se desnudó y se dio una ducha larga y caliente, se secó el pelo y lo peinó con una trenza.

Volviéndose a sentir humana de nuevo, se puso unos vaqueros

negros y un suéter gris oscuro y salió hacia la casa de Michael y Lizzy, parándose para comprar unos lápices y un libro de colorear para Kesi.

Cuando llamó al timbre, Lizzy salió a recibirla. Estaba totalmente excitada, como si la fiesta estuviera a punto de empezar, en vez de haber sido la noche anterior.

–¡Eve! ¡Estás espléndida!

–No es verdad. No estoy maquillada y llevo unos vaqueros viejos.

–¡Pero esta mañana estuviste sorprendente en televisión!

–Eso fue la magia de la maquilladora. ¿Viste al perro?

–¡Pobre animal! Michael lo ha grabado. Ha salido con Kesi, pero volverán enseguida.

–¿Y cómo está mi encantadora ahijada? –preguntó Eve mientras entraban en el salón–. Creí que... –pero se detuvo al ver a Luca Cardelli sentado en un sofá y leyendo un periódico.

Él levantó la vista y sus ojos oscuros brillaron con algo que Eve no pudo identificar, algo que le hizo sentirse precavida y excitada al mismo tiempo. Se preguntó si Luca miraba de la misma manera a todas las mujeres y si las desconcertaba tanto. Probablemente. Eve sintió un cosquilleo en la nuca.

–Pensamos que podríamos invitar a Luca también –sonrió Lizzy.

Luca se levantó, dándose cuenta de que Eve lo miraba con recelo.

–¿Te importa que me cuele en tu comida?

¿Qué podía decir, que le importaba? Tampoco sería del todo cierto...

–Claro que no –dijo con calma.

Lizzy frunció el ceño, como si sintiera que estaba ocurriendo algo que no acababa de comprender.

–¿Os puedo ofrecer una bebida? Ha sobrado un montón de champán.

Eve estuvo a punto de pedir algo más suave, pero no lo hizo. Ella, que siempre estaba cómoda en las reuniones sociales, de repente se sintió perdida.

–Me encantaría.

–¿Luca?

–Por favor –pero Luca no estaba escuchando a su anfitriona.

Quería estar a solas con Eve, destruir la armadura que ella había empezado a forjar desde que entró en el salón.

Se levantó con la gracia de una pantera negra y, cuando se dirigió a ella, Eve pensó que en él había algo de depredador. ¿Y cómo se enfrentaban los animales vulnerables a los depredadores? No huían, se enfrentaban a ellos. Pero seguramente no pensaban lo mismo que ella, que ese depredador, si realmente lo era, estaba para comérselo.

Él también llevaba vaqueros, y la tela desteñida se le pegaba a los muslos, mientras que el suéter blanco resaltaba su piel de color aceituna y sus ojos oscuros. Tenía el cabello ligeramente despeinado, y cuando sonrió Eve fue consciente de que, una década atrás, cuando se sintió atraída por él, no había tenido ningún conocimiento de los hombres y del poder que tenían sobre las mujeres. Pero en ese momento tenía la suficiente experiencia como para saber que había pocos hombres del calibre de Luca. Eve le devolvió la sonrisa.

–Entonces, ¿llegaste a tiempo al trabajo? –preguntó él.

–Sí.

–Pero no has dormido.

Eve abrió más los ojos, imaginando por un instante que él había sido testigo de su noche inquieta.

–Sí que he dormido –negó automáticamente.

–Mentirosa –murmuró, y sin previo aviso alargó una mano para tocar la delicada piel bajo sus ojos–. Esto te delata, tienes ojeras.

La invasión de su espacio personal fue inesperada e inapropiada, pero ese contacto hizo que Eve se estremeciera. Quería preguntarle a qué demonios estaba jugando, pero estaba hipnotizada y adormecida por el acento italiano. Se sintió como una débil gatita enfrentada a la fuerza de un león.

–No llevo maquillaje –dijo como si eso lo explicara todo.

–Ya lo sé –su cara limpia también lo intrigaba. Debía de sentirse muy segura para no llevar maquillaje, y esa seguridad era una poderosa arma sexual–. Yo tampoco he dormido, por si te sirve se consuelo.

–¿Debería interesarme?

–Tal vez, porque ha sido por la misma razón.

Ella intentó calmarse. «Imagina que es uno de esos hombres que

te acosan», pensó. «Uno de esos hombres aburridos que se sienten atraídos por ti porque te cuelas cada mañana en sus casas».

–¿El colchón tenía bultos? –sugirió Eve–. ¿O tuviste una indigestión después de tanta comida de la fiesta?

Él se rió.

–No.

–Tal vez la causa de tu falta de sueño fue más agradable. La rubia con la que hablabas estaba muy atenta, a lo mejor te mantuvo despierto.

–¿Y eso te pone celosa?

Eve lo miró con el pulso acelerado. Sí, estaba celosa.

–No seas ridículo.

–He dormido solo.

–No sabes cuánto lo siento.

–¿De verdad? –preguntó arrastrando las palabras.

–¿Sueles preguntar a la gente que no conoces sobres sus secretos más íntimos?

–Te he hecho una pregunta muy clara. Al contrario que tú, que solamente lo has insinuado.

–No me interesa lo más mínimo con quién duermas, ¡y no pienso contarte lo que hago yo! –contestó enfadada justo cuando Lizzy entraba en la habitación con una botella de champán y cuatro copas.

–¡Vaya! ¿Debería irme y volver más tarde?

Luca agarró la botella y empezó a descorcharla.

–Eve y yo acabamos de descubrir que a los dos nos gusta ir al grano, ¿verdad, Eve?

¿Qué podía decir? ¿Qué explicación podía darle a su amiga de la conversación que estaban teniendo? Ninguna.

–Bueno, eso es lo que ella hace para ganarse la vida –dijo Lizzy.

Él sirvió el champán y le dio una copa a cada una.

–¿Y qué es lo que hace exactamente?

–¡Adivínalo! –contestó Lizzy con picardía.

–¿Abogada?

Muy a su pesar, Eve se sintió halagada. Ser abogada implicaba ser inteligente y elocuente. Pero odiaba hablar de su trabajo, a veces sentía que la gente no la veía como persona, sino como lo que representaba. Eso había hecho que Eve desconfiara de los hombres

y de sus motivos, preguntándose si estaban interesados por lo que ella hacía o por lo que realmente era.

–No. Trabajo en televisión –dijo sin rodeos.

–Eve es una de las presentadoras de *¡Levántate!*, un programa que se emite de lunes a viernes de seis a nueve –confesó Lizzy con orgullo–. La tengo en vídeo, ¿quieres verla?

–Oh, Lizzy, por favor, no lo hagas.

Luca notó la súplica en su voz y entornó los ojos. Eso explicaba por qué la gente la miraba tanto en la fiesta. ¿Explicaría también por qué estaba a la defensiva? Sacudió la cabeza.

–Eve se aburriría. Déjalo.

Normalmente Eve odiaba verse, sobre todo cuando estaba rodeada de amigos, porque la hacía sentirse diferente y ella sólo quería ser como todo el mundo. Pero el hecho de que Luca no estuviera interesado en verla la decepcionó.

El ruido de la puerta principal al cerrarse y los pasitos de Kesi fueron como una bendición. Eve dejó su copa y se volvió para recibir a un torbellino de energía con rizos rubios. La abrazó cariñosamente.

–¡Eve! –gritó la pequeña.

–Hola, cariño. ¿Cómo está mi chica favorita?

–Me he hecho daño en la rodilla.

–¿De verdad? –Eve se sentó en el sofá con Kesi en su regazo–. Enséñamelo.

–Aquí –Kesi señaló un punto microscópico en la pierna mientras Michael entraba sonriendo en el salón.

–¿Champán? –murmuró–. Luca, tienes que venir más a menudo, ¡así Lizzy abrirá más botellas!

–¡Es que sobró mucho de anoche! –protestó su mujer.

–Qué generosa –dijo Luca, y todos rieron.

–Me muero de hambre –afirmó Michael–. ¡Correr detrás de los niños pequeños abre el apetito!

–Y Eve está levantada desde las tres y media –comentó Lizzy.

Luca levantó la vista.

–Cuando dijiste que te levantabas pronto, no pensé que fuera tanto. Todavía es de noche. Te tiene que limitar mucho. Socialmente, quiero decir.

–Oh, Eve es una mujer de carrera –dijo Michael–. ¡No se

preocuparía por una minucia como esa!

–¿Se me permite hablar por mí misma? –dijo Eve mientras jugueteaba con uno de los rizos de la niña–. Odio la expresión «mujer de carrera». Implica ambición y excluir todo lo demás. Por lo que a mí respecta, simplemente tengo un empleo que me hace trabajar a horas intempestivas.

–¿Cómo una enfermera? –preguntó Luca con los ojos brillantes.

–Mmm. O una granjera.

Se miraron compartiendo esa broma privada, y Eve se sintió insegura.

Lizzy parpadeó.

–Vamos a lavarnos las manos antes de comer, tesoro –le dijo a Kesi.

Kesi se abrazó a Eve.

–¡Quiero estar con ella!

Eso le dio a Eve la excusa perfecta para separarse unos momentos de Luca.

–¿Quieres que vaya yo también? Te lavaremos la rodilla y te pondremos una tirita. ¿Qué te parece?

Kesi asintió con la cabeza y le pasó a Eve sus bracitos regordetes alrededor del cuello mientras ella se la llevaba fuera del salón, consciente de la mirada de Luca.

Cuando regresó habían puesto la mesa junto a una de las ventanas que daba al mar, Luca estaba hablando con Michael y casi no la miró cuando ella sentó a la niña en su sitio. Por supuesto, eso hizo que Eve se interesara aún más en él.

Eve se sentó y miró a Lizzy, que enarcaba las cejas mirándola en silencio. «Comeré y no tendré que verlo de nuevo», pensó Eve. Mientras tanto, sólo tendría que tratarlo como a cualquier otra persona.

Pero la mayor parte de la comida estuvo hablando con Kesi, a quien quería desesperadamente, casi posesivamente. Cuando le preguntaron si quería ser su madrina había sido como un regalo, y Eve había aceptado la responsabilidad con gran alegría. Había muchas mujeres en su profesión que no tenían hijos, y Eve era consciente de que ese también podía ser su caso. Con su ahijada podía tener lo mejor de un hijo, pero sin ataduras.

Acababa de darle a Kesi una aceituna cuando levantó la vista y

descubrió que Luca la estaba observando. Supo que no podría escudarse en la niña durante toda la comida.

–¿Dónde estás viviendo ahora, Luca?

Él la miró esbozando una sonrisa. Eve casi no había comido nada, y él tampoco. Ella había estado jugando con la niña ignorándolo, y Luca no estaba acostumbrado a eso. Se preguntó si ella sabría lo atrayente que era ver a una mujer a la que le gustaban los niños de verdad. Pero tal vez estaba pensando en estereotipos y se sorprendió al ver a esa mujer inglesa fría y sofisticada mostrarse tan expresiva y cariñosa. Apartó su plato.

–Vivo en Roma... pero también tengo una casita en la playa.

–¿Para navegar?

–Cuando puedo. Pero me temo que estos días no es posible.

–¿Por qué no? Michael dijo que eras un excelente marinero.

Luca no lo negó. Navegar había sido su pasión durante una buena temporada, pero las pasiones tendían a dominar la vida de uno, y su atractivo iba desapareciendo.

–Por las presiones del trabajo, lo de siempre.

–¿En qué trabajas?

–Adivina –murmuró él.

–Yo diría que eres un rico hombre de negocios.

–Casi –posó la mirada en los labios de Eve, deseando poder introducir la punta de la lengua entre ellos–. Soy banquero.

–Oh.

–Aburrido, ¿eh?

–Supongo que para ti no, si no, no lo harías.

–¡Luca! –protestó Lizzy–. ¡Tienes que hacerte valer! –se inclinó hacia Eve desde el otro lado de la mesa sonriendo–. Luca no es un banquero normal y corriente, ¡es el dueño del banco!

Eve se sintió mareada. ¿Tenía un banco? Eso no lo ponía a la altura de los ricos, sino a la de los muy ricos. ¡Y ella que había pensado que tal vez a Luca le impresionaría su trabajo en los medios de comunicación!

Sabía que la estaba mirando y que quería ver cuál era su reacción. La gente reaccionaría de forma diferente con él, igual que hacían con ella... pero a una escala mucho mayor, por supuesto. Frente a las cámaras Eve había aprendido a no reaccionar, y eso le fue muy útil en ese momento.

–No sabía que las personas pudieran tener bancos –dijo interesada–. ¿No es raro?

–Es poco frecuente –corrigió él–. No exactamente raro.

–Tiene que ser muy emocionante... Tener tanto poder, quiero decir.

Él la miró a los ojos.

–Excita a las mujeres, sí.

Eve no reaccionó.

–No me refería a eso.

Luca pasó un dedo por el borde de su copa.

–Es como todo lo demás, tiene cosas excitantes y cosas aburridas. La vida es igual para todo el mundo, tanto si eres el dueño del banco como si te dedicas a limpiarlo.

–¡Lo dudo!

Sus ojos oscuros brillaron.

–Es cierto –dijo él suavemente–. Todos comemos, dormimos, jugamos y hacemos el amor, ¿no?

Eve intentó no ruborizarse. ¡Sólo a un italiano se le ocurriría hablar de hacer el amor comiendo con una familia respetable!

–La verdad es que eso da que pensar –dijo ella–. ¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

Eso era interesante. ¿Por qué se había ablandado? ¿Porque él había mencionado el sexo o porque tenía poder?

–Todavía no lo he decidido –sus ojos eran pura provocación–. ¿Por qué lo preguntas? ¿Vas a ofrecerte a enseñarme el lugar?

–¡Por supuesto que no! Ya conoces Hamble, ¿no? Estaba pensando en que tal vez te gustaría venir al estudio una mañana. Estoy segura de que a los espectadores les encantará saber cómo es la vida de un banquero.

Así que lo estaba invitando al programa, como si fuera una estrella de segunda.

–Creo que no –dijo fríamente.

Lo había ofendido cuando sólo había querido distanciarse de él, y de pronto Eve supo que tenía que salir de ahí. Luca no vivía allí. Era el dueño de un banco, por el amor de Dios, y era irresistiblemente atractivo. No era un objetivo alcanzable.

–Es una pena –murmuró Eve–. Pero si cambias de opinión, avísame –echó su silla hacia atrás–. Lizzy, Michael... gracias por la

comida. Kesi, ¿me das un beso y un abrazo? –abrazó a su ahijada y respiró profundamente–. Entonces adiós, Luca.

Él se levantó y le tomó una mano, mirándola a los ojos mientras le rozaba los dedos con los labios.

A Eve le dio un vuelco el corazón. Era el gesto más romántico que había experimentado y se preguntó si se estaba burlando de ella, con esa despedida distinguida y pasada de moda. Pero no pudo evitar reaccionar, y deseó no haberse despedido, deseó haberse quedado y… y después, ¿qué?

«Sólo está de paso», se recordó mientras se marchaba, esperando que el arrepentimiento no se reflejara en su sonrisa.

–Adiós a todos –dijo algo vacilante.

Capítulo 3

Eve se sintió aliviada cuando el aire frío le golpeó las acaloradas mejillas. Tenía el pulso acelerado y el estómago revuelto, aunque tal vez era porque casi no había comido.

Pero en el fondo sabía que lo que sentía era una reacción física a Luca, como lo que sentiría cualquier otra mujer ante un hombre como él, especialmente si había estado flirteando con ella. Eve no tenía mucha experiencia, pero no era estúpida.

De camino a su casa oyó el crujido de los mástiles y pensó que estaban desnudos sin las velas. Eve había conocido a otros hombres, pero nunca a uno como Luca. Los italianos sexys y ricos no abundaban en las calles de Hamble. Ni siquiera en el estudio de televisión.

Iría a casa y se mantendría ocupada con algo que requiriera esfuerzo físico. Su madre siempre decía que el trabajo duro no dejaba sitio a los pensamientos neuróticos.

Se puso su ropa más vieja: unos pantalones de color caqui manchados de pintura y una camiseta desteñida que decía «¡Hola, marinero!». Después se puso unos guantes de goma de color rosa, llenó un cubo de agua caliente con jabón y se puso de rodillas para fregar las baldosas de la cocina.

Acababa de empezar a limpiar cuando sonó el timbre de la puerta. No le gustaban las visitas inesperadas. Quería tener su propio espacio y guardaba su intimidad celosamente. Una de las razones por las que nunca se había ido del pueblecito era porque allí todo el mundo la conocía como Eve. Era cierto que la televisión local no estaba al mismo nivel que la nacional, pero era consciente de que cuando su cara salía en televisión la gente tenía un extraño sentido de propiedad, como si en realidad la conocieran.

Abrió la puerta y sintió que la boca se le quedaba seca. Ahí estaba Luca, con las manos en los bolsillos de los vaqueros, haciendo que la tela se pegara a sus muslos musculosos.

–Luca. Qué sorpresa.

–¿De verdad?

La pregunta la desconcertó y señaló su ropa vieja y manchada.

–Bueno, no me habría vestido así si esperara a alguien.

Los ojos oscuros de Luca se detuvieron en el mensaje de la camiseta.

–Y yo que pensaba que te habías puesto eso especialmente para mí –murmuró.

–Pero ya no navegas, ¿no? Además, en la tienda no quedaban camisetas que dijeran «¡Hola, banquero!».

Él se rió, aunque no había esperado hacerlo. Tenía el cuerpo tenso y empezaba a sentirse como un joven sin experiencia, excitado por una mujer ante la que no se podía enfrentar. Pero cuando ella se había ido de la casa había dejado un gran vacío.

–¿Vas a invitarme a entrar? –preguntó suavemente.

–¿Para?

–Para tomar un café.

Los dos sabían que no era precisamente café lo que Luca quería. El ligero rubor de sus pómulos aristocráticos lo delataba, igual que el brillo de sus ojos. Eve podría decir que estaba ocupada, y era verdad. O que necesitaba darse un baño, que también era verdad. Entonces, ¿qué haría él?

–Tengo que darme un baño.

–¿Ahora mismo?

–Evidentemente, ahora mismo no.

Él la miró con curiosidad.

–¿Qué estabas haciendo?

–Fregaba el suelo de la cocina –contestó y pudo ver que la curiosidad de Luca se convertía en asombro.

–¿El suelo de la cocina? –repitió incrédulo.

–Por supuesto. La gente lo hace, ¿no lo sabías?

–¿No tienes una asistenta?

–Una asistenta sí, pero no una criada a tiempo completo. Y siempre me ha gustado el trabajo físico, me ayuda a concentrarme.

La mención del trabajo físico renovó la excitación de Luca, que se dio cuenta de que Eve Peters no iba a ser una mujer fácil. Decidió cambiar de estrategia.

–Entonces... ¿cenarás conmigo esta noche?

Eve abrió la boca para decir «Sólo si estoy en la cama a las

nueve» pero, sintiendo la tensión que había entre los dos, lo pensó mejor. ¿Y por qué tenía que rechazarlo? ¿Había dejado que su trabajo la dominara tanto como para negarse a cualquier placer?

–Cenar es un poco complicado por las horas en las que trabajo y, como acabamos de comer, supongo que no tendremos mucha hambre –abrió un poco más la puerta, diciéndose que sólo lo hacía porque una vez él fue amable con ella. Pero, ¿por qué no admitirlo? No quería que se fuera–. Así que será mejor que entres y te prepararé un café.

La invitación lo pilló por sorpresa, aunque empezó a darse cuenta con incredulidad de que ella había rechazado su invitación para cenar.

Los ojos de Eve brillaron con una advertencia.

–Pero no tengo mucho tiempo.

–Échame cuando quieras –contestó él con la arrogancia de alguien a quien nunca habían echado de ningún sitio. Luca cerró la puerta con cierta sensación de triunfo, aunque no recordaba haber tenido que luchar tanto para conseguir una taza de café–. Estas casas no se hicieron para gente alta –comentó mientras la seguía por el pasillo hasta la cocina.

–¡Por eso vive aquí una mujer de altura media! Y antes la gente era más baja.

La cocina estaba ordenada y olía a limpio. Había un aparador lleno de piezas de porcelana china y un jarrón con crisantemos sobre la mesa. Desde la cristalera se podía ver el mar, que ese día estaba gris y un poco revuelto.

–Me encanta Hamble –dijo él suavemente.

–Es increíble, ¿verdad? La vista siempre es diferente, porque el mar nunca es el mismo. ¿Cómo te sientes al volver aquí?

Luca contempló el mar, recordando cuando entró por primera vez en ese puerto inglés. Era joven y libre, sin responsabilidades. Había sido una sensación embriagadora.

–Te hace darte cuenta de lo valioso que es el tiempo, de lo rápido que pasa. Esta casa es... dulce –dijo buscando el adjetivo adecuado y cambiando de tema.

Eve sonrió.

–Gracias. Es la antigua casita del guardacostas. Siempre he vivido aquí.

–No era lo que esperaba.

–¿Y qué esperabas? –preguntó mientras preparaba la cafetera.

–Algo moderno. Elegante. No esto –y ella tampoco era lo que él esperaba. Luca no debía tener el pulso tan acelerado. Intentó calmarse diciéndose que le gustaban las mujeres finas elegantes, no con prendas enormes llenas de pintura, pero sólo podía pensar en el cuerpo esbelto que se escondía debajo de esos pantalones y en la fascinación que sintió al ver las uñas de los pies pintadas de rosa.

Eve preparó el café en silencio, pensando que Luca llenaba toda la habitación con su presencia, y que nunca se había sentido tan incómoda con un hombre. Tal vez, inconscientemente, no podía pasar de adolescente a mujer madura. Tal vez, en lo que se refería a Luca, estaba atrapada en el tiempo. El corazón le latía tan fuerte que se preguntó si él podría escucharlo.

–¿Cómo te gusta el café?

–Solo.

Eve se dio la vuelta y lo miró. Estaba apoyado contra la encimera, observándola, y había algo en sus ojos que le hizo sentir vértigo.

–¿Y? –preguntó con un tono de voz muy diferente al suyo propio.

Él sonrió.

–¿Por qué estoy aquí?

–Bueno, sí.

Luca la miró de arriba abajo.

–No he podido controlarme –dijo encogiéndose de hombros.

Eve lo miró recordándose que no se comportaba así con los hombres. Trabajaba con ellos, y algunos eran muy atractivos. Pero había algo diferente en Luca, algo poderoso e impenetrable. Emanaba sensualidad y hacía que ella se sintiera vulnerable.

Una parte de ella se estaba arrepintiendo de haberlo invitado a entrar, pero otra parte, la más salvaje, deseaba llevarlo al piso de arriba y hacer el amor con él, aunque fuera una sola vez. Eso era lo que él deseaba, y Eve lo sabía. Pero la vida no era así, y ella tampoco.

–Explícate, Luca –pidió suavemente.

Sólo había una forma de hacerlo y no era con palabras. Se acercó a ella y vio que Eve lo permitía, mientras lo miraba con una

mezcla de incredulidad y excitación, como si no pudiera creer lo que él estaba a punto de hacer. Pero ella no hizo nada para detenerlo, y él no pudo detenerse. Le acarició la mejilla con las puntas de los dedos lentamente, como si se estuviera aprendiendo sus rasgos.

Eve se estremeció y Luca la abrazó, respirando sobre su rostro y manteniendo los labios junto a los suyos.

–¿Qué crees que estás haciendo? –preguntó Eve sin aliento.

–Estoy a punto de besarte –respondió suavemente–. Creo que puedes darte cuenta, ¿no, *cara*?

–No debes hacerlo.

–¿Por qué no?

–Porque... ¡porque es inapropiado! ¡Casi no nos conocemos!

–¿Nunca has besado a un hombre que es casi un extraño? –murmuró–. ¿No crees que hay algo loco y maravilloso en eso?

«Casi un extraño». En esa expresión había algo que intimidaba, y Eve intentó concentrarse en ello, pero sólo sentía el calor violento del cuerpo de Luca, un calor que le hacía abandonar cualquier pensamiento racional. Puso una mano en el pecho de Luca.

–Eso no tiene nada que ver. Y además, ¿cómo sabes que no tengo novio?

Él se rió en voz baja.

–No lo tienes –trazó la forma de sus labios con un dedo–. Y si lo tienes no significa nada para ti, porque me deseas, *cara*.

Fue una afirmación implacable, casi cruel, pero era cierto. Lo deseaba. Luca leyó la invitación en sus ojos y la besó con urgencia en los labios. Cuando ella los separó, Luca sintió que el deseo lo invadía, atravesándolo como un cuchillo.

Eve suspiró y Luca sonrió contra su boca, mientras ella le ponía las manos en los hombros y le clavaba las uñas al sentir que las rodillas le empezaban a fallar. Sus alientos se mezclaron y el cuerpo de Eve se derritió contra el de Luca cuando él la apretó aún más.

Ella luchó por controlarse, por recuperar la lucidez.

–Esto es una locura. ¡Yo no hago este tipo de cosas!

–Acabas de hacerlo –observó con arrogancia–. Y quieres hacerlo otra vez –sí, quería hacerlo otra vez. Se preguntó si sería tan autoritario en la cama y el brillo luminoso de sus ojos oscuros le dijo que sí. ¿Pero sabría dar al igual que tomar?–. Lo deseas.

Era una afirmación, no una pregunta, y ella no contestó, sólo presionó las caderas contra las suyas y sintió que el cuerpo de Luca se endurecía.

–*¡Signore doce in nel cielo!* –gimió él. No pudo recordar cuándo fue la última vez que se sintió así, pero no quiso saber por qué lo sentía ni por qué con esa mujer. Se frotó contra ella deliberadamente, para que pudiera sentir su erección.

El deseo explotó en el interior de Eve y la arrastró. Hundió los dedos en el cabello de Luca mientras la besaba en los labios y en el cuello, transportándola a otro mundo, donde sólo importaba el momento.

–¡Luca!

Fue un grito entrecortado. Una súplica. Una oración. Luca había pensado que ella intentaría resistirse, pero en vez de eso le sorprendió el entusiasmo de Eve. Con un gran esfuerzo separó los labios de los de ella, ávido por tener más.

Le tomó el rostro con las dos manos, mirándola con ojos ardientes.

–¿Tu cama? –preguntó–. Llévame a ella... ahora.

¡Dios santo! A Eve le hervía la sangre, y se sentía fuerte y débil al mismo tiempo, abrumada por un deseo que hacía desaparecer cualquier cosa que no fuera la necesidad de tener a Luca junto a ella, lo más cerca que un hombre y una mujer podían estar.

Pero no estaba bien. No podía ser. ¿Cómo la veía él? ¿Como a una de esas mujeres que se dejaban llevar por el deseo carnal? Y lo más importante, ¿cómo se sentía ella al hacerlo?

Con gran esfuerzo se separó de la tentación de sus brazos.

–No. Para. De verdad, no puedo.

Él se quedó quieto con los ojos entrecerrados y conteniendo la respiración.

–¿Qué?

–No debería haberlo hecho. Lo siento, Luca, me dejé llevar –el rostro de Luca parecía de piedra, y Eve supo que no podía culparlo. Lo había animado y después lo había dejado esperando, frustrado.

–Sí que lo hiciste.

–Es... algo imposible, ¿no crees?

–¿Imposible?

Ella se encogió de hombros.

–Claro que es imposible... Tú vives en Roma, y yo en Inglaterra.

Luca se rió burlonamente.

–Creí que íbamos a pasar la tarde en la cama, no que nos fuéramos a comprometer para siempre.

Ella lo miró.

–¡Qué oportunista!

–Sólo un tonto no aprovecharía la oportunidad cuando se le presenta.

Y sólo una tonta dejaría que se quedara en su casa después de esa afirmación.

–Será mejor que te vayas –dijo ella en voz baja.

–Eso creo –tenía los ojos encendidos, brillantes como el fuego–. Pero deja que te dé un consejo para el futuro, *cara*. ¿No crees que no es muy inteligente llevar a un hombre hasta ese punto y después cambiar de opinión repentinamente? No todos lo van a aceptar tan bien como yo.

Ella lo miró con incredulidad.

–¿Qué estás diciendo, que no tengo derecho a cambiar de opinión? ¿Que «no» a veces significa «sí»?

–Eso no es lo que he dicho. Quiero decir que muchos hombres habrían intentado convencerte.

–¡Pues no lo habrían conseguido!

–¿De verdad? –sus ojos negros se burlaron de ella, desafiándola–. Creo que te estás engañando, Eve. Los dos sabemos que, si hubiera seguido besándote, te habrías sometido irremediablemente.

–¿Sometido? –preguntó sin poder creer lo que había oído–. ¿Sometido? ¿En qué siglo crees que vives? Esas palabras implican desigualdad, pero cuando yo hago el amor con un hombre no me someto, y él tampoco. Hay igualdad y todo es suave, delicado...

Él se rió.

–¡Parece que estás hablando de tejer un suéter!

A Eve se le encendieron las mejillas y comprendió inmediatamente lo que había detrás de esas palabras. Con él no sería dulce y delicado.

–Vete. Vete, por favor.

–Ya me voy –dijo con un tono en el que se reflejaba la tensión–. Pero algo como esto no puede terminar así. Hasta la vista, *cara*.

Ella lo vio marcharse sintiéndose tremendamente arrepentida. Su cuerpo estaba tenso como una estatua mientras escuchaba sus pisadas en el pasillo. Pero cuando oyó que cerraba la puerta detrás de él no se sintió aliviada, sino que deseó darle una patada a la pared.

Capítulo 4

Aunque su vuelo no salía hasta la mañana siguiente, Luca cambió el billete y regresó a Roma esa misma tarde, reprochándose su comportamiento durante las dos horas de viaje. ¿Qué le había pasado? Se había portado como un adolescente con las hormonas desequilibradas.

Miró por la ventanilla sintiendo todavía dolor en la ingle. Estaba asombrado por el deseo tan intenso que Eve había despertado en él. Con sólo chasquear los dedos podría haber tenido a un montón de hermosas mujeres. Pero lo más importante era que Eve no era su tipo. Entonces, ¿por qué ella? ¿Porque al principio había sido fría y brusca con él, observándolo tranquilamente con esos inteligentes ojos verdes? ¿Porque había respondido a su deseo y después se había resistido? Tal vez todo eso convertía a Eve Peters en un tipo de mujer al que nunca se había enfrentado, una mujer imposible de conseguir.

Cuando llegó a casa, se duchó y se cambió, y siguiendo sus impulsos, invitó a Chiara a salir. Hacía tiempo que no la veía y ella estaba deseosa de hablarle de su nueva película. Era tarde, pero aceptó inmediatamente la invitación de Luca para cenar, y él empezó a arrepentirse de haberla llamado casi instantáneamente.

El cabello negro de Chiara le caía como la noche seductora hasta la cintura, revestida de lentejuelas plateadas, y mientras estudiaba la carta con el ceño fruncido Luca pensó en Eve con su camiseta manchada de pintura. Chiara coqueteó con él toda la noche y se rió de todas sus bromas.

Los paparazzi los estaban esperando a la salida del restaurante y, una vez en el taxi, Luca la miró receloso con los ojos entrecerrados.

–¿Les dijiste dónde estábamos cenando? –preguntó.

Ella negó con la cabeza.

–No, *caro*... ¡te lo prometo!

Pero Luca no la creyó. Las mujeres decían una cosa cuando querían decir otra. Conspiraban e intrigaban para conseguir lo que

querían. Chiara intentó pasarle los brazos alrededor del cuello, y él olió el caro perfume, que le pareció agobiante. La apartó con suavidad.

–Te dejaré en tu apartamento –dijo lacónicamente.

–¡Oh, Luca! –contestó enfurruñada–. ¿De verdad tienes que hacer eso?

Él pensó en Eve, en el sabor de sus labios y en cómo había explotado entre sus brazos. Tenía un exterior frío que ocultaba una criatura sorprendentemente cálida y sensual. Suspiró mientras contemplaba las calles iluminadas de Roma y supo que tenía que conseguirla.

¿Debería mandarle flores? Muy pocas mujeres podían resistirse a las flores. Pero seguramente tendría montones de ramos gracias a su trabajo, así que no serían nada especial para ella. No, las flores no eran una buena idea.

–Buenas noches, Chiara –dijo dulcemente. El coche se detuvo y la actriz salió a la calle–. Lléveme a casa... ¡y rápido!

A Eve le estaba costando un gran esfuerzo no pensar en Luca.

Nunca subestimaba el poder de la cámara, que se daba cuenta de todo y lo multiplicaba por diez. Y no solamente el aspecto exterior (un kilo de más, un grano en la cara que parecía enorme...). Las inseguridades eran evidentes para las lentes. Si perdía los nervios y la seguridad en sí misma la audiencia dejaba de creer en ella, y si eso ocurría el empleo no le duraría mucho tiempo.

Así que intentó apartar a Luca Cardelli de su mente. Al fin y al cabo no era nada especial, simplemente se había encontrado con un hombre que una vez la había vuelto loca... y seguía loca por él. Pero vivía en otro país, no era el hombre apropiado del que enamorarse y había esperado que se acostara con él a la primera de cambio.

Gracias a Dios que no lo había hecho.

Decidió que tenía que salir más, conocer a gente. Desplegar un poco las alas. Se matriculó en un curso de francés por las tardes y decidió que la próxima vez que el equipo saliera a comer un viernes se uniría a ellos. Y pasaría el domingo con Kesi fuera de casa.

Pero cuando unos días después llegó a casa del trabajo había una postal sobre el felpudo, con un colorido que proporcionaba algo

de alivio entre todas las facturas y circulares. Le gustaban las postales, aunque la gente cada vez las enviaba menos, seguramente porque viajar era cada vez más fácil y el correo electrónico iba ganando terreno. Pero las postales tenían una magia especial.

Se quedó sin aliento cuando vio de donde era la postal. Roma. La fotografía era rara para una postal: una escultura de dos niños y un animal amenazador y grotesco.

No necesitó darle la vuelta para saber de quién era; sólo conocía a una persona que estuviera allí. Y tampoco necesitó ver su nombre para reconocer la escritura, porque sabía que él escribiría así.

Como una colegiala enamoradiza paseó la vista por la letra de Luca, como si descubriera el cuerpo de su amante por primera vez. Había usado tinta negra, que se curvaba sensualmente a lo largo de la postal, como una serpiente.

Supongo que conocerás la leyenda que dice que Roma fue fundada por Rómulo. Aquí está con su hermano gemelo Remo, mamando de una loba. Si alguna vez vienes a Roma, por favor, búscame. Me gustó mucho verte. Luca.

Y su número de teléfono.

Eve leyó y releyó la postal, con el corazón latiéndole a toda velocidad. ¡Sólo era una postal, por el amor de Dios! Y de ninguna manera iba a llamarlo.

Pero dejó apoyada la tarjeta contra la ventana de la cocina, con el mar detrás, y sonrió al mirarla, porque ese pequeño gesto de comunicación le permitió apartar de su mente la escena apasionada aunque insatisfactoria que había vivido con Luca.

Sin embargo él no podía dejar de pensar en ella, y si lo conseguía sólo era para comprobar los mensajes en el contestador automático. ¡No lo había llamado!

Sacudió la cabeza incrédulo. ¿Acaso ella no se daba cuenta del honor que...? Frunció el ceño. No. Honor era una palabra demasiado importante, como privilegio. Pero se preguntó que diría la señorita Eve Peters si supiera que él nunca le daba su teléfono a una mujer que acababa de conocer.

Se quitó la ropa y se metió en la ducha, dejando que los chorros de agua recorrieran su cuerpo. Tal vez se estaba haciendo la dura. Sonrió mientras alargaba la mano hacia el champú. Le daría hasta finales de semana, seguro que entonces lo llamaba.

Eve estaba saliendo hacia su coche cuando una de las ayudantes de producción la detuvo.

–Eve... te ha llamado un hombre.

–¿Dijo quién era?

–No.

–Bueno, gracias. Supongo que si es importante llamará otra vez.

–Era... la ayudante tragó saliva–. Extranjero.

El corazón de Eve empezó a latir rápidamente.

–¿Sí? –dijo aparentando indiferencia.

–Creo que italiano. ¡Y tenía una voz profunda y sexy, muy sensual! ¿Quién es?

–No tengo ni idea –contestó Eve sin darle importancia–. ¡Pero me molesta muchísimo que la gente no diga quién es!

Pero eso no era del todo cierto. Lo que la irritaba era su respuesta irracional al saber que había sido Luca. ¿En qué estaba pensando al llamarla? ¡Y además al trabajo! ¿Llamaría otra vez? ¿A su casa? Cayó en la cuenta de que no le había dado el teléfono, pero estaba segura de que un hombre como Luca no tendría problemas para conseguir el teléfono de cualquier mujer...

Hacía muchos años que Eve no se inventaba excusas para quedarse en casa, esperando que alguien la llamara. Cada vez que el teléfono sonaba corría a contestarlo, pero nunca era él.

Finalmente, frustrada con ella misma, y con él, aunque no sabía muy bien por qué, se fue a ver a Kesi y terminó quedándose a tomar el té de la tarde. Y, como era de esperar, al llegar a casa la luz roja del contestador estaba parpadeando provocativamente.

Apretó el botón con dedos temblorosos y la voz italiana profunda, oscura y sonora empezó a hablar. Igual que él, pensó Eve mientras escuchaba. Profundo y oscuro.

–¿Eve? La próxima semana tendré que ir a Londres por negocios. ¿Te gustaría que cenáramos juntos? Pronto, claro, para que tengas tiempo de dormir. Llámame.

Eve escuchó el mensaje cuatro veces, preguntándose si debía devolverle la llamada, aunque sabía que no podría resistirse.

Sin embargo dejó pasar tres días, un tiempo de espera y de tormento. Y cuando finalmente se decidió tuvo que hablar con una secretaria que, después de pasar del italiano a un inglés perfecto, expresó sus dudas sobre si el *signor* Cardelli desearía ser molestado.

Claramente el *signor* Cardelli sí que lo deseaba.

–¿Luca? –dijo Eve con vacilación, deseando no haber marcado nunca ese número.

Luca sintió que el cuerpo se le tensaba. Así que la *strega* lo había hecho esperar... No recordó haber tenido que esperar nunca para conseguir algo en su vida.

–¿Eve?

–Sí, soy yo. Escuché tu mensaje.

–Bien –esperó para que Eve tomara un poco de su propia medicina.

Eve agarró el teléfono con fuerza. ¡Maldito fuera!

–Sobre la cena.

–Mmm.

Eve sintió ganas de colgar, aunque al hacerlo se estuviera comportando como una niña. ¿Quería o no quería cenar con él? Bueno, sí y no.

Luca entrecerró los ojos. ¿Siempre se lo ponía tan difícil a los hombres? Entonces recordó cómo se había comportado al abrazarla. Habían estado a punto de ir al dormitorio y... La tensión aumentó.

–¿Te gustaría cenar conmigo, Eve? –preguntó suavemente.

Ese era un momento decisivo, y Luca Cardelli siempre parecía tener algo que ver en los momentos decisivos de Eve. Eve tragó saliva con dificultad y adoptó la actitud fría y distante que siempre tenía ante las cámaras.

–Me encantaría. ¿Cuándo?

Su voz sonó como si la hubieran invitado a tomar té con una tía solterona.

–Llego el viernes por la tarde –dijo él fríamente–. Así que, ¿qué te parece el sábado?

Pensó fingir que estaba ocupada, pero supo que los juegos no le servirían de nada.

–El sábado está bien –contestó sin alterarse, aunque tenía el

pulso acelerado.

–Excelente. Te llamaré cuando llegue a Inglaterra. *Ciao, bella*.

Eve se quedó mirando el auricular después de que él hubiera colgado. La boca se le había secado por la excitación, pero pronto se transformó en otra sensación que no pudo reconocer y que no quiso analizar, porque sólo podía pensar en una cosa.

La cena del sábado. Una cena temprana para que ella pudiera dormir y estar fresca al día siguiente. Pero Eve no trabajaba los domingos. Ella lo sabía y él también.

Capítulo 5

El hotel era un lugar moderno y caro, de los que solían aparecer en las revistas y que no tenía nada que ver con el anonimato monótono de las grandes cadenas hoteleras.

Eve entró en un vestíbulo pintado de azul marino, con el suelo de madera brillante y alfombras caras. Tuvo que buscar el mostrador de recepción, que estaba diseñado para no parecerlo. Lo ocultaban unos jarrones de flores de color escarlata y violeta, y la rubia que le dedicó una sonrisa parecía estar posando para una revista de moda.

Supuso que era uno de esos lugares exclusivos y fríos, y se estremeció al pensar en lo que estaba a punto de hacer. Aunque tampoco tenía que hacer nada, se recordó. No si no quería.

–¿Puedo ayudarla? –le dijo la rubia.

–Um... –¡por el amor de Dios! ¿Desde cuándo empezaba una frase con «um»?–. Tengo una cita con el señor Luca Cardelli a las seis.

El rostro de la recepcionista se mantuvo inexpresivo.

–*Signor* Cardelli –corrigió–. Debería estar aquí...

–En cualquier momento –dijo una voz melosa a sus espaldas. Eve sintió que la boca se le secaba mientras se giraba para verlo salir del ascensor–. Hola, Eve.

Estaba totalmente cautivador, con un traje de hilo oscuro y una camisa de seda azul. Tenía el cuello desabrochado, y Eve podía ver su piel de color aceituna y un poco de vello oscuro.

–Luca –dijo en voz muy baja y forzó una sonrisa–. Hola.

Él entornó los ojos. Ese no era el comportamiento de una mujer que quería hacer el amor con él. De hecho, parecía que estuviera pisando trozos de cristal. ¿Significaba que estaba nerviosa? Y si era así, ¿no era una buena señal? Al menos, era una grieta en la armadura.

Luca sonrió, se acercó a ella y le dio un beso en cada mejilla mientras le ponía las manos en los hombros. Eve se relajó

ligeramente. ¡Cualquiera diría que era una chica tímida sin ninguna experiencia con los hombres!

Pero cuando sintió el aroma sutil y masculino de su loción para después del afeitado y el roce de su barbilla, se dio cuenta de que se sentía totalmente ingenua e inexperta.

–Estás preciosa –murmuró él. Más que preciosa, a la vez que discreta. Llevaba una falda vaporosa de seda y un suéter de color rosa que se adaptaba a sus pechos perfectos, unas botas altas de ante y se había recogido el cabello en una trenza, sujetándolo con un lazo rosa. Estaba a la vez sexy y discreta y Luca la deseó aún más.

–Gracias.

–¿Nos vamos a cenar? –le echó una mirada rápida al reloj–. ¿A qué hora tienes que irte?

–Bueno, puedo decidirlo más tarde –él la miró con curiosidad–. Es decir... um, hay un tren a las nueve y media –¡eso tampoco respondía a la pregunta, y había dicho «um» de nuevo!

–Podemos cenar aquí, si te gusta, o buscar otro sitio.

Eve normalmente era segura y decidida, pero en ese momento sentía una gran inseguridad. Tal vez fuera por la mirada fugaz que le lanzó la recepcionista, como si estuviera dispuesta a dar cualquier cosa por estar en el lugar de Eve.

«Disfrútalo», se dijo. «Relájate y disfruta».

–¿Qué tal es aquí la comida?

–No tengo ni idea –echó una mirada alrededor–. Mi secretaria me hizo la reserva. Es un poco... antiséptico para mi gusto. Pero hay un sushi bar aquí al lado. ¿Te gusta el sushi?

–Me encanta.

–Entonces vamos.

Una vez fuera, Eve se relajó un poco más; el sushi bar era estupendo.

–Seguramente este restaurante lo ha diseñado un experto en feng shui –comentó ella mientras los guiaban a una mesa baja, junto a un cuadro relajante.

–¿Por que tienes que ser un contorsionista para sentarte aquí?

Ella sonrió.

–¿No crees que es relajante?

–¿Relajante?

El cuerpo de Luca ardía por el deseo, y pensó que nada podría calmarlo. Tal vez fuera porque se había sentido inquiero y ansioso durante toda la semana. Y la inquietud era emocionante, como descubrir una comida nueva y deliciosa.

Entrecerró los ojos y le tendió una carta a Eve.

–¿Pedimos?

Eligieron el menú juntos, pero la mente de Eve estaba en otra parte. Hizo lo posible por comer normalmente, comportándose como si estuviera cenando con cualquier otro hombre y no con quien tenía el poder de derretir su cuerpo con sólo una sonrisa y una mirada.

Eve bebió un sorbo de vino y se sintió como si tuviera diecisiete años. Deseó que su cara estuviera tranquila y serena.

Luca se reclinó en su asiento.

–Cuéntame cómo llegaste a ser una estrella de la televisión.

–Presentadora –corrigió inmediatamente. Vio su mirada curiosa y sonrió–. Sé que estoy un poco a la defensiva, pero con este trabajo es algo casi instintivo.

–¿La gente se acerca a ti por motivos que no son sinceros?

–Algo así. Supongo que tú también eres una víctima de eso.

–Una víctima nunca, *cara* –murmuró–. Además, no es una palabra que asociaría contigo. Cuéntamelo.

A Eve le encantaba cómo movía la lengua cuando decía «*cara*», y deseó que le hablara en italiano, aunque apenas sabía cuatro palabras de ese idioma.

–Me licencié en Meteorología en la universidad. El tiempo siempre me ha fascinado. La cadena local buscaba una chica del tiempo, y me presenté para conseguir el trabajo, pensando que no tenía posibilidades.

–¿Por qué?

–Porque no era rubia y pechugona, como la mayoría de las candidatas.

–Pero te eligieron –dijo suavemente.

–Sí. Supongo que estaban buscando a alguien que supiera de lo que hablaba, y a los espectadores les gusté. Entonces la presentadora habitual se fue porque estaba embarazada, y me

preguntaron si quería sustituirla… temporalmente, al principio. Pero luego me pidieron que me quedara, y lo hice, y de eso hace casi tres años, mucho tiempo para trabajar en la televisión.

–¿Te gusta?

Ella dudó.

–Sí… aunque a veces no parece un trabajo serio, algo realmente importante, como ser cirujano. Pero sé que tengo suerte, y soy realista, este empleo no me durará siempre. Los trabajos en televisión no suelen durar.

–¿Y cuando se acabe?

Ella lo miró a los ojos y se encogió de hombros.

–¿Quién sabe?

–¿No tienes otras ambiciones aparte de lo que haces ahora?

Eve jugueteó con su copa, sin saber muy bien cuánto quería contarle. Pero, ¿por qué ser un libro cerrado?

–Bueno, algún día espero tener hijos, claro.

Él asintió con la cabeza, fijándose especialmente en el «claro», pero también en que no había dicho nada de enamorarse y casarse. Sabía que las mujeres eran muy tímidas al hablar de ese tema, por miedo a que los hombres pensaran que estaban necesitadas.

Eve se sintió desprotegida. Solamente había hablado ella.

–¿Y tú? ¿Decidiste ser el dueño de un banco?

–Supongo que nadie hace eso –se encogió de hombros–. Decidí tener éxito, pero nunca me parecía que tenía suficiente. Siempre había un nuevo reto, un nuevo obstáculo que superar.

–Y ahora que tienes un banco, ¿significa eso que has dejado de moverte?

–Oh, no. Siempre hay algo más que conseguir.

Dejó de hablar de repente y algo en sus ojos le dijo a Eve que había hablado más de la cuenta.

–Entiendo –dijo despacio, pensando que la vida de Luca era como la de los nómadas, sin descanso. Eso debería haber servido para que se distanciara de él, pero descubrió que quería alargar la mano y deslizar los dedos por la superficie sedosa de su piel.

Luca pudo sentir la tensión que había entre los dos, y se preguntó y Eve también jugaría con él esa noche.

–¿Pido la cuenta?

Algo en su manera de mirarla hizo que el corazón le latiera

rápidamente. Asintió con la cabeza y se excusó para ir al baño, donde se mojó las muñecas con agua fría, como si esperara que la temperatura helada apagara el brillo ardiente de sus ojos.

Salieron a la calle y él se giró para mirarla.

–¿Quieres tomar ese tren?

Eve lo miró, consciente de lo que había detrás de su respuesta.

–No.

Luca sonrió, se inclinó y la besó en plena calle. Pensó que no podría haberlo hecho en Roma, donde las miradas curiosas verían que Luca Cardelli no era una persona tan fría como parecía. Pero en Londres era una persona anónima, y ella, con sus ojos fríos e inteligentes y su forma de hacerlo esperar lo había cautivado. Para un hombre acostumbrado a tener lo que quisiera cuando quisiera, eso era un potente afrodisíaco.

–Eve –gimió contra sus labios dulces y húmedos.

Ella hundió los dedos en su cabello espeso y oscuro mientras Luca seguía besándola. La acercó aún más a su cuerpo y Eve empezó a temblar incontrolablemente, sintiéndose casi aliviada cuando él se apartó.

–Ven –dijo bruscamente.

Luca le tomó la mano y caminaron en silencio hasta el hotel. La recepcionista los miró, y cuando las puertas del ascensor se cerraron Eve pensó que para todos sería obvio dónde iban y lo que iban a hacer. Pero, ¿a quién le importaba?

Ella era libre, y él también. Y lo deseaba tanto que casi no podía pensar ni hablar, pero las palabras eran innecesarias, porque en cuanto las puertas del ascensor se cerraron él volvió a abrazarla, besándola con pasión desenfrenada.

Eve casi no se fijó en la habitación, únicamente notó la fragancia de las flores y la iluminación seductora. De repente sintió reparos, y pensó en decirle que ella no solía hacer esas cosas, pero eso sonaría como una mujer que quería salvaguardar su reputación.

Pero entonces él empezó a acariciarla, murmurando suavemente en italiano, amenazando con hacerle perder el control, y todas sus dudas desaparecieron. Se separó un poco de él y vio que la miraba con curiosidad. Tal vez pensaba que iba a cambiar de opinión.

–¿Qué pasa? –preguntó él.

–Luca, no... No tengo nada.

Frunció el ceño.

–¿De qué estás hablando? ¿Qué es lo que no tienes?

La situación era peor que los libros de educación sexual que la obligaban a leer en la escuela, pero precisamente porque los había leído Eve sintió que se ruborizaba, algo que era ridículo dadas las circunstancias.

–Anticonceptivos. No tomo la píldora. No estoy preparada.

Él le dedicó una sonrisa sensual. Así que no tomaba la píldora... y eso significaba que no se acostaba libremente con otros hombres. Luca se sintió complacido.

–¿Ah, no? –murmuró mientras deslizaba una mano bajo la falda, recorriendo los muslos. Le apartó la cinturilla de las braguitas y Eve gimió de placer cuando él introdujo un dedo en su calor húmedo. Sonrió cuando ella protestó al ver que retiraba el dedo y lo chupaba deliberadamente, mirándola.

–Al contrario, *cara*, me parece que estás muy preparada. Y sabes muy bien.

–¡Luca! –le tembló ligeramente la voz y cerró los ojos, sintiéndose algo tímida ante su diversión descarada.

–Y, afortunadamente, yo sí estoy preparado, como tú dices.

Eve abrió los ojos y vio que Luca sacaba un paquete de preservativos del bolsillo. Su parte lógica se alegró de que hubiera pensado en la protección, pero la parte romántica y poco realista deseó que no lo hubiera hecho. ¿No lo convertía en algo «clínico»? ¿O tal vez los llevaba por si acaso? Si así fuera, tampoco era tan malo. Era mejor estar preparado, e incluso sus amigas los llevaban en el bolso.

Él vio que Eve estaba frunciendo los labios y le dio pequeños besos en la boca hasta conseguir suavizarla de nuevo.

–Deja de poner muecas –susurró él.

–Tómame.

–Con mucho placer. Pero antes quiero ver tu cuerpo –le quitó el suéter rosa y contuvo la respiración al ver lo que había debajo, un sujetador transparente salpicado de rosas. Los pezones oscuros y endurecidos parecían una continuación de las flores–. Es bonito, muy bonito. ¿Siempre llevas lencería tan exquisita? ¿Te la has puesto para mí, Eve?

Ella sintió una oleada de placer.

–Claro que sí –metió los dedos debajo de la camisa de Luca y empezó a juguetear con uno de sus pezones, rodeándolo.

Él cerró los ojos.

–Qué bien.

Su comentario la animó a desabrocharle la camisa, y suspiró con placer cuando, poco a poco, le desnudó el pecho y tiró la camisa al suelo. Después inclinó la cabeza y le mordisqueó suavemente el pezón. Él gimió y sacudió la cabeza. La quería desnuda, y rápido.

Nunca había prestado tanta atención al desnudar a una mujer, descubriendo la sensación de dejar su cuerpo al descubierto. Le quitó la falda, las medias y las braguitas, y por último le desató el lazo rosa que le sujetaba la trenza.

–Es como desenvolver un regalo de cumpleaños –dijo mientras el cabello de Eve se desparramaba sobre sus hombros y sus pechos pequeños.

Ella le besó un pezón y sintió que se estremecía.

–¿Cuándo es tu cumpleaños?

–En agosto –contestó distraídamente quitándose los zapatos y el resto de la ropa.

Aún faltaban muchos meses para agosto, y Eve se preguntó si entonces seguirían siendo amantes, pero en ese momento Luca se tumbó en la cama y la puso sobre él. Empezó a besarla y Eve dejó de pensar.

La acarició y la besó con dedos y labios expertos, consiguiendo que Eve diera pequeños gritos de placer. Pero él lo hacía con cierta curiosidad, como si fuera la primera mujer a la que le hacía el amor, y Eve pensó que Luca había conseguido hacer un arte de la seducción.

Los ojos de Luca tenían el brillo del fuego cuando se puso sobre ella, y Eve se sintió inexplicablemente tímida cuando él la penetró con un único movimiento, prolongado y aterciopelado.

–¿Te gusta? –peguntó él sintiendo que Eve lo envolvía.

–Me... –pero entonces él se movió y Eve olvidó las palabras. Le clavó las uñas en los hombros y le abrazó la espalda con las piernas, encantada al escuchar su gemido de placer.

–¿Y esto?

–¡Sí!

Luca se movió en su interior hasta que Eve sintió que se iba a

morir de puro placer, y cuando finalmente la oleada de placer estalló en su cuerpo, Eve se asombró de la intensidad que había alcanzado. Siguió temblando hasta que sintió que Luca se estremecía en sus brazos.

Se quedaron así abrazados durante unos instantes, con los cuerpos cubiertos de sudor, hasta que él levantó la cabeza, le besó la punta de la nariz y la miró sonriendo.

–¿Y bien? –suspiró.

Ella lo miró a los ojos.

–¿Y bien?

Él se rió, y el sonido de la risa hizo que Eve se sintiera segura, pero también le hizo ser consciente de sus propias inseguridades. No conocía el sentido del humor de Luca, ni sabía cuál era su color favorito ni dónde vivía. Había conocido a un hombre y comenzado una aventura con él, y el futuro estaba lleno de incertidumbre.

Él la besó, su cuerpo comenzó a endurecerse de nuevo e, instintivamente, empezó a moverse otra vez, pero Eve lo detuvo poniéndole un dedo en los labios.

–Ten cuidado.

Él la entendió al instante y se separó de ella despacio. Dejó escapar un suspiro y Eve se reclinó contra las almohadas, con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

–Déjame que use el cuarto de baño –dijo él mientras paseaba la mirada por la desnudez blanca y rosada de Eve–. Quédate ahí.

Ella no pensaba irse a ninguna parte. Miró al techo hasta que Luca regresó y se tumbó con ella en la cama.

–Tú –murmuró él besándole un hombro–. Eres sorprendente. Preciosa.

Eve lo atrajo con fuerza hacia ella y Luca la penetró rápidamente, pero le hizo el amor despacio y con dulzura, y al terminar Eve se acurrucó contra él, luchando contra el sueño. Él la zarandeó suavemente.

–¿No tienes que tomar un tren?

–No.

–Ya entiendo. Era tu vía de escape, ¿no?

–Mmm –apoyó la cabeza en el hombro de Luca, pero él se incorporó, agarró el reloj que estaba sobre la mesita de noche y le dedicó una leve sonrisa a Eve.

–Perdóname, *cara*, pero tengo que hacer una llamada rápida. No te vayas.

Pero la llamada telefónica devolvió a Eve a la realidad mientras lo escuchaba hablar en rápido italiano. No tenía ni idea de con quién estaba hablando o lo que decía, pero le ayudó a no seguir soñando con lo imposible.

Luca tenía otra vida en otro país y ella era sólo una pequeñísima parte, y no sabía por cuánto tiempo. Tal vez sólo hasta la mañana siguiente.

Capítulo 6

Eve abrió los ojos y durante un instante se preguntó dónde estaba. Vio algunos tejados de Londres a través de las cortinas descorridas y un hombre dormido a su lado, y sintió la cálida pereza que era el testimonio de una noche de pasión.

Giró la cabeza despacio para mirarlo, observando cómo el pecho se elevaba y descendía con la respiración regular. Estaba tumbado de lado, con una mano sobre el rostro. Parecía inocente e indolente.

Girándose para mirar el techo de nuevo, Eve suspiró con satisfacción y pena, al saber que la noche ya se había acabado. Hacía mucho tiempo que no estaba en esa situación. En realidad, nunca había estado en esa misma situación, siendo la amante de un hombre que, según las propias palabras de Luca era «casi un extraño».

No había tenido una relación desde... Frunció el ceño al darse cuenta de que habían pasado casi dos años. Y todo había sido muy diferente, un romance construido poco a poco. Con Luca no tenía ni idea de cuáles eran sus sentimientos.

Eve era una persona fría, tranquila y reflexiva, y no era propio de ella meterse en la cama con un hombre sólo porque lo encontraba irresistible. Pero seguramente eso le pasaba a Luca continuamente, pensó.

–¿Por qué frunces el ceño, *cara*? Creí que había conseguido quitarte esa expresión anoche con mis besos.

Ella se sobresaltó. Había estado tan absorta en sus pensamientos, que no se dio cuenta de que se había despertado. Sus ojos la vigilaban, rodeados de espesas pestañas, y su cuerpo era como el de un tigre tumbado al sol, relajado pero fuerte y poderoso.

Eve se obligó a sonreír.

–¿Estaba frunciendo el ceño?

–Mmm –alargó una mano despacio y le acarició el cabello. Había sido una noche increíble, pero él sabía que iba a ser así. La había deseado tanto que no podría haber sido de otra forma, pero

con la mañana el deseo se había transformado en algo diferente. Lo había excitado lo desconocido, la deliciosa espera para ver si ella sería suya.

¿Y luego?

No importaba lo maravilloso que había sido, era el momento de seguir un protocolo. Había ciertas reglas y él se preguntó si Eve las entendía de la misma manera que él. Reglas sobre fronteras y expectativas. Él no iba a implicarse. Nunca lo había hecho.

–Ven aquí y bésame –murmuró Luca.

Pero Eve había visto algo en sus ojos que le había puesto de punta el vello de la nuca. Luca tenía mucho autocontrol, a pesar de la prueba física de que la deseaba de nuevo. Pero, ¿y emocionalmente? ¿No había en sus ojos una distancia fría que la observaba como si fuera un caballo que aún no había sido domado? Estaba a la espera de ver lo que ella iba a hacer, cómo iba a reaccionar.

¿Acaso Luca tenía miedo de que ella se aferrara a él, se volviera dependiente o exigente, como hacían a veces las mujeres cuando un hombre las había poseído y dado placer? ¡Pues con ella no tendría que preocuparse!

Esbozó una sonrisa, agradeciendo que su trabajo le hubiera enseñado a ocultar sus sentimientos. Un mes después de la muerte de su madre, había vuelto al estudio con el corazón destrozado pero con un exterior tranquilo y controlado. Sólo un par de telespectadores asiduos y perspicaces habían escrito para preguntar si estaba bien, y siguiendo el consejo del editor, Eve había mencionado el fallecimiento de su madre. Después de eso le llegó una avalancha de cartas de gente que había pasado por lo mismo y que quería compartir la experiencia y darle ánimos. La televisión le había enseñado a controlar sus emociones, pero también había descubierto que la cámara podía mentir.

–¿Y por qué no vienes tú y me besas? –sugirió Eve.

Él se acercó sonriendo perezosamente y se inclinó sobre sus labios.

–¿Así?

–Exactamente así –susurró ella.

Luca le hizo el amor lentamente, demostrando su pericia como amante, y Eve pronunció su nombre en voz alta dos veces. Nunca

había sido así con un hombre, pero no era algo que pensara admitir, y menos aún con Luca, que tenía un ego enorme.

Él se relajó y contempló la sonrisa somnolienta y placentera de Eve.

–¿Cuánto tiempo te puedes quedar?

–Me iré después de comer. ¿A qué hora sale tu vuelo?

–A las cinco –estuvo a punto de ofrecerse a cambiarlo, pero sonrió al rozarle los labios con los suyos. Era una mujer muy inteligente que no le pedía nada a un hombre. ¡Alguien debería decirles a las demás que eso era lo que mantenía vivo el interés!

Eve no se marchó hasta las tres y durante todo el viaje en tren estuvo eufórica. Tenía las mejillas sonrosadas, los ojos brillantes y el cabello ligeramente despeinado, todos los signos de una mujer a quien le han hecho el amor a conciencia.

Luca era magnífico, completamente magnífico, pero ella no había sido tan estúpida como para ponerse sensiblera con él. Se había dado cuenta de que era un hombre solitario que vivía según sus propias condiciones. ¿Y por qué no? ¿No era así exactamente como vivía ella también? Pero no había ninguna razón por la que no pudieran tener una aventura maravillosa y satisfactoria.

Cerró los ojos y pensó en la mañana que acababan de compartir. No habían salido de la cama hasta el mediodía, y después se habían dirigido a un bar para comer algo; Luca había sido un acompañante encantador y divertido.

Sería muy fácil enamorarse de él, y Eve supo de repente que tenía que estar alerta para que eso no ocurriera. Iría despacio y con cuidado. Luca le había dicho que llamaría, así que ella sería paciente y esperaría.

Bueno, no, eso no era del todo cierto. No iba a esperar como si su llamada fuera lo único importante. Haría su vida normalmente, estaría feliz y satisfecha.

Su euforia duró exactamente tres días. Luca aún no había llamado y Eve empezó a sentirse insegura y estúpida. ¿Por qué se había lanzado a esa aventura sin saber nada de lo que él esperaba y sin poder expresar lo que ella pensaba? Pero, ¿cómo podría haberlo hecho? Lo habría echado todo a perder si lo hubiera interrogado o si le hubiera dicho lo que ella quería, especialmente cuando ni ella misma lo sabía. ¿Por qué no podía dejarlo así y disfrutar de ello?

Tal vez pudiera hacerlo si por lo menos Luca la llamara.

Pasó casi una semana antes de tener noticias suyas, y cuando Eve descolgó el teléfono y escuchó su acento italiano dulce y sexy sintió ganas de colgar o de preguntarle por qué había tardado tanto en llamar, pero se contuvo. Los instintos podían ser peligrosos.

–¿Eve?

–Hola, Luca.

«Tan fría como siempre», pensó él con admiración. No había dejado de pensar en ella. Eve sabía su número de teléfono, tanto el de casa como el de la oficina, y además él le había dado su móvil... Pero no se había puesto en contacto con él, ni siquiera le había mandado un mensaje de texto, lo que invariablemente hacían todas las mujeres.

En cierto modo había sido una especie de prueba para ver si ella lo necesitaba, y una vez que había demostrado que no, Luca quería verla.

–¿Cómo estás?

–Ya sabes, muy ocupada. ¿Y tú?

–He estado en Amalfi.

–Eso está en la costa, ¿no?

–Sí. Es donde tengo mi barco.

–¿Es bonito?

–¿El qué? ¿El barco o la costa?

Eve se rió. ¡Maldito fuera! La risa podía ser tan seductora...

–Los dos.

–Los dos son preciosos, igual que tú –hizo una pausa–. Te he echado de menos.

«No tanto como para agarrar el teléfono», pensó Eve, pero el comentario le gustó.

–Bien. Siempre es agradable que la echen de menos a una.

–¿Tú también me has echado de menos?

–¡Deja de buscar cumplidos!

Luca se rió.

–Entonces, ¿cuándo voy a verte?

–Depende.

–¿De qué?

–De si tenemos los mismos días libres en nuestras agendas.

¡Más fría aún!

–¿Quieres decir que no cancelarías algo para ver a tu amante italiano? –murmuró él.

–Por supuesto que no. ¿Tú sí lo harías?

Curiosamente Luca pensó en anular su viaje a Estados Unidos, pero sólo durante un instante.

–Probablemente no. Entonces, ¿cuándo?

–Dime algunas fechas y yo te diré si estoy libre.

–Tengo que ir a Nueva York el fin de semana que viene. ¿Qué te parece el próximo?

–De acuerdo. ¿Dónde? ¿En Londres?

–¿Por qué no vienes a Roma? –sugirió él.

Eve nunca había estado en Roma, y una ciudad siempre era hermosa cuando se veía a través de los ojos de alguien que vivía allí.

El ático de Luca estaba en Viale Trinita dei Monti y era impresionante. Minimalista y moderno, todo de acero inoxidable y cristal. Los suelos eran de caoba y había mármol de Carrara en los cuartos de baño. Las habitaciones eran blancas, pero las luces se podían ajustar para crear diferentes colores y ambientes y los ventanales, que llegaban del suelo al techo, mostraban una vista sorprendente de la ciudad.

Había una terraza con tiestos de terracota en los que crecían limoneros, y otros más pequeños con romero, salvia y lavanda, de manera que el aire se impregnaba de su fragancia. Era el apartamento de un hombre sin ataduras.

Luca le enseñó columnatas, palacios e iglesias hasta que Eve se mareó con el esplendor de la ciudad, y después la condujo a Tivoli, una ciudad pintoresca situada en una ladera, en medio de hermosos bosques y ríos.

–Es precioso –murmuró Eve mientras contemplaba el paisaje.

Él le acarició el cabello.

–Como tú –dijo suavemente antes de llevarla a su apartamento, donde pasaron el resto de la tarde haciendo el amor lentamente.

Por la noche, en un restaurante de las calles estrechas y adoquinadas de Trastevere, cenaron *tonnarelli cacio e pepe* a la luz de las velas, bebiendo vino de color granate.

Después pidieron café y Eve se sintió relajada.

–Háblame de tu infancia. ¿Dónde naciste?

–Soy romano, nací aquí.

–¿Y nunca has querido vivir en otro sitio?

La miró algo desconcertado y se encogió de hombros.

–¿Por qué? Todo lo que quiero está aquí.

–¿Y dónde está tu familia?

–Mi hermana también vive en Roma. Mis padres murieron.

Eve echó una cucharada de azúcar en su café.

–Los míos también –dijo aunque él no lo había preguntado.

–Entonces tenemos mucho en común –murmuró Luca mirándola sensualmente–. Aparte de lo que es evidente.

Fue un alarde descarado y sexual y Eve pensó que tendría que haberle gustado, pero en vez de eso la hizo sentirse insegura. ¿Tal vez porque la atracción sexual era algo efímero?

–Ven, Eve –pagó la cuenta que el camarero le había dado y la miró–. Es hora de volver a casa, ¿no crees?

Una vez en el apartamento Luca deslizó un dedo entre sus cejas.

–¡Siempre frunciendo el ceño! Estás así desde que salimos del restaurante. ¿Sabes lo que ocurre cuando haces eso? Aparecen las arrugas, y eso no le gusta a ninguna mujer –bromeó.

Ese comentario le dolió por alguna razón.

–Pero cuando aparecen las borramos con cirugía, ¿no es verdad? –preguntó mordazmente–. Mientras que las arrugas de los hombres denotan experiencia, en las mujeres son sinónimo de la edad.

–*Cara*, *cara*... Yo no pienso nada de eso, y no soy ningún defensor de la cirugía –le besó la punta de la nariz.

Eve se dio la vuelta para contemplar la ciudad iluminada. Los hombres como Luca valoraban la belleza, ¿y no era la juventud un sinónimo de belleza? Seguramente ese hombre siempre elegiría mujeres jóvenes, firmes y sin arrugas.

–¿Eve?

Su voz era profunda y seductora y ella cerró los ojos cuando Luca comenzó a acariciarle los hombros, atrayéndola hacia las formas duras y esbeltas de su cuerpo. ¿Por qué desperdiciar un momento así?, pensó Eve mientras Luca le cubría los pechos.

–¿Mmm?

–¿Estás enfadada? ¿Exaltada?

Ella se rió y se giró hacia él, pasándole una mano por la mandíbula.

–Enfadada no, pero exaltada sí –dijo con ojos brillantes mirándolo provocativamente–. Exaltada, siempre.

–Entonces ven aquí y demuéstramelo.

–Claro que voy a demostrártelo –contestó desabrochándole la camisa.

Esa noche ella fue la dominante, desnudándolo y provocándolo hasta que él pidió clemencia. Eve no se quitó las medias y se sentó a horcajadas sobre él, pensando que nunca se había sentido tan desinhibida con un hombre.

Al terminar él se quedó tumbado en silencio durante un momento, hasta que finalmente abrió los ojos y la miró.

–¡Guau!

Eve se ruborizó y se sintió satisfecha y segura de sí misma.

–¿Te ha gustado?

Luca sonrió, le puso una mano en la nuca y la atrajo hacia él hasta que sus labios casi se rozaron.

–Oh, *sì, cara*. Me ha gustado. Me gusta que seas tan salvaje y libre –deslizó una mano entre sus muslos y ella ahogó un grito–. ¿Y a ti te gusta esto? –susurró.

Ella empezó a retorcerse de placer.

–Oh, Dios... ¡Sí, sí! Por favor, no pares...

–¿Parar? *Cara mia*, ni siquiera he empezado.

Pero el fin de semana se pasó demasiado rápidamente y en el aeropuerto él la besó tan apasionadamente, que la dejó sin respiración.

–Quédate un día más –le dijo al oído.

La tentación casi pudo con ella, pero se separó de Luca de mala gana.

–No puedo. Tengo que estar en el estudio temprano.

Él asintió con la cabeza y la besó en la frente.

–Estaré en Estados Unidos durante un mes. Pero te llamaré. Muy pronto.

–Hazlo –recogió su bolsa de viaje y comenzó a alejarse.

Mientras la observaba Luca se preguntó si aquello era una de las ironías de la vida, que uno siempre quería lo que no podía tener. Se dio la vuelta y echó a andar, ajeno a las miradas femeninas que lo

estudiaban cuando su móvil comenzó a sonar y él lo sacó del bolsillo para contestar a la llamada.

Eve llegó a casa a tiempo de darse un baño antes de irse a la cama. Encendió unas velas y disfrutó de la espuma perfumada de lavanda mientras escuchaba una ópera italiana.

A la mañana siguiente, estaba fresca como una rosa, a pesar de haber dormido poco el fin de semana. Manejó con aplomo a una malhumorada estrella adolescente del pop y entrevistó de manera inteligente al miembro local del Parlamento, preguntándole por qué no se hacía nada para solucionar el problema del tráfico.

Se sentía en una nube, como si no viviera en el mundo real. Pero se recordó que la vida no era tan buena. No podía serlo. Tal vez porque cuando se tenía un amante él dominaba la rutina, haciendo que todo apareciera envuelto en sombras. Especialmente cuando era alguien como Luca.

A lo mejor era porque él vivía lejos, y llevaban una relación excitante y glamurosa. Si hubieran vivido en la misma ciudad habrían caído en la rutina, y ella no se sentiría como flotando en el aire.

Un par de semanas después, Eve miró el calendario que tenía en la cocina y sus ojos se quedaron fijos en él, mirándolo con incredulidad. Llevaba retraso. Mucho.

Se preparó algo de cena con manos temblorosas, y cuando se sirvió el arroz con gambas en un plato decorado con girasoles, lo apartó. Había perdido el apetito.

Ella nunca se retrasaba. Nunca. Tal vez por eso no se había dado cuenta antes, porque daba por sentado que sería puntual. O tal vez porque no había pensado en otra cosa que no fuera Luca...

Pero no podía estar embarazada. Habían usado preservativos y habían tenido cuidado.

Intentó ignorarlo, pero no pudo. Encendió el ordenador y descubrió que había un tres por ciento de posibilidades de que los preservativos hubieran fallado. Se sintió mareada, pero se dijo que las probabilidades aún estaban a su favor.

Los días siguientes fueron una serie de minutos interminables durante los que esperó que algo ocurriera, pero nada pasó.

Luca llamó y ella intentó hablar con normalidad. Verlo era lo último en lo que pensaba. Solamente quería confirmar que sólo era un contratiempo, una pesadilla, y que no estaba embarazada.

Pero era una mujer inteligente que no podía ocultar la verdad. Temiendo las malas lenguas, salió del pueblo y entró en la primera farmacia grande que encontró. Compró un test de embarazo y al final del día la duda se convirtió en un hecho.

Se miró en el espejo como si esperara ver algún cambio, pero no había ninguno. Sus mejillas seguían estando sonrosadas, y los ojos brillaban. Tal vez demasiado. ¿No decían que las embarazadas tenían un aspecto muy saludable?

Y ahí estaba ella. Sana y aterrorizada, porque estaba embarazada de Luca Cardelli.

Capítulo 7

Eve estiró el edredón y echó un vistazo al dormitorio. Luca se iba a quedar unos días y ella sintió la necesidad de preparar la bienvenida. La ropa de cama estaba limpia, había flores frescas por toda la casa y velas perfumadas listas para ser encendidas.

Se dejó caer en la cama y arrugó el edredón, pero no le importó. En realidad no le importaba nada, sólo que su vida estaba a punto de cambiar drásticamente.

Miró el reloj con desgana. Luca no tardaría en llegar y ella debía calmarse. Tendría que decírselo, y sería mejor que lo hiciera pronto. ¿Cómo podría mirarlo a los ojos y pretender que no había cambiado nada?

Era un secreto tan grande que parecía haberse apropiado de toda su vida. Casi había esperado que la gente en el trabajo la detuviera en el pasillo y le diera la enhorabuena, porque le parecía que era evidente que estaba embarazada. Pero, si la gente lo supiera, raramente le daría la enhorabuena, ¿no? Se había quedado embarazada de repente y no tenía un compañero sentimental estable. Pero no había ninguna razón por la que no pudiera disfrutar de su vida y de la de su hijo aunque, al menos al principio, no era una noticia para celebrar con una botella de champán.

¿Cómo se lo iba a decir a Luca? ¿Debería decírselo directamente o esperar el momento apropiado? Pero si ese momento existía desaparecería rápidamente, porque ella podía predecir cuál sería su reacción. Se iba a poner furioso al descubrir que iba a ser el padre del hijo de una mujer que era «casi una extraña».

Oyó que un coche se acercaba, que una puerta se cerraba y el murmullo de algunas palabras. Apartando la cortina, vio a Luca pagar al taxista.

Ya había llegado. Eve debería haberse sentido emocionada, pero sus únicas emociones eran miedo y terror.

Luca levantó la vista hacia la casa y entornó los ojos. ¿Había estado Eve allí arriba, mirándolo? Si era así, ¿por qué no había apartado la cortina para saludarlo?

Las facciones se le endurecieron. Eve había estado tensa por teléfono, con la voz que ponía una mujer si te olvidabas de su cumpleaños. ¿Estaría enfadada?

Llamó a la puerta y pensó en el cuerpo esbelto y firme de Eve, sintiendo inmediatamente una oleada de deseo. Si estaba enfadada, él la besaría hasta que se le pasara y la haría suspirar de placer durante dos días enteros. ¿Y después? Se encogió de hombros ligeramente.

La puerta se abrió y Eve le dedicó una de sus mejores sonrisas.

–¡Luca! –dijo abrazándolo.

Él sonrió contra su cabello y dejó su bolsa en el suelo. Mucho mejor.

–¿Me has echado de menos, *cara mia*?

–¿Echarte de menos? –preguntó Eve mientras se decía que debía actuar con normalidad–. Soy una mujer muy ocupada, Luca Cardelli. ¡No tengo tiempo para echar de menos a nadie!

Eve no hacía de Luca el centro de su universo. Era una mujer con su propia vida. Perfecto. Pero no le gustó. Quería que le dijera que lo había añorado, quería romper su fría armadura de sofisticación. Se dio cuenta de que quería conquistarla. Le gustaba conquistar a sus mujeres, y cuando lo había hecho seguía adelante.

–Entra. ¿Qué te gustaría hacer primero? Puedo hacer algo de té y después podríamos dar un paseo junto al mar... –pero el beso de Luca la interrumpió, un beso que la dejó helada–. ¡Luca! Cualquiera diría que has venido pensando solo en una cosa –bromeó, aunque seguía sintiendo miedo.

–¿No quieres llevarme arriba y hacer el amor? ¿Quieres té?

–¿Tú no? ¡Has estado todo el día viajando! Ven, prepararé la tetera –dijo mientras se dirigía a la cocina.

Él la siguió irritado. ¿Qué clase de bienvenida era esa? ¿Pensaba Eve que había estado volando todo el día para meterse en una cocina y tomar té?

–Una mujer italiana nunca trataría así a su amante.

Lentamente, Eve se dio la vuelta.

–Entonces sugiero que te busques una amante italiana, en vez de

una inglesa.

–Dime, ¿saludas a todos tus hombres de esa manera tan fría?

Lo dijo como si ella tuviera un montón de amantes, y de repente se sintió mareada y el mareo le recordó su gran secreto. Se dio cuenta de que su intuición había sido correcta: no habría ningún momento «apropiado» para decírselo. Esperar habría sido mantener el engaño, y ni siquiera podía pensar en hacer el amor.

–Siéntate, Luca –dijo bruscamente.

Luca entrecerró los ojos. Algo no cuadraba. Desde que llegó había tenido el presentimiento de que algo no iba bien, pero lo había atribuido a los nervios, aunque no había habido nervios durante aquel delicioso fin de semana en Roma. Agarró una silla en silencio y se sentó.

Eve terminó de preparar el té. Sabía que ninguno de los dos se lo iba a tomar, pero tenía la necesidad de mantenerse activa. ¿Y él por qué no decía nada? ¿Por qué no le preguntaba qué iba mal de forma que ella pudiera soltárselo, en vez de tener que decirlo fríamente?

–Estoy embarazada.

Durante un instante, Luca creyó que estaba soñando, o en medio de una pesadilla.

–Date la vuelta y mírame –dijo en voz baja–. Y dilo otra vez.

Eve respiró profundamente y se giró para mirarlo. Había esperado ver enfado, furia e incredulidad, pero no vio nada de eso. Sus ojos eran fríos como el hielo y su rostro parecía el de un extraño, aunque en realidad era eso precisamente.

–Estoy embarazada.

Luca le miró el vientre, como si quisiera comprobarlo por sí mismo. Asintió con la cabeza.

–Por eso no querías hacer el amor.

La tranquilidad de su voz actuó en Eve como un bálsamo y se sintió un poco más cómoda. Era un hombre inteligente y perspicaz y sabía que no conseguiría nada enfadándose.

–Eso es. Pensé que sería inapropiado, dadas las circunstancias.

Luca se rió despectivamente.

–¿Inapropiado? ¿Para quién? ¿Para ti, para tu bebé o para el tonto que lo ha engendrado?

Sí, Luca estaba enfadado, pero era una furia desdeñosa, aún más mortífera que un enfado fuerte y furioso. Ella lo miró sin terminar

de comprenderlo.

–Luca...

–¿Estabas ya embarazada cuando te acostaste conmigo? –se rió amargamente, incapaz de creer que había sido engañado y que la había perseguido como un adolescente–. ¿Esto no te complica las cosas? ¡Supongo que el padre no te ofrecerá ayuda si descubre que te has estado acostando con otro! Bueno, no te preocupes, *cara*. ¡No seré yo quien se lo diga! Me llevaré el secreto a la tumba. Y espero no volver a fijarme en ti mientras viva.

Atónita, Eve vio que se levantaba. Era como si lo viera todo a cámara lenta y ella hubiera perdido la capacidad de hablar. Cuando Luca casi había llegado a la puerta Eve consiguió decir:

–Pero tú... ¡Tú eres el padre, Luca!

Se hizo un pesado silencio y Luca se quedó helado, como si de repente se hubiera convertido en una estatua.

–¿Qué?

Esa única palabra fue como una amenaza, como si la desafiara a decirlo de nuevo.

–Tú eres el padre.

Se dio la vuelta y se rió.

–¡No soy el padre!

Ella pensó en la vida que llevaba en su interior, creada por accidente y ahora negada por su padre biológico, y comenzó a sentirse furiosa. Levantó la cabeza con orgullo.

–Puedo asegurarte que lo eres.

–Demuéstralo.

Le lanzó una mirada fulminante.

–No tengo intención de «demostrarlo». Además, no necesito ninguna prueba. Lo sé.

–¿Cómo?

–¡Porque hacía dos años que no me acostaba con ningún hombre!

–¿Esperas que me crea eso?

–¡No espero nada! Te lo estoy diciendo porque creo que tienes derecho a saberlo, ¡aunque ojalá no te lo hubiera dicho!

Él estaba asintiendo con la cabeza, como si se le hubiera ocurrido una solución.

–Por supuesto –dijo–. Por supuesto.

Eve respiró profundamente, diciéndose que debía mantener la calma, por su propio bien y por el del bebé. Luca se había asustado al principio. ¿Quién no lo haría? Lo miró esperanzada.

–Por supuesto, ¿qué?

–Ahora lo entiendo.

–¿De verdad?

–Claro, ahora lo recuerdo. Aquella noche en Londres, cuando me dijiste que querías tener hijos. Eres una mujer de carrera, ¿no, Eve? Tienes un trabajo exigente. Así que, ¿quién necesita un hombre a su lado? Lo único que querías era un bebé. Un bebé de diseño. Hoy en día, las mujeres lo hacen cada dos por tres. ¿Y quién mejor para engendrar a tu bebé que uno de los hombres más ricos de Italia? Muy inteligente, *cara* –la miró como si fuera un ser de otro planeta–. Pero quiero saber cómo lo hiciste. Tal vez arañaste deliberadamente el preservativo con tus bonitas uñas rosas cuando me lo estabas poniendo. Un plan muy ingenioso.

–Vete –dijo ella–. ¡Vete antes de que llame a la policía!

Pero Luca no se movió.

–¿Cuánto quieres? Una buena cantidad de dinero. ¿Es eso lo que habías planeado? –echó un vistazo a la cocina con una sonrisa desdeñosa–. Supongo que ganas bastante dinero, ¿no, Eve? Pero mi riqueza está fuera de tu alcance. Con mi dinero podrías permitirte lo que realmente quieres: la mejor niñera, una casa más grande, un coche de lujo, vacaciones... ¿No es así, *cara*?

–¡No vuelvas a llamarme así! Te doy una última oportunidad para que te vayas, Luca, ¡y si no lo haces llamaré a la policía! –exclamó cerrando fuertemente los puños.

Luca también estaba a punto de perder los nervios y supo que tenía que marcharse. Pero ella estaba embarazada de su hijo, y aunque el método que había usado era totalmente imperdonable, ya estaba hecho.

–Me voy –dijo fríamente.

–¡Y no vuelvas! ¡No quiero verte nunca más!

Luca sacó un billetero del bolsillo de la chaqueta y por un momento ella creyó que le iba a arrojar algo de dinero. Pero sacó una tarjeta y la dejó sobre la mesa.

–Esta es la dirección de mi abogado. Le diré que te pondrás en contacto con él.

Y con esas palabras insultantes resonándole en los oídos, Eve escuchó con incredulidad sus pisadas en el pasillo y la puerta cerrarse a sus espaldas. Pero cuando se hubo ido se sintió algo mejor.

Su reacción había sido peor de lo que Eve había imaginado, pero al menos ya había pasado. Seguramente ya nada podía ser tan malo como lo que acababa de pasar. Pero entonces recordó la furia de Luca y las lágrimas se le agolparon en los ojos. No tenía ningún sentido pensar en él, se había terminado.

Sintió un ruido en el estómago, y sintió hambre por primera vez desde que supo que estaba embarazada. «Tienes un bebé que alimentar, Eve Peters», se dijo mientras abría la puerta del frigorífico.

Capítulo 8

Ninguna llamada?

El abogado negó con la cabeza.

–No, *signore*.

–¿La ha telefoneado, como le dije?

–He intentado hablar con la *signorina* Peters en cuatro ocasiones, pero siempre se ha negado a aceptar mi llamada.

Luca soltó un improperio y se dio la vuelta para mirar por la ventana. Por primera vez se sentía perplejo. Había asumido con naturalidad que las protestas de Eve habían sido falsas, y que su afirmación de que no quería volver a verlo había sido sólo un desafío de una mujer que no quería decir eso, sino que estaba jugando de manera inteligente. No estaba seguro de qué era lo que Eve quería, si a él, su dinero o las dos cosas, pero lo iba a descubrir pronto.

Sin embargo, parecía que ella había cortado cualquier tipo de contacto.

Siguió mirando por la ventana mientras el sol de mediodía iluminaba los tejados de Roma, y el corazón le dio un vuelco. A menos que... A menos que hubiera una buena razón para que ella no se hubiera puesto en contacto con él.

¿Y si ya no había ninguna razón para que ella lo hiciera? ¿Y si ya no estaba embarazada?

Durante un momento Luca se sintió mareado.

–¿*Signor* Cardelli? –Luca se dio la vuelta y se sorprendió al ver la preocupación en el rostro de su abogado–. ¿Se siente mal, *signore*?

–No, amigo mío. Estoy bien –dijo con gravedad. Era hora de hacerse cargo del asunto, algo que debería haber hecho semanas atrás.

Eve se despidió alegremente del equipo, pero su sonrisa se desvaneció en cuanto se dio la vuelta. Era muy difícil fingir que no

pasaba nada, y no sabía cuánto tiempo sería capaz de seguir así. Más tarde o más temprano tendría que decírselo a Clare, la editora, y era mejor que fuera pronto, antes de que alguien se diera cuenta.

Esa mañana había tenido que abandonar el plató dos veces, intentando no salir corriendo al baño. Se había mirado al espejo temblando, antes de aplicarse algo de colorete, deseando que su aspecto fuera medianamente decente. No iba a durar mucho como presentadora si se pasaba el día vomitando.

Pero aunque las náuseas pasaran, como le había dicho el médico, seguía estando embarazada. Tenía que hablar con Clare.

Salió al exterior, agradecida al sentir el frío después del ambiente agobiante del estudio, y cuando miró alrededor buscando el coche, el corazón le dio un vuelco. Había un hombre apoyado en un coche plateado. Estaba vestido de negro, de manera que su cabello y sus ojos parecían la noche. Durante un momento Eve pensó en salir corriendo hacia el estudio, pero sabía que no podía hacerlo. Tenía que enfrentarse a él.

Él la estudió obsesivamente, buscando alguna señal. Cualquier señal. Pero el abrigo grueso que ella llevaba la envolvía completamente y él sólo pudo ver la palidez de su rostro y unos ojos verdes que lo miraban con recelo. Se acercó a ella.

–Hola, Eve.

–No quiero hablar contigo –miró alrededor desesperadamente buscando su coche. ¿Dónde estaba el conductor? Nunca llegaba tarde.

–Creo que tenemos que hablar –dijo él con firmeza. La última vez ella lo había pillado con la guardia baja, pero Luca siempre conseguía lo que se proponía.

Eve se giró hacia él, pero no estaba preparada para el efecto que tenía en ella. El corazón parecía salírsele del pecho, las piernas empezaron a fallarle. Debería sentir desprecio hacia él, lo mismo que Luca sentía por ella pero, ¿por qué no era tan fácil? ¿Por qué se sentía atraída hacia él? Se dijo que era algo puramente físico.

–Creo que no me entiendes, Luca. El chófer llegará enseguida, subiré al coche y me iré a casa. Sola.

–Me temo que estás equivocada.

Ella lo miró sin comprender.

–Tu chófer se ha ido. Le dije que se marchara.

–¿Le dijiste que se marchara? –repitió con incredulidad.

Luca señaló el coche largo y plateado.

–Tengo un coche y te llevaré donde tú quieras, pero quiero hablar contigo y lo voy a hacer. Me lo debes.

–No te debo nada después de las cosas despreciables de las que me acusaste.

Luca asintió con la cabeza y suspiró.

–No tenía derecho a acusarte de esa manera, pero estaba...

Ella lo miró con curiosidad.

–¿Qué?

–Me sentía como si mi propio mundo se hubiera derrumbado.

–Así que no te atrae la idea de ser padre –dijo con ligereza, porque solamente así podía ocultar su dolor–. Entonces no hay nada más que decir, ¿no crees?

–¿Me estás diciendo que no hay bebé?

A Eve le llevó un par de segundos darse cuenta del significado de sus palabras, pero cuando lo hizo se sintió como si le hubieran dado un martillazo. ¿Acaso Luca pensaba...? ¿Era posible que pensara que...?

–Por Dios, Luca. La opinión que tienes de mí ya no podría caer más bajo.

–¿Y qué se supone que tengo que pensar cuando has rechazado todas mis llamadas?

–Las llamadas de tu abogado –corrigió ella–. No son negocios lo que quiero hacer, por eso no las he aceptado.

–¿Entonces?

–Sí, todavía hay un bebé –dijo lentamente–. Pero no tienes que preocuparte por nada. Es mi bebé y no tendrá nada que ver contigo.

–Sube al coche.

–No.

–Por favor.

Su voz era suave y tranquila y Eve se sintió débil, después de las emociones que su presencia le había provocado.

–Maldito seas –dijo instintivamente, pero no se alejó.

Luca abrió la puerta del copiloto, pero ella se liberó de su brazo cuando intentó ayudarla a sentarse.

–¡No soy una inválida! ¡Estoy embarazada! –temiendo que alguien del equipo la hubiera oído, miró alrededor con ansiedad,

pero no había nadie.

Luca se dio cuenta de su reacción. Nadie lo sabía, eso era claro. ¿Por qué Eve estaba ocultando su embarazo? Arrancó el coche.

–¿Adónde quieres ir?

–A casa –se reclinó en el asiento y cerró los ojos, temiendo que Luca la volviera a acusar y sermonear, pero no lo hizo. La calidez y el movimiento del coche la arrullaron, y se dio cuenta de lo cansada que estaba.

Él le echó un vistazo y observó que respiraba más profundamente. Se había dormido. Sus manos se relajaron alrededor del volante.

El abrigo de Eve se había abierto, dejando al descubierto sus muslos, y Luca sintió una oleada de excitación. ¡Maldita fuera! ¡Maldita fuera ella y su sensualidad! Se obligó a concentrarse en la carretera.

El coche se detuvo y Eve abrió los ojos desconcertada. Estaba en su casa, con Luca en el asiento del conductor. Buscó el tirador de la puerta.

–Gracias por traerme.

–Voy a entrar.

–No, tú... –pero Luca había hablado con determinación y ella supo que había perdido la batalla. Oiría lo que tuviera que decir y después él se marcharía.

La casa estaba fría. Eve se quitó el abrigo y no protestó cuando él lo tomó de sus manos y lo colgó. Ella se estremeció.

–Voy a encender la chimenea.

–Deja que lo haga yo.

–¿Sabes cómo hacerlo? –preguntó enarcando las cejas.

Él se rió.

–Claro que sí. Hay muchas cosas que no sabes de mí, *cara*.

–Voy a preparar té –cualquier cosa para alejarse de él.

Cuando regresó con la bandeja vio que Luca había conseguido encender el fuego. Dejó la bandeja en una mesita y lo miró.

–No me di cuenta de que hubiera una chimenea en tu lujoso apartamento.

–No –contestó mientras arrojaba el último leño–. Pero teníamos una casa en el campo donde solíamos ir de vacaciones cuando yo era pequeño. Allí aprendí a hacerlo.

A Eve le resultó difícil imaginar que ese hombre arrogante hubiera sido un niño. ¿Tendría ella un niño? Y si así fuera, ¿se parecería a Luca? Sería un constante recordatorio de su pasión y locura.

Luca se acercó a la bandeja y sirvió dos tazas de té. Eve estaba tan cansada, que lo dejó hacer. Pero era peligroso ser pasiva. Le había dicho claramente lo que pensaba de ella y Eve no podía, ni debía, olvidarlo.

–Será mejor que me digas lo que tengas que decirme y que después te vayas. Estoy cansada.

Sí, Luca podía verlo. Eve tenía ojeras que lo demostraban.

–¿Duermes bien?

–A ratos. Y, por supuesto, tengo que levantarme muy pronto.

–No te has puesto en contacto con mi abogado –dijo lentamente.

–¿De verdad esperabas que lo hiciera?

¿Qué diría ella si le respondía que sí? La riqueza de Luca lo hacía diferente de los demás, y seguramente habría visto normal que ella quisiera sacar provecho de ella.

–Sí –dijo sencillamente.

–Bueno, pues quédate tranquilo. No lo hice y no pienso hacerlo. Tu dinero está a salvo. ¿Hay algo más?

Eve se estaba volviendo fría y distante, como si tuviera hielo en las venas en vez de sangre. ¿Sería eso bueno para el bebé?

–Quiero que tengas todo lo que necesitas, Eve.

–¡Pero si ya lo tengo! Tengo una casa y un trabajo, un buen trabajo.

Luca recordó que ella había sentido miedo en el aparcamiento, preocupada de que alguien la hubiera oído.

–Pero, ¿por cuánto tiempo?

–¿Cómo dices?

–¿Les has dicho que estás embarazada?

–Eso no es asunto tuyo.

–Creo que sí. Puede que no te contraten si estás embarazada.

Elle dejó escapar una risita.

–Hay leyes que regulan ese tipo de discriminación. Así que no te preocupes por mí.

Eso no era lo que Luca había esperado. Había esperado algo de... ¿qué? ¿Gratitud? Que durante las últimas semanas Eve se hubiera

tranquilizado y entrado en razón. Tenía que darse cuenta de que su dinero podía ayudarla a ser madre.

–No quiero que luches por el dinero... no cuando yo tengo suficiente, más que suficiente.

–Pero no voy a tener que hacerlo. Me las arreglaré.

–¡No quiero que te las arregles, quiero que estés cómoda!

–¡Lo que tú quieres no es lo que realmente cuenta, Luca!

–Pero también es mi bebé –apuntó.

–¿Sí? –preguntó fingiendo sorpresa–. ¿Ya no niegas la paternidad? ¿Qué ha pasado? ¿Ordenaste que alguien me hiciera una prueba de ADN mientras estaba dormida?

–¡Eve! Déjame ayudarte –dijo repentinamente.

Eve todavía se sentía dolida por las cosas que le había dicho, y no podía imaginar un día en el que no se sintiera así.

–Crees que lo puedes comprar todo con tu dinero, ¿verdad?

Sus ojos oscuros brillaron.

–¿Me vas a privar de mi hijo, Eve?

Esa pregunta atravesó todas las defensas de Eve. Hasta ese momento había pensado en el bebé casi como un concepto abstracto, como si no hubiera sido real y, aunque lo hubiera sido, como algo que no tenía nada que ver con Luca. Pero había sido una ingenua al decirle que estaba implicado, y alguien como Luca no se tomaría esa implicación a la ligera.

Debería haberlo mantenido en secreto. Luca había querido que su aventura fuera temporal, no era del tipo de hombres que sientan la cabeza. Su relación habría durado unas cuantas semanas más, tal vez meses, y después él se habría dedicado a otra conquista.

Pero, ¿realmente podría habérselo ocultado? ¿No tenía Luca derecho a saberlo?

–¿Qué es lo que quieres? –preguntó Eve con cautela.

–No lo sé –dijo, y era la primera vez en toda su vida que hacía esa afirmación. Se sentó en el sofá y estudió a Eve con los ojos entornados–. No me has dicho de cuánto estás.

–Casi cinco meses.

–¡Cinco meses! ¿Ya? –preguntó con cierta inseguridad.

–Sí, ahora está empezándose a notar –lo miró a los ojos y se sintió desesperada, porque su mirada aún la hacía estremecerse. Si al menos se hubiera mantenido alejado, aunque fuera durante algo

más de tiempo, se habría vuelto inmune a él. Pero no lo era–. El tiempo vuela cuando lo estás pasando bien –dijo con sarcasmo.

Debía de haberse quedado embarazada la primera vez, antes de Roma, antes de que él viajara a Estados Unidos. Recordó con el corazón encogido que había sido imprudente, que había querido hacer el amor justo después de la primera vez. Y ella lo había detenido.

Luca frunció el ceño. ¿Cómo había pasado tanto tiempo sin que se diera cuenta? Se había sumergido en el trabajo después de que ella se lo dijera, tal vez para intentar olvidarlo y negarlo. Y había esperado a que ella le pidiera dinero. Reconoció que la había probado, igual que al principio, para ver si lo llamaba. ¿No era eso lo que siempre hacía, tanto en su vida profesional como en la personal? ¿Poner objetivos imposibles y esperar a que los demás fracasaran intentando conseguirlos?

Pero Eve no había fracasado.

–En cualquier caso, si es el dinero lo único que te preocupa, olvídalo, porque estaré bien –dijo Eve sonriendo–. A menos que haya algo más.

Él la miró con incredulidad.

–¿Crees que esto sólo tiene que ver con el dinero? ¿Esperas que me vaya sin mirar atrás y sin preocuparme por mi hijo?

«Mi hijo». Unas palabras poderosas y sobrecogedoras. Como Luca.

–No espero nada. Nunca lo hice –añadió Eve deliberadamente, y al menos él tuvo la decencia de estremecerse–. Será mejor que me digas qué es lo que esperas tú. Algún tipo de contacto, supongo.

–¡Contacto! –repitió Luca con furia–. ¡Qué palabra tan horrible!

–Puede que sea horrible, pero el mundo es así.

Luca se levantó, se acercó a ella y se puso de cuclillas a su lado. Si hubiera sido cualquier otra mujer, en cualquier otra situación, la habría abrazado y reconfortado. Pero la postura fría de Eve le decía que era mejor que no lo hiciera. Luca siempre había sido capaz de seducir a cualquier mujer, de convencerlas para que pensaran como él, pero de pronto se dio cuenta de que Eve no era tan maleable. Sus ojos se posaron en las uñas de los pies, ese día pintadas de color rosa coral, y recordó que la había acusado vergonzosamente.

–Entonces, ¿cómo va a ser? –preguntó Eve–. ¿Cada dos fines de

semana y alguno en vacaciones? ¿Unas Navidades sí y otras no? Así es como funciona, ¿no?

–¡No me importa cómo funciona! –le tomó la cara en la palma de la mano y la levantó para que Eve lo mirara. Para su sorpresa, ella no se lo impidió–. Solamente hay una posibilidad sensata –de repente se dio cuenta de que así era como se suponía que tenía que ser. Durante toda su vida había huido del compromiso, pero ya no podía escaparse más–. Te casarás conmigo, Eve.

–¿Casarme contigo? –preguntó con incredulidad.

Capítulo 9

Y eso es lo que hay –terminó Luca encogiéndose de hombros.

–¡Guau! –exclamó su hermana mientras le tendía el bebé dormido.

Luca arqueó las cejas mientras agarraba automáticamente al bebé.

–¿Qué es esto? –preguntó secamente–. ¿Terapia de aversión?

–¡Tonterías! Eres estupendo con tu sobrino... siempre lo has sido. Tienes un talento innato para los niños, Luca.

El bebé se agitó y suspiró y Luca lo observó. Sus facciones se relajaron.

–Pero no parece que vaya a tener mucha práctica con el mío.

–¡Luca, por el amor de Dios! ¡No seas tan derrotista!

–¡No estoy siendo derrotista, Sophia! –gritó, pero el bebé protestó y Luca bajó la voz–. Sólo soy práctico. Ella vive en Inglaterra y yo en Roma... y no estamos juntos. Los hechos hablan por sí mismos.

–Entonces, ¿por qué no estáis juntos? No puedes pasarte la vida huyendo del compromiso y buscando a la mujer perfecta. Tendrás que casarte con ella. Creo que no hay ninguna razón mejor para terminar tu soltería que un bebé.

Luca acarició pensativamente el cabello de su sobrino y miró a su hermana mayor con una expresión que la sorprendió.

–Le he pedido que se case conmigo.

–¿Lo hiciste?

Luca asintió con la cabeza.

–¿Y?

–Dijo que no –hubo un momento de silencio y después, para sorpresa de Luca, su hermana empezó a reírse–. Yo no le veo la gracia –dijo fríamente.

Sophia se limpió los ojos.

–¿Ah, no? ¡Yo creo que es para morirse de risa! ¡Por fin una mujer ha rechazado al gran Luca Cardelli! Creo que me gusta esa

mujer.

–¡No tiene gracia!

–No –contestó ella despacio–. Supongo que no la tiene. Bueno, vas a tener que hacer algo, Luca.

–Ya lo sé –dijo con gravedad.

La luz roja del estudio se apagó, hubo un aplauso espontáneo y Eve miró a su alrededor sonriendo al ver al productor ejecutivo entrando en el estudio, con unos papeles en la mano.

–¿Ha ido bien?

–Eve, ¡ha sido brillante! –agitó los papeles como si fueran la medalla del ganador–. Aquí tengo los índices de audiencia, y puedo decirte que hemos batido el récord.

Ella lo sabía. Había trabajado en televisión el tiempo suficiente como para reconocer el éxito. Había sido muy optimista, pero nunca se estaba seguro hasta que llegaban los índices.

–Tenemos un saco lleno de cartas y correos electrónicos, la gente no ha dejado de llamar en toda la semana.

Todo había salido a la perfección. Era tan perfecto, que a veces ella sentía ganas de pellizcarse. Ni siquiera había tenido que decirle a Clare que estaba embarazada. La editora lo había adivinado ella sola, igual que la mayoría del equipo. Abandonar el estudio regularmente por sentir náuseas la había delatado.

Los mareos no habían dado señal de desaparecer, y eso precisamente había desencadenado que Eve dejara de hacer el programa y tuviera su propio espacio al mediodía. Como alguien había dicho, no era exactamente una pérdida para el mundo de la televisión si a primeras horas de la mañana reponían una serie que habían creado veinte años antes.

Las mañanas de Eve se iba a caracterizar por la participación de la audiencia, pero iba a tener algo más. Además de las discusiones en el estudio sobre temas como «Demasiado obeso para disfrutar del sexo» o «Mi marido no sabe que soy una stripper», había un espacio especial de cinco minutos cada semana con el que los televidentes podían estar al día del embarazo de Eve. A los telespectadores les gustaba implicarse. ¿Qué mejor manera de hacer que se implicaran?

–Eso es fantástico –Eve sonrió al productor ejecutivo y se puso

una mano en su abultado vientre al sentir que el bebé le daba una patadita, como si dijera «concéntrate en mí ahora». Era hora de irse a casa y disfrutar de un merecido descanso. Agarró el bolso y encendió el móvil, que comenzó a sonar inmediatamente.

Número desconocido.

–¿Diga?

–¿Eve?–la voz era tan fría, que a Eve le extrañó que el auricular no se congelara.

El bebé se movió de nuevo. «Es tu papá», pensó ella, y su primera sensación fue de alivio. No había sabido nada de él desde que rechazó su propuesta de matrimonio. Se había preguntado muchas veces si Luca Cardelli se habría desentendido del bebé. Pero parecía que no.

–Hola, Luca. Ehh... ahora no puedo hablar.

–¿Por qué?

–Porque estoy en el estudio y hay mucha gente.

–Pues vete a algún sitio donde estés sola.

La voz de Luca tenía tal determinación, que eso fue exactamente lo que ella hizo.

–¿Cómo estás?

Él ignoró la pregunta.

–*Cara*, es más importante saber cómo estás tú y cómo está mi bebé.

Esa expresión posesiva no la alteró, sino que sintió un orgullo maternal al ver que él reconocía a su hijo de esa manera. Suspiró. No se podía luchar contra la naturaleza.

–Estoy bien. Bueno, ahora. Me sacaron del programa matinal porque tenía muchas náuseas... y me dieron mi propio programa...

–Lo sé –interrumpió Luca fríamente.

–¿Lo sabes? Pero no emitimos en Italia.

–No estoy en Italia.

–¿Dó... dónde estás entonces? –preguntó, aunque sabía la respuesta.

–Estoy en Hamble.

–¿Qué estás haciendo ahí?

–Hablaremos de eso más tarde. Creo que deberíamos quedar para comer, ¿no crees?

No era exactamente una pregunta, y Eve sabía, que sólo había

una respuesta apropiada para los dos. Para él porque lo había pedido y tenía el derecho a hacerlo, y para ella porque sentía curiosidad.

–Muy bien. ¿Dónde?

–En la Taberna del Pez a las dos menos cuarto.

–A las dos menos cuarto –repitió Eve.

El camino de vuelta se le hizo eterno. Eve miró el reloj. No había tiempo para ir a casa primero, y además, ¿para qué iba a ir a casa? No era una comida normal con un hombre normal; estaba embarazada y a punto de ver al padre reacio, no tenía ningún sentido arreglarse para él. De repente Eve sintió una punzada. Luca era un hombre extraordinario. ¿Por qué demonios estaba allí?

La Taberna del Pez era el mejor restaurante del pueblo. Estaba amueblado de manera sencilla, servía comida fresca y tenía unas vistas imponentes del puerto. La gente llegaba de todas partes para comer allí, y era imposible conseguir una mesa con tan poco tiempo, pero Luca lo había logrado.

Él ya estaba sentado cuando Eve llegó. Tenía el pelo alborotado y llevaba un suéter de cachemira de un color suave, como el de las nubes grisáceas, y el corazón le dio un vuelco cuando lo vio.

Luca se levantó. Estaba serio y ella se sintió algo inquieta. Luca la observó mientras se acercaba como si su vida dependiera de ello. Tenía un aspecto muy saludable y los ojos brillantes llenos de vida. Llevaba unos pantalones oscuros y un suéter grande y suave de color beige que ya no podía disimular su vientre abultado. Al verlo Luca sintió orgullo, dándose cuenta de que también era parte de él. Su hijo estaba en el vientre de Eve. Y, para su horror y sorpresa, sintió una oleada de deseo.

–Eve.

Habló con un tono agradable, pero como lo haría con cualquier otra persona. No la besó en las mejillas ni la llevó hasta su asiento. No la trató de ninguna manera especial, y Eve no supo muy bien por qué eso le dolió.

–Luca –contestó sin alterarse, y se sentó.

–Qué formales somos –bromeó él–. ¿Por qué hablamos como extraños, Eve? Al vernos nadie diría que hemos hecho el amor de una manera tan bella y que hemos creado un bebé que crece en tu vientre.

Eve sintió como si esa última frase se burlara de ella, mostrándole lo que podría haber sido si tuvieran una relación amorosa normal. Y al mismo tiempo le decía que lo que habían tenido había sido muy pequeño, algo sin importancia. ¿Estaba intentando herirla, vengarse de ella?

Luca estaba muy calmado, totalmente diferente del hombre que la había mirado con incredulidad cuando ella rechazó su proposición de matrimonio.

–¡No quiero casarme contigo! –había dicho Eve–. ¡Sólo quieres usar el matrimonio para conseguirme, y para conseguir los derechos sobre el bebé! ¡Igual que harías con tus negocios!

Él no lo había negado ni confirmado. Sólo la había mirado largamente y había preguntado:

–¿Esa es tu decisión?

–Sí.

–Entonces no hay nada más que decir, ¿no?

Y ella se había quedado preguntándose por qué no había dicho lo más sensato, algo como «Tengo que pensarlo» o «No descarto nada». Pero después se había dado cuenta de que había dicho lo correcto. No quería casarse con un hombre que no la amaba.

Con manos temblorosas, Eve desdobló su servilleta y se la puso sobre las rodillas, pensando que no podría comer nada con esos ojos negros observándola. Pero pudo devolverle la mirada con tranquilidad.

–Ibas a decirme por qué estás aquí –dijo serenamente.

¿Acaso nada la conmovía?, se preguntó Luca furiosamente. ¿Qué estaba pensando? ¿Qué sentía? Pero ella llevaba su bebé, y aunque le hubiera gustado descargar su furia, sabía que no debía hacerlo.

–Te he visto en la televisión esta mañana –dijo de improviso.

Eso era lo último que Eve esperaba oír.

–¿Sí?

La camarera llegó con su bloc de notas, pero Luca la despidió con un gesto impaciente de la mano. Después, se inclinó hacia delante, quedándose tan cerca de Eve, que ella pudo sentir la calidez de su aliento y ver el iris oscuro de sus ojos.

–Como bien dicen, eres muy... telegénica, *cara* –dijo despacio haciendo que sonara como un insulto–. La cámara te quiere, ¿verdad, Eve? Hace que en tu cara sólo haya esos ojos verdes que

son como un océano en el que un hombre podría ahogarse.

Las palabras eran pura poesía, pero las pronunció como un hombre que no quería creerlas.

–Si eso era un halago, creo que prefiero otros –dijo bruscamente. Miró a la camarera, le sonrió y, gracias a Dios, ella se acercó–. Quisiera el lenguado con patatas y guisantes. Para beber sólo agua. ¿Qué vas a comer tú, Luca?

–Tomaré lo mismo –dijo con tranquilidad, aunque por dentro echaba humo. Estaba acostumbrado a que las mujeres dejaran que eligiera por ellas.

¿Eve se estaba comportando así para demostrar superioridad? Durante un instante, se preguntó qué haría ella si se levantara y la besara. ¿Presionaría su cuerpo contra él y lo abrazaría con la pasión de la que era capaz?

–¿Luca? ¿Estás bien?

–No, Eve, no estoy bien. En realidad estoy muy enfadado, pero estoy haciendo grandes esfuerzos por controlarme.

–Lo estás haciendo muy bien –dijo Eve dulcemente.

–No lo seguiré haciendo tan bien a menos que me digas por qué estás haciendo ese nuevo programa.

–¿*Las mañanas de Eve*? –preguntó amablemente.

–Eve, quiero que me des una explicación.

Ella era una persona libre. Luca tenía ciertos derechos sobre el bebé, pero no sobre ella.

–Tenía demasiadas náuseas como para presentar el otro programa... Luca, ¿qué ocurre?

–¿Náuseas? ¡No me dijiste que te pasara eso!

–Por supuesto que no. Es muy normal en una embarazada.

–¿Y el bebé?

–Está bien, de verdad. He visitado a la doctora y dice que soy fuerte como un buey y que estoy muy sana –Luca se dio cuenta horrorizado de que se sentía satisfecho de que ella hubiera elegido a una doctora. Si él no podía ver su vientre desnudo, entonces tampoco quería que lo viera ningún otro hombre–. Así que crearon este nuevo programa especialmente para mí.

–¡Y así todo el país puede participar en tu embarazo! ¡Todos excepto el padre, claro!

–Es un programa regional, Luca, no nacional.

–Te estás olvidando de lo más importante –dijo él con furia.

En ese momento les sirvieron la comida.

–¿El qué?

Luca suspiró. Prefería no tenía que admitir sus sentimientos, y menos aún ante una mujer fuerte, orgullosa e independiente como Eve.

–¿Quién sabe que yo soy el padre? –preguntó repentinamente. Eve se quedó callada unos instantes–. ¿Eve?

–Sólo se lo he dicho a Lizzy. Ni siquiera lo sabe Michael, aunque supongo que a estas alturas ella se lo habrá dicho.

Recordó la reacción de su amiga, que no se había sorprendido.

–No puedo decir que te culpe –había murmurado–. ¿Y ahora?

–Se acabó.

Lizzy no había podido ocultar su desilusión.

–¿Y te sientes feliz?

–Muy feliz.

–Ah, bueno, entonces está bien. ¡Muy moderno! Probablemente sea lo mejor, ¿no? Michael dice que es muy conocido en los medios de comunicación italianos, toda una personalidad. No me sorprende. No es el mejor hombre del que enamorarse, Eve.

–No, no lo es.

Luca la estaba observando. ¡No había dicho quién era el padre!

–¿Te avergüenzas del padre del niño? –gruñó.

–¡No seas ridículo!

–¿Entonces?

–No estaba segura de si ibas a participar o no en la educación del niño, y pensé que si no lo hacías sería mejor que nadie lo supiera. No quiero que nadie me apunte con el dedo y que me juzgue.

Luca pensó que el matrimonio habría solucionado todos esos problemas, pero ella lo había rechazado.

–Deberías hablar de ello. El bebé lo sabrá, así que será mejor que los demás también lo sepan.

–No es tan fácil. Debido a mi trabajo, mi vida personal se considera importante. Por eso he respondido «sin comentarios» cuando me han preguntado quién es el padre.

–¿Y te sientes feliz así?

Eve se encogió de hombros.

–Así son las cosas.

Pero seguramente él podría cambiarlas, pensó Luca.

–¡Come! –dijo, y después frunció el ceño–. ¿Estás comiendo bien, Eve? ¿Comes adecuadamente?

–¿Por qué?

–No pareces muy... embarazada.

–No, algunas mujeres no lo parecen –pensó en lo reconfortante que era hablar de esas cosas con alguien a quien le importaba. Y si ella no le importaba a Luca, parecía que sí se preocupaba por el bebé.

–Bueno, pero ¿comes bien? –insistió.

Pinchó con el tenedor algo de pescado y unos guisantes y empezó a masticar como una niña obediente.

–Como muy bien. Pescado, fruta, verduras, arroz integral... y un poco de helado de cereza. ¿Estás contento?

¿Contento? No recordaba haber estado más descontento en su vida, tanto física como emocionalmente. La miró y Eve puso ver que en sus ojos se reflejaba el respeto, aunque sus labios se curvaban en una sonrisa irónica. Luca estaba irresistible y Eve sintió ganas de decirle que todo iba a salir bien.

Pero ni lo sabía ni podía decírselo. Tuvo que luchar contra el impulso de pedirle que olvidaran el pasado y que comenzaran de nuevo. Sin embargo, tampoco podía hacer eso. Habían pasado muchas cosas y había un bebé en camino. Tenía que protegerse contra el dolor, tanto por ella como por el bebé. Una madre con el corazón destrozado no podría hacer bien las cosas y, ante todo, ella quería enseñarle a su hijo las cosas más importantes, especialmente la sinceridad.

–No me has dicho cómo te sientes con esto del embarazo –dijo ella–. Aparte del enfado, claro.

–Ya no estoy enfadado. No debería haber reaccionado así.

–Supongo que fue una reacción normal. ¿Qué sientes ahora?

Luca no estaba acostumbrado a transformar los sentimientos en palabras, era muy difícil para él. Pero esto era muy importante, y además se lo debía a Eve.

–Orgullo –dijo sencillamente–. Y emoción –Eve lo miró–. Pareces sorprendida.

–Es que lo estoy.

Sintió una oleada de calor al darse cuenta de que valoraba el orgullo y la emoción de Luca. Por el bien del bebé.

–¿Y tú, Eve? ¿Qué sientes? –se sintió como si estuviera en terreno desconocido al hacer una pregunta como esa a una mujer. Además le importaba cuál sería la respuesta.

–Yo también estoy emocionada. Mucho –y también estaba asustada, pero eso no se lo iba a decir. Era una mujer adulta que se hacía cargo de sus responsabilidades.

Él asintió con la cabeza, pero necesitaba saber algo más.

–¿No estás enfadada?

Eve sacudió la cabeza.

–No, nunca he estado enfadada. Creo que en las mujeres es diferente. Me sentí estúpida. Atrapada.

–No quiero que te sientas atrapada.

–Entonces, ¿qué es lo que quieres, Luca?

La primera vez que Eve le hizo esa pregunta no había sabido qué contestar, pero en ese momento sí lo sabía.

–Quiero formar parte de tu embarazo. Quiero estar contigo cuando vayas al médico. Quiero ver cómo late el corazoncito de mi bebé cuando te hagan una ecografía.

Emocionada, Eve dejó el tenedor en la mesa y miró fijamente su plato. Se sentía conmovida y necesitó un minuto para serenarse. Cuando levantó de nuevo la mirada, deseó que Luca no se diera cuenta de que tenía los ojos brillantes.

–¿Pero cómo vas a hacer eso? Vivimos muy lejos el uno del otro. Puedo enviarte las ecografías, escribirte por correo electrónico... ese tipo de cosas.

Luca negó con la cabeza.

–No quiero nada de segunda mano –dijo con firmeza.

–¿Cómo?

–Si me das algo de tiempo, puedo tomar un avión y estar aquí para tus citas médicas.

–¿Y tu trabajo?

La miró y se dio cuenta de que Eve no tenía ni idea de la naturaleza de su trabajo. Sabía que poseía un banco, pero no sabía hasta dónde llegaban su poder e influencia. Y ya que no parecía que le fuera a pedir nada, no había ninguna razón para no decírselo.

–Soy lo suficientemente rico como para no tener que trabajar

nunca más, Eve. Puedo ir y venir siempre que quiera. Puedo estar ahí. Por el bebé.

Eve no estaba segura de lo que sintió al oír esas palabras.

Capítulo 10

Luca entró en la sala de las ecografías y lo primero que vio fueron los focos. Frunció el ceño y entrecerró los ojos para acostumbrarlos a la luz, pero su disgusto aumentó cuando vio el resto de la habitación.

Eve estaba tumbada en una camilla y una técnico con bata blanca le estaba extendiendo algo parecido a gelatina en el vientre. En una esquina, una mujer bastante joven hablaba animadamente con un hombre que llevaba una cámara.

Todos lo miraron, la mujer le sonrió y, antes de que Eve pudiera detenerla, dijo:

–Lo siento, pero estamos grabando.

Hubo un silencio tenso.

–¿Y qué es exactamente lo que están grabando? –preguntó Luca.

–Estamos haciendo un documental para un programa de televisión, y ya hay mucha gente aquí dentro. Así que, si no le importa marcharse...

–Yo no me voy a ir a ninguna parte, pero me temo que ustedes sí. Salgan.

–¿Cómo dice?

–No van a grabar la ecografía de Eve. Y ahora, ¿van a marcharse o tengo que agarrar yo las cámaras y sacarlas fuera?

La mujer miró a Eve.

–¿Eve?

Sorprendentemente, Eve no se sentía mortificada, indignada ni furiosa con Luca. Grabar la ecografía le había parecido una gran idea, pero en ese momento le resultaba algo indiscreto. Nunca se había alegrado tanto de ver a alguien en su vida.

–¿Quién es este hombre, Eve?

–Es...

–Soy el padre del bebé –interrumpió Luca–. Y quiero ver la ecografía en privado.

Había algo en su cara y en el tono de voz que evitó que lo

desafiaran. Murmurando protestas, el personal de televisión recogió el equipo y se marchó.

Luca necesitó unos segundos para recobrar la compostura y miró a la técnico de la bata blanca, que parecía desconcertada.

–¡Y yo que pensaba que iba a salir en televisión! –bromeó.

Luca lanzó una mirada a Eve que pretendía decir «Ya hablaremos luego», y ella se sintió como una niña que había sido llamada a la presencia del director de la escuela.

Pero Luca olvidó su furia cuando la técnico comenzó a mover el escáner sobre el vientre de Eve.

–Allá vamos. Dos brazos y dos piernas... perfecto. Y aquí está el corazón. ¿Ven cómo late? ¡Miren! –dijo como si no hubiera hecho lo mismo mil veces antes–. ¡El niño se está chupando el pulgar!

–¿El niño? –preguntó Luca.

–¡Oh, lo siento! Siempre hablamos como si fuera un niño, pero es por costumbre. ¿Quieren saber cuál es el sexo de su bebé?

Eve y Luca levantaron la vista al mismo tiempo.

–No –dijeron a la vez mientras sus ojos se encontraban.

Pero cuando la técnico le quitó la gelatina y le dijo a Eve que podía vestirse, ella se sintió algo intranquila. Luca estaba serio y parecía descontento. Alargó la mano hacia los pantalones.

–Será mejor que me vista.

–Te esperaré fuera –contestó él.

Mientras se ponía la ropa Eve se dijo que no iba a dejar que Luca la intimidara. No tenía derecho a decirle cómo debía llevar su vida. Suspiró mientras se ponía los pantalones con dificultad. Las cosas habían ido demasiado bien. Luca se había portado como un ángel acudiendo a todas las citas médicas, tomando un montón de aviones. Pero Luca viajaba mucho. Eve lo sabía porque se lo había dicho en una de las frecuentes llamadas que él hacía para preguntarle cómo estaba.

Eve había empezado a esperar las llamadas con impaciencia. En cierta forma era más fácil hablar con él por teléfono, así no tenía que mirarlo a la cara ni enfrentarse a su proximidad y al hecho de que sus sentimientos por él no habían cambiado.

Bueno, en realidad sí que lo habían hecho. La atracción que sentía por él no, pero al conocerlo mejor se había dado cuenta de lo que siempre había temido, de lo que había pensado cuando lo vio

en la fiesta de Michael y Lizzy. Que era «el único hombre».

Pero eso no tenía ningún sentido. Se encontraba en una calle de una sola dirección y no debía meterse en ella.

Luca la estaba esperando en recepción y estaba muy serio.

–¿Has traído el coche?

Ella sintió con la cabeza.

–Dame las llaves.

Se las dio y se preguntó si se estaba convirtiendo en una de esas mujeres a quienes les gusta que las dominen.

Luca no dijo ni una sola palabra cuando entraron en el coche, y seguía en silencio cuando se dirigieron a Hamble.

–Ahora no, Eve. Estoy intentando concentrarme en la carretera y si tenemos esa conversación no voy a poder conducir –esperó hasta que llegaron a la casa de Eve, y entonces dio rienda suelta a su enfado–. ¿Vas a explicarme de qué iba todo eso?

Ella se sentó en un sofá y lo miró desafiante.

–Era para el programa.

–Sí, eso ya lo sé.

–Querían grabar la ecografía, eso es todo.

–¿Eso es todo?

–No veo cuál es el problema.

Luca se rió despectivamente.

–¿No ves qué problema hay en que la mitad del país vea tu vientre desnudo?

–No es la mitad del país –comenzó a decir ella, pero se detuvo cuando vio la cara de Luca–. Se supone que ayuda a que las mujeres vean lo fácil que es –dijo con tono apaciguador.

–¿Y el parto? ¿Vas a dejar que un equipo de hombres lo grabe para que los telespectadores puedan ver lo «fácil» que es?

–¡Por supuesto que no!

–¿Estás segura?

–Sí –en realidad, esa idea había surgido en una de las reuniones de producción, pero Eve la había descartado.

–Supongo que crees que estoy muy chapado a la antigua.

–Bastante.

–No quiero que los telespectadores vean lo que es un momento privado. Debería ser solamente para la madre y para el padre, Eve... para nosotros.

Pero no había ningún «nosotros». Abrumada por una repentina nostalgia de lo que podría haber sido, Eve cerró los ojos.

Él la miró y comenzó a sentir de nuevo una oleada de furia. ¿Qué demonios había estado haciendo ahí tumbada dejando que la grabaran mientras llevaba a su hijo en el vientre? ¿Cómo había permitido él que eso ocurriera?

–Voy a preparar té –dijo Luca bruscamente.

Ella lo oyó haciendo ruido en la cocina y, cuando regresó con una bandeja, tenía el ceño fruncido.

–¿Y por qué te has hecho una ecografía a estas alturas?

Ella se encogió de hombros.

–Pura rutina.

–¿Segura?

Asintió con la cabeza.

Luca se sentó, le tomó la mano y empezó a acariciarla pensativamente. Eve abrió los ojos. Era un gesto muy pequeño, pero a ella le pareció enorme. Necesitaba contacto humano y sentirse reconfortada. Sus ojos se encontraron y ella deseó que la abrazara y acariciara, pero Luca no lo hizo.

–¿Durante cuánto tiempo más tienes ese contrato?

Eve tragó saliva con dificultad. «No dejes de acariciarme», pensó.

–Termina el día tres.

–Eso es la semana que viene –ella asintió con la cabeza–. ¿Y después?

–Después tengo permiso por maternidad. Buscaré otras opciones cuando... cuando tenga el bebé.

–Eve. ¿Estás contenta con lo que haces?

–¿Quieres decir con el programa?

–Me refiero a tu vida. ¿Cómo ves el futuro, *cara* mia?

Hacía mucho tiempo que no la llamaba así, y Eve sintió ganas de llorar por lo que podía haber sido y por lo que no era.

–Es como si me hubiera subido en un tiovivo y no me pudiera bajar –admitió lentamente, sin importarle si parecía vulnerable. Realmente se sentía vulnerable. Quería apoyarse en Luca, sólo un momento, fingir que él siempre estaría ahí para ella...–. La verdad es que no he pensado mucho en el futuro. Pero ahora... –su voz se apagó.

–¿Ahora?

–Me doy cuenta de que lo tengo que hacer, pero no sé nada más. ¡Oh, Luca! –para su horror comenzó a llorar. Se mordió el labio e intentó contenerse, pero no pudo.

Una expresión de dolor cruzó el rostro de Luca. ¿Había sido él el causante de eso? La abrazó y comenzó a acariciarle el cabello.

–Shh. No llores, Eve. No llores, *cara mia*. Todo va a salir bien, te lo prometo.

Eve había hundido el rostro en su cuello, podía oler su masculinidad y sentir su calidez. Sus brazos eran fuertes y protectores. En ellos, nada podía herirla.

Se separó de él enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano.

–Lo siento.

–No hay nada que sentir –¿qué pensaría si le dijera que una parte de él quería verla así, débil?–. ¿Qué ocurriría si les dijeras que no quieres volver a trabajar, al menos en un futuro inmediato?

–Probablemente sería el fin de mi carrera.

–Sí, tu carrera. Tu maldita carrera. ¿Qué va a pasar cuando nazca el bebé, Eve? ¿Quién va a cuidar de nuestro hijo o de nuestra hija cuando ese coche te lleve al estudio cada día?

Ella lo miró.

–No lo sé –susurró–. Ni siquiera sé cuánto me importa mi carrera. Supongo que piensas que es una confesión vergonzosa.

Era lo mejor que él le había oído en mucho tiempo, pero era lo suficientemente inteligente como para no decírselo.

–¿Por qué iba a serlo?

–Supongo que mi trabajo me define.

–Ningún trabajo debería definir a una persona. Y no has contestado a mi pregunta. ¿Qué va a pasar cuando nazca el bebé?

–No puedo elegir. Tengo que trabajar.

–Ese es tu error, Eve, sí que puedes elegir. Puedes venir a Italia conmigo. Como mi mujer.

Hubo un largo silencio.

–No lo dices en serio.

–Yo siempre hablo en serio. Pero, créeme, no te lo voy a pedir otra vez.

Ella se reclinó en el sillón.

–¿Por qué?

–¿La verdad? Me gustaría que el bebé naciera en Italia, y quiero verlo crecer.

Al menos no le había mentido, no le había dicho que la quería y que no podía vivir sin ella.

–¿Crees que esa es una buena razón para casarse? –preguntó ella con la voz temblorosa.

–No se me ocurre ninguna mejor. ¿Qué alternativas hay? Que críes al bebé aquí, sola –se le oscurecieron los ojos–. O tal vez no sola. Piensa lo que quieras de mí, Eve, pero pensar que otro hombre pueda criar a mi hijo me pone malo.

Ella asintió con la cabeza. Sí, lo comprendía. No podría soportar la idea de que Luca se casara con otra mujer y de tener que ver que su hijo pasaba temporadas con ellos, fines de semana, vacaciones, y algunas Navidades. Otra mujer sería la madrastra de su hijo.

Pensó en lo que le estaba ofreciendo.

–Es mucho más que un matrimonio –dijo Eve–. Es una nueva vida en otro país.

–¡Una aventura! Un país hermoso y una ciudad hermosa –los ojos de Luca brillaron y su voz de suavizó–. Podría hacer que te enamoraras fácilmente de mi ciudad, Eve.

Ella no lo dudó. Había conseguido que se enamorara de él sin proponérselo. Pero Luca era un hombre apasionado, y había una parte del matrimonio de la que no había hablado, la que lo volvería todo del revés, incluidas sus vidas.

–Cuando hablas de... matrimonio...

–¿Tienes miedo de que empiece a exigir mis «derechos»?

–¿Lo vas a hacer?

–No te voy a pedir nada, Eve –respondió suavemente–, si es eso lo que te preocupa.

¿Podía ser más complicado de lo que ya era?, pensó Eve. Luca no había mostrado ningún signo de querer hacer el amor con ella desde que le dijo que estaba embarazada. Al principio lo había atribuido a su enfado, pero después tampoco se acercó a ella, y eso podía significar que físicamente no la encontraba atractiva.

A veces lo sorprendía mirándola ávidamente y pensaba que tal vez sí la deseara. Pero acababa de decir que no le iba a pedir nada. ¿Significaba eso que esperaba que ella diera el primer paso? ¿Y

cómo podría ella, una mujer embarazada nada atractiva, hacer un movimiento que él podría rechazar? O tal vez el no pediría nada porque simplemente no quería nada.

Pero ella lo amaba, estaba esperando su bebé y él le había pedido que se casaran. ¿Por qué no aceptar? ¿Qué era lo que la retenía? ¿Un trabajo que había empezado a perder importancia comparado con la importancia de traer al mundo una nueva vida?

Eve sonrió.

–¿En qué tipo de boda habías pensado?

Capítulo 11

Había que organizarlo todo y la boda no podría realizarse hasta un mes después. Por entonces, Eve estaba en el límite de lo que era seguro para volar. Había que obtener una licencia, comprar un vestido y organizar una sencilla recepción.

La elección del vestido de boda estaba limitada por sus dimensiones físicas.

–Estás encantadora –suspiró Lizzy.

–¡Mentirosa! ¡Parezco una ballena!

–No es verdad, pero si lo fuera, ¿a quién le importa cuando te vas a casar con Luca? ¡Es evidente que él te quiere, tengas el aspecto que tengas!

Eve no quiso desilusionarla. Se había llevado a Lizzy a Londres y allí había convencido a un joven diseñador de moda de que hiciera magia con su aspecto. El resultado fue un vestido–abrigo de fino cachemir de color marfil, cortado hábilmente para disimular el embarazo. Le habían hecho un sombrero extravagante a juego.

–Eso atraerá las miradas a tu cara –dijo el diseñador–. ¡Y tu cara está resplandeciente con el embarazo!

El conjunto lo completaba un ramo de flores lo suficientemente exquisito y estrafalario como para cubrir todo su vientre. El resultado final era casi una ilusión, le hacía parecer algo que no era... como su propio matrimonio. Pero había accedido y lo haría con todo su corazón.

El día después de aceptar la proposición de Luca había ido al trabajo y lo había anunciado. Desafortunadamente, alguien había avisado a la prensa local.

«¡Eve es la niña de los ojos del italiano!», decía el *South Hampshire*.

–En cierto modo, te admiro –le dijo Clare con cierta envidia–. Abandonas todo esto por amor.

Y Eve tampoco se sintió capaz de desilusionarla.

En el último programa, explicó que se iba a casar y que se

mudaba a Roma.

–Tenías un aspecto nostálgico cuando lo dijiste, *cara* –le dijo Luca después de ver el programa–. ¿Era auténtico o estabas actuando?

Entonces, ¿pensaba en ella como en una actriz? Si era así, esa aptitud le resultaría muy útil los próximos meses.

La boda se celebró en Hamble, en el club náutico donde se conocieron. Fue un acto sencillo que celebraron con Lizzy y Michael, y Kesi como dama de honor. Sophia, la hermana de Luca, también estuvo presente; había dejado a su marido y al bebé en casa. Eve se había sentido muy nerviosa al conocerla. Claro que estaba muy nerviosa con todo, y pensó que su voz sonó extrañamente lejana durante la ceremonia.

Se sentía rara, como si todo le estuviera sucediendo a otra persona. Y aunque su corazón estaba lleno de amor, los votos que intercambiaron parecían no tener ningún significado, porque no lo estaban diciendo de corazón. Desde luego, Luca no.

Era irónico que ella, que se consideraba una mujer moderna, estuviera celebrando un matrimonio de conveniencia a la antigua.

Al terminar Luca la abrazó y le rozó los labios con los suyos en un beso que tampoco significaba nada, pero se lo tuvieron que dar para que los demás pensaran que todo estaba bien.

–Estás muy guapa –murmuró él.

Pero, ¿qué novia podría sentirse guapa en un estado tan avanzado del embarazo?

Sophia había abrazado a Eve como si fuera una hermana, y le había pasado la mano por el vientre abultado con un gesto que reflejaba orgullo más que vergüenza.

–Hazle frente –le había dicho cuando una lluvia de pétalos de rosa y arroz había caído sobre sus cabezas–. Siempre ha hecho lo que ha querido, y ya está bien. Te veré en Roma cuando estés instalada, *¿sì*?

¿Instalada?

Eve no sabía si se sentiría a gusto, pero cuando llegaron al apartamento de Luca sintió todo lo contrario. Él se giró hacia ella. Sus ojos oscuros brillaban.

–¿Puedo tomarte en brazos para atravesar el umbral, Eve?

–¿Es una costumbre italiana, igual que en Inglaterra? –preguntó

entrecortadamente.

Él sonrió.

–Por supuesto. Ven.

La tomó en brazos y entraron en el apartamento.

–Bájame, peso demasiado –protestó.

–No para mí.

No. Era un hombre fuerte y Eve se preguntó si podría escuchar cómo le latía el corazón. Se dio cuenta de que era lo más cerca que habían estado durante mucho tiempo. Luca puso una mano bajo sus rodillas y la otra sobre el vientre, mientras ella se apoyaba contra su pecho. Eve pudo oler el aroma salvaje y masculino y sintió que el cuerpo de Luca se tensaba bajo su peso.

Si hubiera sido un matrimonio de verdad la habría llevado directamente al dormitorio, la habría desnudado y le habría hecho el amor hasta la mañana siguiente.

Pero no lo era, y Luca no lo hizo. La dejó con cuidado en el centro del espacioso salón, como si fuera un objeto delicado y precioso. Eve supuso que era así exactamente como él la veía, ya que llevaba su bebé, y no podía haber nada más valioso para un hombre que tenía todo lo demás.

Las cortinas no estaban echadas y se podía admirar toda la belleza de la Roma nocturna. Pero Eve sólo podía verlo a él. Luca todavía llevaba el elegante traje oscuro que había lucido en la ceremonia, pero ella había insistido en cambiarse de ropa para hacer el viaje a casa.

–Así estoy más cómoda –había explicado como respuesta a su mirada inquisitiva después de aparecer con pantalones y una túnica rosa de seda. Pero era algo más que eso. Pensó que no podría soportar a la gente que la felicitaría y que en el avión no podría comportarse como si realmente fueran una pareja de recién casados.

Luca había entornado los ojos.

–Como quieras, *cara* –había dicho suavemente–. La comodidad es esencial.

En ese momento ella ya estaba preparada para comenzar su nueva vida, pero ni siquiera sabía cómo iban a dormir.

Él vio el recelo en su rostro. ¿Tenía miedo de que la arrastrara al dormitorio e insistiera en consumar ese extraño matrimonio?

–¿Te gustaría ver tu habitación?

–¡Me encantaría! –contestó Eve alegremente–. ¡Estoy tan cansada, que podría dormir durante un siglo entero!

En cualquier otro momento o situación, Eve habría alabado su cuarto con placer. Era perfecto, una habitación llena de luz y decorada con tonos cremas y color melocotón. Pero Eve había visto la habitación de Luca. Había compartido su cama, donde esa noche dormiría solo. Le faltó poco para girarse hacia él, ponerle una mano en el brazo y decirle tímidamente que preferiría pasar la noche con él. Pero Luca se había alejado y estaba cerrando las cortinas. En parte, Eve se sintió aliviada, sabiendo que, si hicieran el amor, todo cambiaría, perdería su equilibrio y sería vulnerable.

Luca se giró hacia ella. La luz nocturna que se colaba por las ventanas lo convertía en una figura llena de sombras, como un hombre desconocido en una ciudad desconocida. Y eso, pensó Eve con dolor, era exactamente lo que era.

–Buenas noches, Eve –dijo él suavemente.

–Buenas noches, Luca.

–¿Necesitas algo más?

«Sí».

–No. Gracias.

Eve se quedó de pie hasta que oyó el sonido de la puerta de su dormitorio cerrarse despacio. Fue como una triste señal.

Suspirando mientras miraba su alianza, comenzó a desvestirse.

Pero cuando se despertó por la mañana y abrió las cortinas ahogó un grito de emoción al ver la ciudad, e inmediatamente su humor cambió. Pensó que la vista era como la de una postal. Había mucho por descubrir.

Se duchó, se vistió y entró en la cocina, de la que salía un seductor aroma a café. Luca estaba exprimiendo naranjas y había una cesta con pan recién horneado en la mesa.

Luca la miró.

–Espero que esto esté bien.

Eve se sentó. De repente se sentía hambrienta.

–Tiene un aspecto estupendo –recordó haber abierto el frigorífico la vez anterior y ver que estaba completamente vacío, excepto por dos botellas de champán y una lata de caviar. Él la había llevado a una cafetería a desayunar, explicándole que nunca desayunaba–. Entonces, ¿ahora desayunas en casa? –preguntó

mientras se servía café.

–Supongo que las cosas tendrán que cambiar a partir de ahora.

Automáticamente Eve se puso una mano en el vientre.

–Bueno, eh... sí –dijo secamente.

Luca se rió.

–En las casas hay comida, así que supongo que tengo que aprender a comprar. Y a cocinar.

Eve también se rió. Luca tenía la expresión de un hombre que acabara de anunciar su intención de atravesar un foso lleno de serpientes.

–Si tú compras, a mí me gustaría cocinar.

–¿Sabes cocinar?

–¡Por supuesto! Me encanta. Si quieres, podría enseñarte. Aunque tal vez no puedas soportar que una mujer te dé órdenes.

–Creo que podría aguantar que tú me dieras órdenes, Eve.

Eve partió un panecillo. Tendría que tener cuidado con lo que decía, porque un comentario tan simple como ese había conseguido que el pulso se le acelerara, como si Luca le hubiera ofrecido la luna y las estrellas.

Él se sentó frente a ella, sintiéndose extrañamente relajado. Le resultaba raro desayunar con una mujer en su casa sin preguntarse cuándo volvería a tener su espacio privado.

–Te he conseguido una cita con un obstetra mañana por la mañana. Es el mejor de la ciudad –Eve supo que a partir de ese momento tendría todo lo mejor, y tenía que empezar a apreciarlo. No debía desesperarse deseando que todo fuera perfecto, porque nada lo era–. Y he pensado que podríamos organizar una pequeña fiesta, de esa manera conocerías a todos a la vez. ¿Qué te parece?

Sería su primera entrada en la vida de Luca, en el círculo de sus amigos elegantes y sofisticados. ¿La aceptarían?

–¿Qué van a pensar?

Luca enarcó las cejas con un gesto insolente.

–Que eres mi mujer y que estamos esperando un bebé. ¿Qué más tienen que pensar?

Tenía razón. Los amigos de Luca habrían asumido que era un matrimonio normal. Pero, ¿se darían cuenta de que ni siquiera la tocaba?

–Luca.

Él la observó. Tenía el cabello suelto y la luz de la mañana se reflejaba en él. Sus ojos verdes eran brillantes y claros, y tenía las pestañas rizadas, aunque no se había maquillado. Pensó que tenía un aspecto limpio y saludable y, sorprendentemente, estaba increíblemente sexy. Luca no había dormido nada, imaginándola en la cama de la habitación de al lado y preguntándose qué llevaría puesto.

–¿Mmm?

–Me gustaría aprender italiano, por favor. Y tan pronto como sea posible.

Lo dijo con una determinación que a Luca no le sorprendió, pero sí le agradó.

–Todos mis amigos hablan inglés. Y español.

–Sí, me había imaginado que lo hablarían. Pero no quiero ser una de esas mujeres que se mudan a otro país y dejan que su… su… marido hable siempre por ellas –la palabra sonó extraña en sus labios, como si fuera un fraude pronunciarla.

–No puedo imaginar que dejes que alguien hable por ti, Eve. Pero te buscaré un profesor. Será mejor que salir a dar clases, sobre todo en este momento, ¿no crees? –ella sintió con la cabeza. ¡Qué fácil era hablar y solucionar cosas prácticas! Y qué fácil era ocultar los sentimientos y las emociones para que no los perturbaran–. Me resulta extraño pensar en nuestro bebé hablando –dijo él despacio.

–¿Demasiado… demasiado alejado en el futuro para imaginarlo? –preguntó ella.

–Un poco. Pero estaba pensando que su lengua materna será el inglés, ¿no? –Luca pensó en lo que significaba que ella estuviera allí. O más bien, en cómo habría sido todo si se hubiera quedado en Inglaterra. De repente comprendió parte del sacrificio que Eve había tenido que hacer para ir a Roma, para comenzar de cero en un lugar que era totalmente desconocido–. Tendremos que pensar en decorar una habitación.

–¿Rosa o azul? ¿Qué preferirías, un niño o una niña?

Luca frunció el ceño, como si la pregunta lo hubiera sorprendido.

–No me importa. Sólo hay una cosa que me preocupa.

–Sí –sus miradas se encontraron y ella sonrió–. Que sea un bebé sano. Entonces, ¿amarillo?

–¿Amarillo? *Sì. Giallo* –sus labios se curvaron en una sonrisa–. Repítelo.

Eve se sintió algo aturdida.

–*Gi-allo*.

–¡Tu primera lección de italiano! –se reclinó indolentemente en la silla, observando los pechos exuberantes de Eve–. ¿Qué te gustaría hacer hoy? ¿Una visita turística por la ciudad?

Lo que Eve quería era normalidad, porque no había tenido mucha últimamente en su vida.

–¿Me enseñarías el barrio? Enséñame dónde están las tiendas, dónde puedo comprar un periódico, ese tipo de cosas. También podríamos, si te parece bien, comprar algo para comer. ¿Hay algo cerca de aquí?

–Está el *mercato di Campo di Fiori*, donde hay tiendas. Es una buena idea.

Ella dudó. Sabía que era un hombre cuya nevera siempre estaba vacía, que viajaba mucho y que comía en sitios elegantes.

–¿Luca?

–¿Eve? –dijo solemnemente.

–Mira, sé que sueles salir mucho, tal vez cada noche. No debes quedarte por mí.

–¿Me estás diciendo que quieres salir por las noches?

–¿En mi estado? –sacudió la cabeza y se rió.

–Entonces, ¿quieres que salga sin ti?

–Si quieres. No quiero entorpecer tu estilo de vida. No debes sentirte atado... por el bebé.

Él la miró. ¿Era psicóloga o simplemente sabía cómo manejar a un hombre? ¡Ofreciéndole la libertad había conseguido que ya no la quisiera!

–Ya no soy ningún jovencito. La vida nocturna dejó de atraerme hace mucho tiempo. Me quedaré en casa. Contigo.

–¿No te aburrirás?

–Ya lo veremos –Luca la miró. Se dio cuenta de que admiraba su forma de pensar y su sentido del humor. De repente pensó que el bebé iba a ser muy afortunado al tenerla como madre–. Me alegro de que estés aquí, Eve.

Ella dejó en la mesa la taza de café con manos temblorosas. Luca solamente estaba siendo cortés, y ella debía comportarse de la

misma manera. Sonrió.

–Yo también.

Capítulo 12

No vamos a cocinar todas las noches –dijo Luca de repente una mañana.

–¿Quieres decir que anoche fue un desastre?

Él negó con la cabeza. La cena que habían compartido en la terraza bajo las estrellas había sido casi perfecta. Casi. La compañía de Eve había sido entretenida y estimulante y, como el sexo estaba fuera de juego, toda la atención se había concentrado en la conversación, lo que era nuevo para él.

Normalmente Luca sólo hablaba con una mujer si estaba haciendo negocios con ella, si estaba coqueteando, si se trataba de la esposa de algún amigo o si había que charlar algo con ella antes de llevarla a la cama. No hablaba con las mujeres por el puro placer de la conversación, pero con Eve había tenido que hacerlo, y se había dado cuenta de por qué ella había tenido tanto éxito en su trabajo. La había convencido para que hablara de su profesión, algo a lo que ella siempre se sentía reacia.

Por primera vez había comprendido que trabajar en televisión no era fácil, y que la verdadera habilidad consistía en hacer que lo pareciera. No todo el mundo podía hacer una entrevista mientras los miembros del estudio le daban órdenes a través de un auricular.

–¿Alguna vez querrás volver a trabajar? –le había preguntado.

¿En Italia? ¿Con un bebé? No lo sabía.

–Ya veremos –había contestado ella.

Luca la miró. Eve observaba los movimientos del bebé en su vientre.

–No, Eve, no fue un desastre.

La palabra apropiada habría sido locura. Era una locura que tuvieran que separarse y dormir en camas separadas. El embarazo le daba a Eve una belleza especial. Era como un melocotón maduro y jugoso. Quería acostarse con ella. Pero no hacer el amor. Le habría gustado abrazarla y acariciarle el cabello, recorrerle con la punta de los dedos la curva del vientre.

–Es que tu libertad… y la mía, se verá limitada por el bebé.

–Sólo quedan algunas semanas –apuntó ella con serenidad.

–¡Exacto! Debemos aprovechar el tiempo, hacer turismo.

–Supongo que sí –murmuró Eve. Tal vez deberían salir más, así no sería tan difícil estar cerca de él pero no lo suficientemente cerca de él, deseando que la besara y que la acariciara.

Luca le enseñó una parte diferente de Roma. La llevó a los lugares secretos de su infancia.

–En realidad no estamos haciendo turismo, ¿verdad? –le preguntó mientras entraban en un jardín escondido–. Ningún turista encontraría estos sitios.

–Pero esta es la verdadera Roma. Para los romanos.

Eve sintió un pinchazo de aislamiento. Su bebé crecería y conocería esa Roma secreta con una profundidad que ella ya no lograría.

–¿Eve? ¿Qué ocurre?

Quería decirle que estaba asustada del futuro, pero tenía que enfrentarse a sus propios miedos.

–Nada –dijo suavemente.

Cenaron con Patricio, el mejor amigo de Luca, y Livvy, su mujer. Tenían un niño de la misma edad que Kesi y Eve se sintió más cómoda al saber que no todos los amigos de Luca eran solteros. Empezó a relajarse.

Una noche estrellada, cuando volvían a casa después de tomar café y pastelitos, Eve se detuvo de repente, sintiendo un intenso espasmo en su vientre.

–¡Ay!

Luca la agarró del brazo.

–¿Qué ocurre?

–No es nada. Han debido de ser los dulces… Oh, Luca… ¡Luca… me duele!

–*¡Madre de Dio!* ¡Te dije que deberíamos tomar un taxi! –levantó la mano e inmediatamente apareció un taxi, como si hubiera estado esperando la señal.

El italiano de Eve era prácticamente nulo, pero comprendió la palabra «ospedale».

–Luca, ¡no voy a ir al hospital!

–*Sì, cara*. ¡Claro que vas a ir!

–No. Y además, aún quedan dos semanas. ¡Quiero ir a casa!

Luca se sintió furioso por la cabezonería de Eve, pero la furia desapareció al oír que Eve había dicho «casa».

–Muy bien, iremos a casa. Pero llamaré al médico y él decidirá.

–¡Es una pérdida de tiempo!

Pero Eve estaba equivocada. No era una falsa alarma y el bebé estaba en camino.

Todo se desarrolló a un ritmo frenético, y Eve sentía pinchazos de dolor que empezaban a ser insoportables.

–¡Quiero la epidural! –gritó mientras la llevaban a la sala de partos en una silla de ruedas.

Pero era demasiado tarde para la epidural, y la comadrona le estaba diciendo algo que no entendía.

–*Spinga, signora. ¡Spinga, ora!*

–¡Luca! ¡Estoy asustada! ¿Qué dice?

–Dice que empujes, *cara*. Y no debes asustarte. Confía en mí, estoy aquí contigo.

–¡Oh! ¡Ay!

Ella le apretó la mano y le clavó las uñas en la carne, pero Luca no se dio cuenta.

–Lo estás haciendo bien –la tranquilizó–. Muy bien–. Le dijo algo en italiano a la matrona, que empezó a hablar lentamente en inglés.

–Un empujón más, *signora*. Uno más. Respire profundo y…

–¡Ahora, *cara*! –exclamó Luca mientras veía que algo en el rostro de Eve empezaba a cambiar–. ¡Ahora!

Eve le soltó la mano y echó la cabeza hacia atrás, gritando. Luca se movió justo a tiempo para ver nacer a su hijo.

–Aquí está su bebé –dijo la matrona mientras agarraba al bebé con destreza.

Él lo miró. Tenía una cabecita negra y húmeda y un cuerpo largo. El tiempo pareció detenerse mientras la matrona cortaba el cordón y limpiaba la pequeña naricita.

Eve intentó incorporarse y miró a la matrona como si nada más existiera en todo el planeta. Durante un largo instante se hizo el silencio, y después el bebé abrió los pulmones, comenzó a llorar y a Eve se le llenaron los ojos de lágrimas.

–¡Tienen un hijo, *signore, signora*! –exclamó mientras lo envolvía en una manta y lo ponía sobre el pecho de Eve.

Luca se dio la vuelta. Sentía un nudo en la garganta, pero en ese momento Eve necesitaba fuerza, no debilidad. Respiró profundamente e intentó mantener la calma. La había visto sufrir, la había oído llorar y había visto el miedo en su rostro cuando los espasmos habían hecho que el bebé saliera. Por primera vez en su vida se había sentido impotente, pero no le sorprendía, porque lo que acababa de ver era un milagro. Un auténtico milagro.

Eve miró al bebé alegremente mientras lo amamantaba y buscó a Luca con la mirada, pero él estaba mirando por la ventana. Lo necesitaba, pero sus necesidades ya no eran importantes. Y de repente nada más pareció importar. Había aparecido la maternidad.

Observó a la pequeña criatura atentamente.

–Hola, cariño –dijo suavemente–. Hola, Oliviero. Oliviero Patricio –el nombre que habían elegido le sentaba a la perfección, tal vez porque todo en él era perfecto.

Luca, aún inquieto, se dio la vuelta y observó la imagen de los dos. Eve parecía una Virgen, pensó, y con el bebé formaba un círculo mágico, excluyendo a todos los demás.

¿No decían a veces los hombres que se sentían excluidos cuando nacía un bebé? Se sintió ligeramente avergonzado por el egoísmo de sus pensamientos. Eve había dado a luz a un hermoso bebé. Su hijo. Le dio un vuelco el corazón.

Eve vio que la observaba y se sintió tímida, sin saber cómo manejar esas grandes emociones.

–¿Te gustaría... te gustaría tomarlo en brazos? –le preguntó.

–¿Ya no tiene hambre?

La matrona se rió.

–¡Un niño de su tamaño siempre tendrá hambre! Agárrelo, *signore*, ¡que sepa quién es su padre!

Luca siempre había tomado en brazos a su sobrino con confianza, pero eso era completamente diferente. Se inclinó y Eve se lo dio con cuidado.

Ella los observó, emocionada al ver a ese hombre fuerte y poderoso subyugado por el bebé.

Luca miró a la criatura y su hijo abrió los ojos y lo miró. En ese momento el corazón y el alma de Luca se conectaron.

–Moriría por él –dijo sin darse cuenta de que había hablado en voz alta–. Mi pequeño Oliviero Patricio.

Eve se recostó en las almohadas, dándose cuenta por primera vez de la importancia de lo que había pasado. Una parte de ella siempre había pensado que, si no funcionaba, podían divorciarse y ella volvería a Inglaterra. Pero en ese momento supo que eso nunca ocurriría. El orgullo que hizo sonreír a Luca se lo dijo. Había dicho que moriría por él, y también lucharía por él, Eve lo sabía. Ya podía ser una prisión de oro o un matrimonio de conveniencia, pero ella tendría que dar lo mejor de sí misma, porque se iba a quedar.

Cerró los ojos. Estaba cansada.

Seis días después, se llevaron a Oliviero a casa, y Eve vio que Luca había estado ocupado en el apartamento. Había flores por todas partes, rosas, lirios y tulipanes. La habitación del bebé, pintada de amarillo, estaba llena de globos, y había un montón de tarjetas de felicitación y de regalos exquisitamente envueltos en papel azul y dorado y azul y plateado. Era como si una estrella de Hollywood les fuera a visitar y Eve se sintió un poco abrumada.

Pero Eve no pudo dejar de pensar, durante el camino a casa, que era un piso de soltero, y se estremeció al pensar en las paredes inmaculadas y el cristal, intentando relacionarlo con un niño pequeño.

Luca dejó el capazo sobre una mesita de café y sonrió al bebé tiernamente antes de mirar a Eve.

–Duerme bien –dijo en voz baja–. Eso es porque lo alimentas bien, Eve.

Eve se ruborizó y se dio la vuelta, sintiendo timidez. Pero Luca había asistido al nacimiento de su hijo, la había visto desnuda, vulnerable e indefensa.

Luca se dio cuenta de que Eve evitaba mirarlo y entornó los ojos. Muy bien. Si ella quería distancia, eso era lo que iba a tener.

–¿Tienes hambre? –le preguntó.

Eve asintió con la cabeza.

–Pero antes me gustaría darme un baño.

–Está bien –respondió fríamente–. Siéntate. Yo te lo prepararé.

Lo había ofendido, pero Eve no sabía cómo.

–No, de verdad...

–Eve, siéntate. Has hecho mucho esfuerzo.

Eve se sentó mirando a Oliviero, que dormía plácidamente, y escuchando el rumor del agua en el baño.

–Ya está listo.

Eve levantó la vista y miró a Luca. Siempre era difícil ajustarse a la nueva situación de padre y madre, pero la distancia que había entre ellos los convertía en unos extraños. Y Eve no sabía cómo acortar esa distancia, ni si era posible hacerlo.

Se levantó despacio y le dirigió una mirada ansiosa al bebé.

–¿Lo vigilarás?

Los ojos de Luca se endurecieron. ¿Qué pensaba que iba a hacer? ¿Salir a dar un paseo y dejar al niño solo?

–Claro –dijo duramente.

Eve no recordaba haberlo visto nunca tan nervioso. Tal vez fuera por el nacimiento del bebé. Eso también afectaba a los hombres. Eve no debía olvidarlo.

Pero el baño la hizo sentirse mucho mejor. Se miró el vientre, cubierto por la espuma, que estaba increíblemente plano. Desde luego, no estaba tan plano como antes, pero no estaba mal. La matrona le había dicho que era una de esas mujeres afortunadas que recuperarían su figura en un mes, y Eve esperaba que así fuera. Había comido de forma saludable durante todo el embarazo y no quería abandonarse, tanto por ella misma como por las mujeres sofisticadas del círculo de amigos de Luca.

¿Y también por Luca? ¿No quería también tener buen aspecto por él? Vació la bañera y salió del baño. Luego se miró en el espejo. ¿Qué ocurriría? ¿Intentaría Luca hacerla realmente su mujer ya que no estaba embarazada? Esa noche no, eso era seguro. Pero, ¿y en los días siguientes?

Se puso unos pantalones de terciopelo y una camisa de seda verde que realzaba el color de sus ojos. Se secó el cabello con el secador y se quedó mirándose en el espejo, satisfecha con su imagen.

Cuando salió del baño, vio que Luca había puesto la mesa, que además estaba iluminada con velas. Había preparado ensalada y pasta y también había un plato con higos y melocotones. Y una botella de champán enfriándose.

Nerviosa, Eve se sentó.

–Esto tiene... muy buen aspecto –dijo débilmente.

Le echó una mirada nerviosa al champán y Luca se dio cuenta. ¿Acaso pensaba que él quería emborracharla para que bajara la

guardia? Se le endurecieron los rasgos mientras servía el champán en las copas y le daba una a Eve.

–¿Por qué vamos a brindar? –preguntó Eve. ¿Por el amor?, pensó irónicamente. ¿Por la felicidad?

–Por nuestro hijo. Por Oliviero.

Por supuesto.

–Por Oliviero –levantó la copa para que chocara con la de Luca y pensó que nunca había oído un sonido más frío.

–¿Te sientes bien al volver a casa?

Eve bebió un sorbo y miró a su alrededor, preguntándose si alguna vez podría sentirse «en casa». Recordó con nostalgia el glorioso fin de semana que había pasado en el piso, cuando sólo había importado el placer del momento.

Se preguntó cuántas mujeres se habrían sentado allí mismo, bebiendo champán antes de acostarse con Luca y hacer el amor durante toda la noche. Pero ella se retiraría a su habitación de color melocotón y Luca dormiría en otro cuarto. ¡Y la mayor ironía era que ella era su mujer!

–Me siento bien al salir del hospital –dijo prudentemente.

–Vaya, no está mal.

–No quería decir eso.

–No te preocupes, Eve. Es normal que te sientas extraña.

Frustrada, bebió otro sorbo de champán. Estaba frío, seco y delicioso, pero sabía que era peligroso beber con el estómago vacío. El alcohol le hacía perder las inhibiciones, así que dejó la copa y empezó a comer.

Deseó que él no se quedara mirándola de esa manera, como si fuera un espécimen extraño. Pero tal vez lo fuera, y Luca no estaba seguro de cómo tratar a la mujer que le había dado un hijo y que era su esposa, pero sólo de nombre. No podía culparlo.

–¿Cuándo tienes que volver al trabajo? –le preguntó.

–Cuando yo quiera. Antes quiero asegurarme de que estás feliz y cómoda.

Feliz y cómoda. Si él supiera. Se preguntó qué le había pasado a la Eve que podía charlar y tomarle el pelo sin problemas.

–Eres muy dulce.

A Luca las mujeres lo habían descrito de muchas maneras, pero nunca le habían dicho que fuera dulce. Con algo de impaciencia, se

levantó de la mesa y sacó algo del bolsillo trasero de sus vaqueros. Era una cajita delgada de piel azul, y la dejó en la mesa frente a Eve.

A Eve empezó a latirle el corazón a toda velocidad. Todo el mundo sabía lo que había en cajitas como esa.

–¿Qué es?

–¿Por qué no lo abres y lo ves?

Abrió la caja y ahogó un pequeño grito de incredulidad al ver una pulsera que brillaba sobre el terciopelo azul. Tenía una banda de diamantes irisados y brillantes, cada uno tan grande como una uña. La observó y después miró a Luca con horror.

–Luca, no puedo aceptar esto.

–Claro que puedes. Eres mi mujer y me has dado un hermoso hijo. Deja que te la ponga.

Se inclinó para abrochar el cierre alrededor de la muñeca y Eve cerró los ojos mientras los dedos de Luca le rozaban la piel. «Maldita pulsera», pensó. «Tírala y acaríciame de verdad».

Pero él no lo hizo. Se apartó un poco y el círculo de joyas brilló como si fuera un trofeo. Eve miró la pulsera. Le habría costado una fortuna, y seguramente había mujeres que habrían matado por ella, pero Eve no era una de ellas.

–Es muy bonita –dijo diligentemente.

El bebé se quejó y Luca casi pareció aliviado.

–Te lo traeré.

Ella lo contempló mientras iba hacia el capazo. Observó sus hombros, las piernas largas y poderosas y el cabello oscuro y rizado en la nuca. Los vaqueros le moldearon el trasero cuando se inclinó para agarrar al bebé y Eve se estremeció al sentir una oleada de deseo. Antes tampoco había sido inmune a él, pero había estado preocupada por el futuro bebé y por adaptarse a la nueva ciudad.

Sin embargo en ese momento... lo único que quería era acariciarlo, volver a descubrir los rasgos de su rostro con la punta de los dedos y recorrer la piel sedosa de su cuerpo.

Tragó saliva y lo miró con ojos suplicantes cuando él le puso el bebé en los brazos.

–No deberías mimarme tanto. De verdad, Luca.

–Pero me gusta hacerlo –contestó. Y eso simplificaba las cosas, porque pensaba en ella como una mujer que aún no se había

recuperado del embarazo, en vez de pensar que eran un hombre y una mujer viviendo juntos.

Sus miradas se encontraron durante unos segundos llenos de confusión y Eve sintió que la tensión se esparcía por toda la habitación, como si fuera electricidad. ¿Iban a ignorarlo o a aguantarlo? ¿Y desaparecería solo o se haría más fuerte?

–Luca...

El bebé se movió nerviosamente y Luca supo que tenía que alejarse antes de hacer todo lo que se había jurado que no iba a hacer.

–Aliméntalo –dijo secamente. No necesitó ver que los ojos de Eve se oscurecían para saber que la había herido.

Capítulo 13

Los cipreses verdes se recortaban contra el cielo azul y los antiguos muros de piedra pasaban rápidamente desdibujados.

Eve se reclinó en su asiento y miró el paisaje.

–Todos los caminos llevan a Roma –dijo en tono soñador.

Luca sonrió satisfecho. ¿Cuándo se había producido el cambio y cuándo había empezado él a darse cuenta? La había visto florecer y abrirse como una rosa, y había descubierto que, al igual que una flor necesitaba tiempo para abrirse, también se necesitaba tiempo para cambiar. Para un hombre que estaba acostumbrado a chasquear los dedos y conseguir cualquier cosa, eso había sido una gran lección.

–Y todos los caminos llevan fuera de Roma, claro –murmuró Luca–. ¡Y ahí es precisamente donde nos dirigimos!

–¡Ajá! –Eve se giró para mirar a Oliviero, que dormía plácidamente en su sillita. Llevaba un trajecito de marinero de algodón blanco con anclas bordadas. No era lo que Eve habría elegido, pero pronto había descubierto que a los italianos les encantaba vestir elegantemente a sus bebés. Había comprado el trajecito para asistir a la fiesta en la casa de campo de Patricio y Livvy.

–Tiene un aspecto tan dulce, ¿verdad?

–Es cierto –contestó él indulgentemente–. *Abastanza buon mangiare.*

–¿Qué significa?

–Intenta traducirlo.

Eve frunció el ceño. No llevaba mucho tiempo con las clases de italiano, pero había hecho grandes progresos.

–«Buon» significa bueno. Y creo que «mangiare» es comer.

–Significa que «está para comérselo» –sonrió y se encogió de hombros–. ¿Ves? ¡No puedo enseñarte nada, Eve!

Pero Eve estaba segura de que había muchas cosas que él podría enseñarle, y no estaba pensando precisamente en el idioma. Luca y

ella habían conseguido vivir en una armonía relativa pero, ¿tenía que considerarlo como un éxito o como un fracaso? ¿Cómo podían convivir siendo amigos y padres y dejando un hueco en su comunicación? ¿Por cuánto tiempo podrían seguir así?

Con el rabillo del ojo, miró a Luca, que estaba soltando improperios en italiano a una cabra parada en medio de la carretera. Era increíblemente atractivo. Odiaba el aire acondicionado de los coches, así que había dejado su ventanilla medio abierta y la brisa cálida le despeinaba el cabello oscuro. Se había arremangado la camisa, dejando al aire los fuertes brazos cubiertos de un ligero vello oscuro, y los vaqueros desteñidos acentuaban sus muslos largos y musculosos.

Era un hombre apasionado y de sangre caliente, Eve lo sabía. Ya habían pasado seis semanas desde el nacimiento de Oliviero y aún no se había acercado a ella. ¿Durante cuánto tiempo podría seguir siendo célibe? Por otra parte, ¿no debería ella decir algo? ¿Vivía con miedo a ser rechazada o era algo aún más profundo? Sabía que durante mucho tiempo había pretendido que sólo era sexo, pero la realidad era que lo amaba, y lo único que quería era que Luca también la amara. Pero eso era pedir demasiado.

Luca se volvió hacia ella y sonrió.

–¿Te apetece comer?

Ella cambió de postura en su asiento, temiendo que Luca pudiera leerle los pensamientos y tentada de decirle que detuviera el coche y que la abrazara.

–Mmm. Patricio me gusta. Y Livvy. En realidad me gustan todos tus amigos.

–Ahora también son tus amigos.

–Sí –pero Eve sabía que la aceptaban como mujer de Luca, y le aterraba pensar que más tarde o más temprano alguien podía descubrir la verdadera situación. Y entonces, ¿qué?

Luca disminuyó la velocidad y tomó un camino que llevaba a la casa de campo. Había gallinas junto a la puerta de un granero y Eve pudo oír el canto de un gallo.

Luca apagó el motor y observó a Eve mientras ésta se desabrochaba el cinturón. Llevaba un atuendo muy sencillo, una falda blanca vaquera y una camiseta de color verde jade, pero aun así a Luca le pareció muy sexy. Sin embargo, sospechaba que si

llevara puesto un saco él seguiría pensando lo mismo.

–Has recuperado tu figura, *cara* –dijo despacio–. La ropa que llevas te sienta muy bien.

Eve se preguntó por qué había hecho ese comentario, si era simplemente un halago o lo había hecho para que se sintiera incómoda durante toda la comida. ¿A qué estaba jugando?

–¿El qué? ¿Estos trapos viejos? –bromeó–. Bueno, ¿vas a sacar a tu hijo o lo hago yo?

Los ojos de Luca, oscuros y aterciopelados, brillaron.

–¿Quieres pelear conmigo para ver quién gana? –la desafió.

Eve puso una mano temblorosa en el tirador de la puerta. ¿Se estaba insinuando o era simplemente la imaginación de Eve?

–Puedes llevarlo tú –contestó rápidamente.

Todos los invitados ya habían llegado y estaban reunidos bajo una cubierta de parras. Los adultos estaban sentados a una larga mesa de madera, mientras que varios niños correteaban por la terraza. Todo era idílico y perfecto.

–¡Qué tranquilidad! –exclamó Eve.

Luca la miró y asintió con la cabeza.

–¿Es como te imaginabas que era Italia?

Eve giró la cabeza para mirarlo.

–Algo así –admitió. Pero ya les estaban dando la bienvenida y no pudieron decir nada más.

Eve sonrió ampliamente, aunque no pudo quedarse con todas las caras a la vez. Pero ahí estaba Patricio, y Livvy se estaba levantando para ir a su encuentro.

–¡Eve! ¡Luca! ¡Y Oliviero!

Inmediatamente todos se acercaron y empezaron a hacerle carantoñas al bebé. Eve se dio cuenta de que habían cambiado rápidamente el italiano por el inglés. Aunque estaba estudiando mucho y sabía que no podría conseguir fluidez con el idioma de la noche a la mañana, a veces se desesperaba pensando que nunca conseguiría hablar con la misma facilidad con que lo hacían Luca y sus amigos. Pero tendría que hacerlo.

No quería ser una madre que no terminaba de adaptarse porque no se había molestado en integrarse. O tener hijos que hablaban un idioma que le resultaba desconocido.

–Eve, siéntate y bebe algo –dijo Livvy–. Hay algunas personas a

quienes no conoces. Voy a presentarte.

Eve aceptó una copa de vino blanco y comenzó a masticar una almendra salada mientras le presentaban a gente con nombres increíblemente románticos: Claudio y Rosa, Caterina y Giacomo, Allessandro y Raimonda.

Una de las mujeres era extremadamente hermosa y destacaba entre las demás. Se llamaba Chiara, era más joven que el resto y la acompañaba un hombre a quien Eve tampoco había visto antes.

–¿Quién es esa mujer? –preguntó a Luca en voz baja mientras situaba a Oliviero en una sombra.

Luca miró vagamente hacia ella.

–Se llama Chiara, y el hombre que está con ella es uno de los directores de cine más famosos de Italia. Chiara es actriz.

Sí, parecía una actriz, pensó Eve. Tenía ese aire de superioridad y confianza en sí misma de todas las actrices que Eve había conocido. Pero, ¿quién no lo tendría con un aspecto como el suyo? Su cabello de color negro azabache estaba recogido en una trenza que caía casi hasta la cintura, la cintura más pequeña que Eve había visto en su vida. Llevaba un sencillo vestido de color gris que se adaptaba a su cuerpo, de manera que todo el mundo podía admirar la perfección de sus curvas.

Eve se sirvió algo de ensalada y fiambres y comenzó a hablar algo de italiano con Patricio, que se rió y bromeó con ella. Bebió un sorbo de vino y observó a su marido, que le estaba dando un balón a uno de los niños.

–Luca es un futbolista frustrado –dijo Patricio. En ese momento Luca levantó la vista, se encontró con la mirada de Eve y ello sintió que se derretía.

No sólo era un futbolista frustrado, sino que también era un amante frustrado, pensó Eve. Y ella también. Lo deseaba desesperadamente. Alguien tenía que poner fin a esa locura y bien podía ser ella.

¿Qué podía ser lo peor que le ocurriera? ¿Verse rechazada? No, eso no pasaría. Se había dado cuenta de cómo la miraba Luca algunas veces. Todavía la deseaba. Entonces, ¿de qué tenía miedo? ¿De que su amor por él siguiera creciendo y nunca fuera correspondido? Si era eso, ¿no estaba siendo muy egoísta?

En cualquier caso, no iba a seguir escondiéndose. Iba a

enfrentarse a ello, sin importarle el resultado ni lo doloroso que pudiera ser.

Livvy sacó un pastel de chocolate. Tanto los hombres como las mujeres lo alabaron y solamente Chiara lo rechazó.

–Vamos, prueba un poco –la tentó Livvy, pero Chiara negó con la cabeza.

–Tengo que ponerme ropa muy pequeña –dijo encogiéndose de hombros–. ¡Así es como me gano la vida!

Eve había leído en algún lugar que a los hombres les gustaba ver comer a las mujeres. De alguna manera se relacionaba el sexo con el hambre y se decía que, si una mujer disfrutaba de su comida, también disfrutaría de su cuerpo. «Si yo fuera Chiara, habría aceptado un trozo y habría jugueteado con él», pensó Eve. Pero recordó que no estaba en disposición de darle consejos a nadie.

–¿Quién quiere venir a ver mi nuevo caballo? –preguntó Patricio.

–¡Vete y llévate a todos los hombres, que las mujeres nos quedaremos aquí hablando de vosotros! –contestó Livvy.

–¡Pero ya sabemos lo maravillosos que somos! –fanfarroneó su marido, y cuando ella le lanzó una cereza, él la agarró al vuelo, se la puso entre los labios y la mordió sin separar la vista de los labios de Livvy. Lamió la fruta y después lanzó el hueso al suelo.

Eve tuvo que apartar la mirada. Hacía mucho tiempo que no había sentido tanta intimidad con un hombre, y además su relación sexual había sido tan breve e intensa, que nunca habían llegado a ese estado de sentirse cómodos en la intimidad. Sintió nostalgia al ver que Luca se marchaba y de repente quiso que la comida terminara.

–Ya no quiero más vino, gracias –no estaba acostumbrada al alcohol y con el calor del día se sentía algo adormecida.

Pero en ese momento Oliviero se despertó, empezó a llorar y Eve fue corriendo a tomarlo en brazos. El pequeño estaba bañado en sudor, a pesar de la sombra. Lo besó en la cabeza.

–¿Puedo pasar dentro para darle de comer y cambiarlo? La casa está más fresca.

–Claro –Livvy sonrió–. Te diré dónde puedes hacerlo.

Livvy la condujo a una habitación muy fresca, donde amamantó a Oliviero y le cambió la ropa, maravillándose de la perfección de

los piececitos mientras le pasaba los dedos por la planta.

Eve estaba a punto de salir para unirse a los demás cuando apareció Chiara.

–¡Hola! –dijo Eve sonriendo–. ¿También hace demasiado calor para ti?

Chiara sonrió y negó con la cabeza mientras se pasaba una mano por la mejilla.

–El sol no me hace nada. Supongo que estoy acostumbrada –Eve esperaba que Chiara le pidiera tomar al bebé en brazos, pero en lugar de eso la actriz la observó atentamente–. Eres inglesa, ¿no?

Eve no sentía buenas vibraciones, pero sabía que podía manejar a mujeres como Chiara, lo había hecho muchas veces en el estudio.

–Es evidente, ¿no? –se rió amablemente, pero Chiara se mantuvo seria.

–¿Sabes? No eres lo que todos esperábamos... la clase de mujer con la que pensábamos que Luca se casaría.

A Eve comenzó a acelerársele el pulso. De repente se sintió insegura.

–Creo que también él se sorprendió –contestó, aunque sabía que era un argumento deshonesto.

–Estabas embarazada, ¿verdad? –preguntó descaradamente.

–Sí.

Chiara asintió con la cabeza.

–Ese método no habría funcionado con muchos hombres, pero Luca fue la elección perfecta. Es demasiado tradicional como para dejar que un hijo suyo nazca fuera del matrimonio.

–Creo que eso no es asunto tuyo –contestó Eve apretando a Oliviero contra su cuerpo y concentrándose en el aroma del bebé, en vez de en la malicia que había en los ojos de la actriz.

Pero Chiara no tenía intención de callarse.

–Para ser sincera, yo también pensé en intentarlo. Pero dejé que fuera demasiado tarde, y para entonces tú ya habías aparecido.

–¿De qué estás hablando?

Chiara sonrió, como si estuviera disfrutando enormemente.

–¿No sabías que yo fui la amante de Luca?

La primera reacción de Eve fue sentir náuseas, pero logró recomponerse. Era normal que Luca hubiera tenido montones de amantes, tan hermosas como Chiara.

–No, no lo sabía.

–De hecho, esta fue la última fotografía que nos tomaron juntos –dijo introduciendo los dedos en el bolso y sacando un recorte de periódico–. ¿Quieres verla?

No, Eve no quería verla, pero no quería dar la imagen de una persona insegura. Se encogió de hombros.

–¿Por qué no?

Como Eve tenía al bebé en brazos, Chiara le puso la fotografía en frente y Eve pudo oler su fragancia almizclada.

–¡Aquí está!

Si se hubiera tratado de cualquier otra pareja, habría sido una fotografía sin importancia, pero eran Luca y Chiara. Luca tenía los ojos entrecerrados y Eve conocía esa mirada: estaba irritado. Pero Chiara estaba dando lo mejor de sí misma, mostrando una sonrisa encantadora que dejaba ver sus perfectos dientes blancos.

Entonces vio la fecha y el corazón le dio un vuelco.

Era el día... el día siguiente al cumpleaños de Lizzy, cuando Luca había ido a su casa y ella se había negado a hacer el amor con él. ¡Cielo santo, debió de haber salido corriendo para caer en brazos de Chiara!

Se sintió agradecida de estar agarrando a Oliviero, porque de otra manera no sabía cuál podría haber sido su reacción. Pero consiguió sonreír.

–Hacéis una pareja estupenda.

No era la reacción que Chiara había esperado. Volvió a guardar el recorte en el bolso.

–Sí –contestó–. Eso decía todo el mundo –suspiró–. Fue una noche maravillosa. Pero en realidad toda la relación fue maravillosa.

Eve consiguió aguantar el resto de la tarde, pero sólo lo logró evitando la mirada de Luca. Jugó con los niños y charló animadamente con los adultos, asegurándose de que él no se acercara a hablar con ella y de tener siempre una sonrisa en los labios.

En el coche también pudo mantener la farsa. No quería tener una escena cuando Luca conducía, y mucho menos con su hijo sentado en la parte de atrás. Luca frunció el ceño.

–¿Estás bien?

Eve cerró los ojos.

–Sí. Demasiado sol y demasiado vino, supongo.

–Entonces duérmete –murmuró.

¿Por qué Patricio había invitado a Chiara? La actriz no había hecho más que seguir a Luca con la mirada y Eve había sentido pena por el hombre que la acompañaba.

Eve no se durmió. Luca era un hombre muy apasionado y a Eve le sorprendía que reprimiera toda su sensualidad. Aunque tal vez no lo hiciera. Tal vez, cuando iba a comprar o al banco se encontraba con una jovencita tan hermosa como Chiara, una mujer dispuesta a darle lo que su esposa no le ofrecía.

Una vez en el apartamento, bañó a Oliviero, lo cambió y lo amamantó después de rechazar la ayuda que Luca le ofrecía. Él la observó, sabiendo que algo no iba bien. Esperó hasta que Eve acostó al bebé y después la miró a la cara, donde se reflejaba la furia.

–¿Me vas a contar cuál es el problema?

–Creo que es evidente.

–¡No pienso resolver ningún acertijo, Eve!

–Muy bien –lo miró a los ojos, deseando que él no viera la desesperación en su mirada–. Yo soy el problema.

Él no reaccionó.

–Continúa.

Entonces todo salió a la luz: el dolor, la nostalgia y la sensación de que ella sólo estaba allí porque de alguna manera lo había atrapado. Que se había dado cuenta de que el amor que sentía por él no era correspondido, y que así nunca podría ser feliz.

–¡Te acostaste con Chiara el mismo día que no quise hacer el amor contigo! –lo acusó–. ¿Qué pasó, Luca? ¿Estabas tan caliente que tuviste que hacerlo con alguien, con cualquiera? ¿Tanto que tuviste que hacerlo con ella?

Capítulo 14

La voz de Luca era fría, casi como hielo.

–¿Es esa la opinión que tienes de mí, Eve? ¿La de un hombre gobernado por sus hormonas que no puede controlar su apetito sexual? Y si ese fuera el caso, tu teoría se contradice, de lo contrario habría intentado más de una vez seducirte desde que estás aquí.

–¿Y qué otra explicación puede haber?

–Eso es lo que yo me pregunto –contestó él irónicamente.

Consciente de los celos que sentía y de que Luca no la había tocado desde mucho antes de su matrimonio, de repente empezó a comprenderlo todo. Lo había juzgado después de creer a una mujer que no conocía de nada, sin dejar que Luca se defendiera.

–Entonces, ¿no lo hiciste? –dijo con un hilo de voz, sintiendo que todo dependía de su respuesta.

Él la miró y vio el miedo y la inseguridad en sus ojos. ¿Había estado ciego a esos sentimientos antes o simplemente no había querido verlos?

–Por supuesto que no –dijo suavemente. Pero podría haberlo hecho, pensó. Un hombre menos exigente lo habría hecho, o un hombre que no estuviera tan loco por una mujer desconocida que lo había rechazado en Inglaterra...–. Estaba enfadado porque no quisiste hacer el amor conmigo, y también enfadado conmigo mismo por haberme encendido tanto. No es mi estilo, Eve. Me dije a mí mismo que no significabas nada y vi a Chiara esa noche. Sospecho que avisó a los fotógrafos, porque estaban allí cuando salimos del restaurante. Pero no ocurrió nada. La dejé en su casa y me fui. Solo.

–Entonces, ¿por qué me dijo esas cosas?

–Porque me desea. Porque está celosa de ti.

–¿De mí? –dijo Eve en voz baja–. Dijo que habíais tenido una relación maravillosa.

–Tuvimos una pequeña aventura. Eso es todo.

–La nuestra también debería haber sido así, ¿no?

Luca la miró, consciente de lo importante que podía ser su respuesta y sabiendo que la verdad podía herir, pero no por eso había que evitarla.

–¿Quién sabe? Nadie puede adivinar el futuro ni cambiar el pasado. Las cosas pasaron así. Tuvimos un bebé...

–Y nos casamos –terminó ella–. Tuvimos una farsa de matrimonio.

–¿Es eso lo que crees que es?

–Bueno, ¿no lo es?

–No es el matrimonio que quiero que sea –dijo con cuidado.

–¿Quieres decir que quieres que empecemos a tener sexo?

Luca se rió.

–¿Estás intentando escandalizarme, *cara*? ¿O tal vez quieres hacerme enfadar? ¿Quieres enfurecerme para que te bese, te desnude y te haga el amor? –vio que Eve se ruborizaba e inmediatamente Luca sintió una intensa oleada de deseo–. Oh. Así que eso es lo que quieres.

–Luca –dijo Eve humedeciéndose los labios–. Sí. Eso es lo que quiero. ¿Tú no?

Luca tuvo que resistirse con todas sus fuerzas para no hacer precisamente lo que había dicho.

–¡No! ¡Yo no!

Ella lo miró dolida y confundida. Ese era el rechazo que siempre había temido, pero necesitaba saberlo. Tenía que ser madura y enfrentarse a la realidad. Contempló a Luca y le preguntó con voz temblorosa, intentando no llorar:

–Entonces, ¿qué es lo que quieres, Luca?

Luca podía hablar de ello durante horas, pero en el fondo sólo había una cosa que quería decirle.

–Tengo que decirte que te amo, Eve. *Ti amo*. Te quiero mucho.

Eve se mordió el labio.

–Por favor, no digas eso.

–¿Por qué? –dijo suavemente–. ¿No quieres que te ame?

–Sí –lo dijo en un susurro y él casi no lo oyó.

–Dilo otra vez, Eve.

–Sí. Sí –lo miró a los ojos–. Sí, claro que quiero que me ames como yo te amo, pero lo he deseado durante tanto tiempo que tengo miedo de que no lo digas en serio.

–Lo digo en serio. Pero todo esto es nuevo para mí, Eve. Nunca lo he dicho antes y nunca antes me había sentido así –por primera vez en su vida Luca sintió un vacío emocional que sólo ella podía llenar.

De repente todas las barreras se derrumbaron y ella sintió que la distancia entre los dos se acortaba.

–Luca. Querido. Mi dulce Luca.

Él la tomó en sus brazos, la besó en la cabeza y le levantó el rostro para mirarla a los ojos. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas y él las enjugó con los labios.

–No llores nunca –susurró contra su piel–. Prométeme que no llorarás nunca.

Ella sacudió la cabeza.

–No puedo prometerte eso. Puede que tengamos peleas, unas horribles peleas... y puede que me hagas llorar.

–¿Y tú también me harás llorar a mí? –bromeó Luca.

–¿A ti? ¿Un hombre como tú llorando? –pero sus palabras se desvanecieron cuando vio la vulnerabilidad en los ojos de Luca. Se abrazaron fuertemente y ella se sintió abrumada por el amor que sentía–. Luca –susurró–. Oh, Luca, por favor.

Él sabía lo que Eve quería, y también lo que quería él. Había esperado demasiado tiempo y ya no podía aguantar más. Sin decir una palabra la tomó en brazos y la llevó a su dormitorio.

–Quiero verte desnuda –dijo con voz ronca. Le desabrochó la falda blanca y la dejó caer a sus pies–. *Cielo dolce*. He soñado contigo de esta manera durante muchas noches.

Eve sintió sus cálidas manos en las caderas y pensó que se iba a desmayar de placer.

–Lo... lo sé. Yo también he soñado lo mismo.

–Desnúdame –ordenó él mientras le quitaba las braguitas. Sus dedos le rozaron la cara interna de los muslos y Eve se estremeció.

–No... no puedo –contestó entrecortadamente–. No puedo pensar, ni respirar, ni sentir... –pero él le tomó una mano y la guió hasta su corazón.

–¿Puedes sentir esto?

Los potentes latidos de Luca. Eve apoyó la cabeza en su hombro.

–Oh, sí.

–Es por ti, *cara mia* –dijo con suavidad mientras le quitaba la

camiseta. Le desabrochó el sujetador y sus pechos quedaron al descubierto. Luca quería tomar uno entre sus labios, lamerlo y saborearlo, pero sentía una necesidad aún mayor.

Se quitó la ropa bruscamente y, cuando los dos estuvieron desnudos, la acostó en la cama mientras le acariciaba el cabello, la miraba a los ojos y le decía cuánto la deseaba.

–Bésame.

–Te besaré hasta que me pidas que no te bese más –le prometió Luca. Se quedó mirándola, como si quisiera prolongar ese momento

–No me hagas esperar más –protestó.

Luca sintió los dedos de Eve recorriéndole la piel, como si quisiera aprenderse su cuerpo.

–Eres una glotona –dijo riéndose.

A Luca le pareció que acababa de descubrir un millón de terminaciones nerviosas en su cuerpo. Ella podía hacer que se estremeciera con un roce de sus labios. Se puso sobre Eve y le acarició la piel con la boca, hasta hacerle gritar.

Cuando la penetró ella dijo su nombre y Luca se sintió como si nunca antes hubiera hecho el amor. La gente hablaba de ello, pero él nunca había creído que fuera verdad. Pensó que era una unión completa. Después se quedaron tumbados mirando al techo y sintiéndose renovados.

–Oh, Eve –fue todo lo que él dijo.

Eve le besó el codo. Después, se puso encima de él, mientras el cabello caía sobre el rostro de Luca, haciéndole reír.

–¿Luca?

–¿Mmm?

–¿Desde cuándo me quieres?

Él comenzó a juguetear con uno de los mechones de Eve.

–¿Sinceramente?

–Sinceramente.

–No puedo darte un lugar ni una fecha exactos –admitió–. Creo que empecé a sentirlo poco a poco. Era como la lluvia, primero una gota, luego otra... ¡hasta que de repente me di cuenta! Ella fingió enfadarse.

–¿Así que soy como una tormenta?

–Mmm. Salvaje, fuerte y abrumadora.

–Pero, ¿sabías que yo te quería?

Luca sonrió. Le había pasado muchas veces en su vida, y al darse cuenta siempre se había asustado. Pero con Eve no se asustó porque quisiera alejarse de su amor, sino porque quería estar seguro de que él era merecedor de ese sentimiento.

–Sí, *cara* –dijo con suavidad–. Lo sabía.

–¿Y cuándo ibas a decirme que tú también me querías? –insistió–. ¿Cuánto habrías esperado? Si no nos hubiéramos peleado hoy, nunca lo habría sabido.

–Sí, claro que sí. Supongo que estaba esperando el momento adecuado. Pero ha ocurrido así, sin champán ni flores, sino por un malentendido sobre una mujer celosa.

Eve se acurrucó contra él.

–Pero ha servido para poner las cosas en su sitio –bostezó.

–Mmm –tomó uno de los dedos de Eve y se lo llevó a la boca–. Siempre lo hemos hecho todo al revés, *cara*. Al principio solamente había pasión, pero antes de darnos cuenta también había un bebé.

–Y mucho enfado –dijo ella.

–Es verdad. Pero no pudimos conocernos ni crear una amistad. Yo lo quería y tú te lo merecías... Lo necesitábamos si íbamos a compartir nuestras vidas.

Era un modo muy práctico de verlo, pero a Eve no le importó. La verdad era que tenía sentido.

–Entonces –dijo mientras se le ocurría algo brillante–. ¿Esta es nuestra luna de miel?

–Seguro que sí –contestó acariciándole el trasero.

–Y... ¿cuánto durará?

–¿Qué te parece para siempre? –preguntó mientras le cubría la boca con sus labios.

Epílogo

La tarde era soleada y corría una ligera brisa que despeinaba el cabello de las dos mujeres mientras veían a los niños jugar.

–Oh, Eve –suspiró Lizzy–. Esto es precioso.

Eve miró a su alrededor intentando verlo todo con los ojos de su amiga y recordando su alegría cuando Luca la llevó allí por primera vez.

La casa en Viale Monte Pincio estaba en las montañas, fuera de Roma, a sólo una hora y media en coche de la ciudad, pero parecía otro mundo. Al jardín se entraba a través de una enorme puerta de hierro y había muchos pinos, arbustos y árboles frutales. Tenían grosellas, frambuesas, limones y cerezas.

–Sí. Es precioso.

En la hierba, entre las margaritas, Kesi jugaba con Oliviero. Luca y Michael habían ido a buscar unas bebidas y Eve y Lizzy se quedaron mirando a los niños, escuchando el zumbido de las abejas y el canto de los pájaros.

–Pareces muy feliz –observó Lizzy.

–Es que lo soy. Me siento como si hubiera llegado a casa.

Luca y ella habían llegado a la conclusión de que el apartamento no era el mejor lugar para un bebé, y habían comprado una casa en la ciudad, pero cada vez iban más a menudo a ese refugio rural. Por primera vez en su vida Luca se estaba tomando tiempo para oler las rosas. Y el café. Y estaba demostrando que era un padre ejemplar.

–¿Y Luca no echa de menos el apartamento?

–En absoluto. De hecho, fue él quien sacó el tema de la mudanza. Hablamos de ello y decidimos que, aunque era encantador, no era realmente una casa familiar.

Lizzy se incorporó con dificultad, porque estaba embarazada de nuevo y además estaba reclinada en una tumbona.

–¿Quieres decir que vais a tener otro bebé? –preguntó emocionada.

Eve se rió.

–No. Todavía no –Luca y ella adoraban a su hijo pero sabían que otro embarazo significaría un gran cambio, ¡y ya habían tenido bastantes cambios de momento! Estaban disfrutando de sus vidas, de su hijo y de su amor.

–¿Y tú no echas de menos el trabajo?

–Ni un poco. Luca tiene amigos en la televisión y, ahora que mi italiano es aceptable, podría encontrar trabajo otra vez, tal vez en edición o producción. *¡Grazie, il mio uomo piccolo!* –le dijo a Oliviero, que le había dejado una margarita en el regazo–. Pero no quiero. Luca pasa mucho tiempo conmigo y... bueno, me encanta la maternidad. Adoro ser la esposa de Luca. ¿Qué más podría pedir?

–¿Ni siquiera una bebida, *il mio angelo*? –dijo una voz aterciopelada a sus espaldas.

Ella le sonrió.

–Bueno, tal vez una bebida sí.

Michael se dejó caer en una tumbona y Luca puso la bandeja en el suelo antes de sentarse en la hierba, apoyando la cabeza en las rodillas de Eve, y ella le alborotó el cabello.

–Este lugar parece estar muy lejos de Hamble –comentó Lizzy con voz somnolienta.

–Muy lejos de cualquier sitio. Es tan tranquilo –dijo su marido ahogando un bostezo–. Tengo que decir que sois muy afortunados.

Luca miró a Eve y sus ojos se encontraron. Sí, tenían mucha suerte de poder comprarse casas en Italia, pero sobre todo eran afortunados porque se habían conocido. No importaba dónde vivieran... podrían hacer de cualquier sitio su hogar mientras estuvieran juntos.

Los dos habían descubierto que una relación no tenía que tener un principio perfecto para conseguir un final perfecto.